

RAFAEL CALDERA

**BOLIVAR  
SIEMPRE**

119

*El libro menor*  
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA  
*Caracas, 1987*



*Director de la Academia Nacional de la Historia*  
**Guillermo Morón**

*Comisión Editora*

**Blas Bruni Celli**

**Mario Briceño Perozo**

**Oscar Beaujon**

**Ildefonso Leal**

**Director de Publicaciones**  
**Guillermo Morón**

**BOLIVAR SIEMPRE**



ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

RAFAEL CALDERA

# BOLIVAR SIEMPRE



EL LIBRO MENOR

119

CARACAS / 1987

© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Caracas, 1987

Impreso en Venezuela por Italgráfica, S.R.L.

ISBN 980-222-245-3

## BOLIVAR SIEMPRE

*Para los venezolanos de mi generación, la imagen de Bolívar logró el efecto mágico de mantener nuestra fe en una Venezuela futura digna de su grandeza, en medio de la humillante situación en que veíamos a la patria después de un siglo de contradicciones y fracasos.*

*La literatura bolivariana del romanticismo tuvo el mérito de inflamar nuestro amor por esta tierra, nuestra confianza en sus potencialidades, frustradas durante una centuria: Bolívar nos había demostrado lo que nuestro pueblo era capaz de hacer cuando lo inspiraban grandes ideales y lo conducían voluntades recias, dispuestas a cualquier sacrificio por una causa noble.*

*A Martí y Rodó los aprendimos a querer por los encendidos párrafos que su elocuencia había*

*dedicado al Libertador, y al proyectar su figura desde el Caribe al Plata, sembraron en nuestro subconsciente la semilla de la integración latinoamericana.*

*Superado el lamentable episodio de la Cosiata y, después, las horribles resoluciones antibolivarianas de 1830, la dimensión de Bolívar fue mostrándose en plenitud y su epopeya lo fue haciendo símbolo de la patria. Ello me llevó a decir recientemente, en un discurso de orden para un aniversario de su nacimiento, que si como humano tuvo defectos (sin duda, muchos defectos) y como personaje histórico pueden señalársele errores (quizás muchos errores), como símbolo de la patria es, sin posibilidad de reparo alguno, la manifestación más excelsa de nuestra identidad nacional. Eso hemos creído y creemos los venezolanos de este tiempo, y estamos dispuestos a sostenerlo.*

*A partir de 1842, el año de la majestuosa repatriación de sus restos mortales (impresionantes ceremonias que relató nada menos que Don Fermín Toro) y sobre todo después del centenario de su nacimiento, celebrado fastuosamente por el Ilustre Americano (arrojando su figura con la aureola del Libertador) no hay un buen venezolano que no haya aprendido a venerar la figura del Padre de la Patria.*

*Pertenezco a esa especie de compatriotas que aprendieron a amar a Venezuela a través de la*



*admiración al más insigne de sus hijos. En el seno de mi familia, una típica familia de clase media provinciana, no habría podido concebirse una expresión desconsiderada para el Libertador. Habría sido blasfema. Mi padre solía repetir una frase de uno de los que refugiaban su patriotismo en el culto del héroe sin aceptar que se le señalaran defectos: "dicen que el sol tiene manchas: yo no las puedo ver, porque me ciega el brillo de su luz".*

*De allí que uno de los hondos recuerdos de mi infancia sea el del breve y encendido discurso que me confiaron para decirlo en nombre de mi escuela "Padre Delgado", para ofrendar una corona de flores a un busto en mármol de Bolívar que se inauguraba en la plaza principal de mi pueblo. Era yo una criatura de nueve años y me tocó recitar —con emoción inolvidable— una oración que escribió para la circunstancia mi padre adoptivo en un estilo altisonante. La aprendí de memoria y todavía puedo alguna vez recitarla a mis hijos como testimonio de algo que quedó profundamente grabado en mi memoria. Aquel acto fue uno de los mejores que viví en mi humilde capital provinciana.*

*Cuando comencé a ensayar el arte de escribir, mi primer tema fue, necesaria e inevitablemente, Bolívar. Me publicaron en una revista colegial, en el año centenario de su muerte, un articulo*

intitulado "Así mueren los grandes".<sup>1</sup> Para otra meritoria publicación, de esas que se crean y mantienen a costa de laboriosos esfuerzos pero no llegan a alcanzar larga vida, escribí después otro sobre el Bolívar escritor, el Bolívar crítico y el Bolívar versificador, con el título "Relieves del Libertador".<sup>2</sup> Y contribuí con una publicación caligrafiada, "Don Simón", debida al empeño increíble del apreciado Vicente A. Pinto, con unas reflexiones ("el héroe juzgado por el sabio") en torno a las relaciones entre Simón Bolívar y Andrés Bello.<sup>3</sup>

*Mi pasión por el Libertador jamás ha decaído. Fue la misma que me hizo promover en Roma, cuando se celebró el Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, un homenaje en el aniversario de su muerte, el 17 de diciembre de 1933, acto que honraron con su asistencia y en el cual escucharon mi juvenil discurso los representantes diplomáticos de Venezuela Caracciolo Parra-Pérez y Carlos F. Grisanti y sus colaboradores Henrique Gil-Fortoul, J. A. Casas Briceño y Hugo Rojas Moncada.<sup>4</sup> La misma con que tuve la emoción de llevar la palabra en el Panteón de*

---

<sup>1</sup>"Mi Colegio. Revista Ilustrada del Centenario". Colegio de San Ignacio, Caracas, año I, Nº 2, marzo de 1930.

<sup>2</sup>Revista "Génesis", año II, Nº 5, Caracas, setiembre de 1930.

<sup>3</sup>"Don Simón". VICENTE A. PINTO. Caracas.

<sup>4</sup>V. "El Libertador en Roma", *El Nuevo Diario*, Caracas, 13 de enero de 1934.

los Próceres de Lima, en el Programa Oficial de la celebración del IV Centenario de la Universidad de San Marcos, el 16 de mayo de 1951. En aquel sagrado recinto y en aquella extraordinaria ocasión me cupo el inolvidable privilegio de presentar el reconocimiento de los pueblos de América y de la institución sanmarquina al Libertador.<sup>5</sup> Esa pasión fue también la misma con que di su nombre, como Jefe de Estado, a la Universidad Simón Bolívar de Caracas y al Aeropuerto Internacional de Maiquetía; y —para no alargar esta enumeración— con la que inauguré en San Felipe, a la conclusión de mi mandato y en la mismísima pero renovada Plaza Bolívar de antaño, la estatua ecuestre del escultor español Emilio Laíz Campos, que da prestancia a mi pueblo natal.<sup>6</sup>

La devoción bolivariana, virtud obligada para todos los nacidos en estas comarcas, tomó un rango especial al incluirse el nombre de Simón Bolívar, el Libertador, en el preámbulo de nuestra Constitución. Desde entonces, sin duda, pasó a ser formalmente un elemento constitutivo del ser venezolano. Debemos observar, por otra parte, que la lectura de los escritos de Bolívar a menudo ofrece verdaderos hallazgos. Hallazgos que demuestran cómo el pensador no fue a la

---

<sup>5</sup>V. en "Moldes para la Fragua", 3ª ed., Caracas, 1980, pp. 15-27.

<sup>6</sup>Metas de Venezuela, tomo X, pp. 277-283.

zaga del guerrero y el político vislumbró con impresionante claridad aspectos que aún hoy podrían parecer novedosos. Señaló orientaciones que revisten una increíble contemporaneidad.

El tema de la integración latinoamericana encuentra, por ejemplo, en Bolívar, afirmaciones, perspectivas y fórmulas que no es posible ignorar. Mi discurso en Lima lo intitulé "Símbolo de un Deber Actual", porque lo imperativo de la integración aparece muy claro en sus ideas y en sus actos. A menudo he sentido la necesidad de citar la iluminada expresión de su carta a O'Higgins de 8 de enero de 1822, según la cual debemos constituir con los nuevos Estados surgidos a través de la Guerra de Independencia "una nación de repúblicas". Vale decir, una sola nación en sus elementos fundamentales, pero integrada por pueblos soberanos en su régimen interno; una gran nación compuesta por "repúblicas", como dijo Bolívar, o sea, por diversas naciones que no están dispuestas a abdicar, cada una, su propia voluntad de nación, pero que reconocen la unidad esencial de la nación común latinoamericana.

Muchas veces pasamos los ojos, en la lectura del maravilloso discurso de Angostura, por aquella definición del mejor sistema de gobierno, quizás sin darnos suficiente cuenta de la filosofía que contiene: "la mayor suma de felicidad posible" como objetivo prioritario, "la mayor suma

*de seguridad social” luego y, como resultante de ambas, “la mayor suma de estabilidad política”. Precisamente, en estos días he enviado como contribución para una obra que se edita en México en homenaje al ilustre juslaboralista brasileiro Mozart Víctor Russomano, un artículo en el cual he recordado el hecho, señalado por autorizados tratadistas, de que fue Bolívar el primer estadista del mundo que habló de la seguridad social como objetivo del gobierno. Desentrañar hasta dónde previó lo que sería la concepción actual de la Seguridad Social no es fácil, pero es indudable que lo que intuyó estaba en el mismo orden de ideas de lo que hoy es una de las exigencias perentorias de una sociedad desarrollada.*

\* \* \*

*Invitado por Guillermo Morón a darle unos escritos míos para editarlos en un volumen de la colección de la Academia Nacional de la Historia “El Libro Menor”, he considerado pertinente recoger aquí algunos trabajos de contenido bolivariano; y aunque el libro reviste cierto carácter testimonial, considero que tiene una sustancial armonía al versar sobre facetas distintas de la fabulosa personalidad de Bolívar. Cada uno de los capítulos destaca un ángulo de esa figura, a la que cada vez admiro más, a la que cada vez venero más, a la que cada vez profeso, como venezolano, mayor afecto y gratitud.*

*Casi todos los trabajos aquí reunidos han sido publicados antes, pero el libro, además de alguno inédito, rescata otros ya agotados y ofrece un neto sentido de unidad. Empieza por "el hombre", trazos biográficos redactados para un hermoso volumen que publicó el Círculo de Lectores con el título de "Maravillosa Venezuela". Luego, unos modestos apuntes, inéditos, que preparé para los alumnos de Sociología Venezolana en mi cátedra de la Universidad Central, sobre el pensamiento sociológico del Libertador. Sigue un ensayo acerca de su concepción constitucional: lo denominé "estadista de la libertad" ("la organización institucional de la República: democracia sin anarquía, autoridad sin tiranía"). Apareció con otro nombre, caprichosamente adoptado, en un volumen editado en Lima ("Bolívar, hombre del presente, nuncio del porvenir"), en 1978. Después una ponencia enviada al IV Congreso Internacional de Sociedades Bolivarianas, en la que presenté a Bolívar como "guía permanente y expresión actual del nacionalismo latinoamericano".*

*A continuación entra la presencia estatuaría de Bolívar, con el prólogo que escribí para el excelente libro de Rafael Pineda "Las Estatuas de Bolívar en el Mundo", cuya publicación fue patrocinada por el Centro Simón Bolívar, a iniciativa mía, en el año bicentenario (1983); y con algunos de los discursos bolivarianos de ocasión que me ha tocado pronunciar, escogidos porque*

*tienen determinada significación, por el lugar donde se dijeron y por el tema que en cada caso me propuse desarrollar: el de Londres, sobre "Bolívar y la Gran Bretaña"; el de Sevilla, dicho en presencia de los Reyes de España en la víspera de un 12 de octubre, sobre Bolívar como "símbolo de una nueva hispanidad"; el del Parlamento Europeo, acerca de "Bolívar y Europa"; y una conferencia en Caracas en torno a "Bolívar en la España de las autonomías", que contiene una interpretación de su figura en el contexto del actual régimen constitucional del Estado Español.*

*Y para cerrar, dos discursos correspondientes a dos momentos excepcionales: el del sesquicentenario de su muerte en la Organización de Estados Americanos ("¿Tenía razón Bolívar?") y el del bicentenario de su nacimiento en la Organización de las Naciones Unidas ("Visión de Grandeza").*

\* \* \*

*Bolívar siempre. Siempre, en la concepción idealizada que lo consagra como expresión sublimada de los altos valores de la nacionalidad. Siempre, como fuente inagotable de motivos para pensar y actuar, proyección de horizontes para el fortalecimiento y renovación de esta patria que tanto amó y que tanto amamos. Pues si su*

*ejemplo es admonición constante, sus escritos son cantera de ideas de donde inagotablemente podemos extraer bloques marmóreos sin agotar su contenido.*

*En el discurso que me correspondió decir en la conmemoración del centenario de la muerte de otro inmenso venezolano, Andrés Bello, concluí aseverando, "sobre el destino de esta patria, que habiéndolos producido a ambos, a Bolívar y a Bello, no tiene excusa para no acometer grandes empresas". En verdad, nuestra historia nos alienta y nos obliga. No nos fuerza a tender la vista hacia el pasado tanto como a impulsar el esfuerzo que debemos hacer hacia el futuro.*

*Bolívar siempre es y será fuerza moral para que los venezolanos, sin pereza, acometamos la gran empresa que ya no puede demorarse más: la de hacer de nuestra patria un país verdaderamente dueño de su destino y feliz, a través de la realización de un nuevo y propio modelo de desarrollo.*

*Bolívar siempre será inspiración y estímulo para la lucha y para la constancia.*

*Caracas, agosto de 1987.*

R. C.



# I

## EL HOMBRE

Pocas veces llega un hombre a identificarse en tal grado con un pueblo como Simón Bolívar con la nación venezolana. Bolívar es signo de unidad y grandeza para toda la América Latina, pero para Venezuela es uno de los símbolos de la patria, como la bandera, el escudo y el himno nacional. Su nombre está estampado en la Constitución: Andrés Eloy Blanco propuso que se lo incluyera en la Declaración Preliminar de la Carta de 1947, y nosotros, en el mismo sentido, rubricamos con él el Preámbulo de la Constitución vigente, que concluye con este propósito: "conservar y acrecer el patrimonio moral e histórico de la Nación, forjado por el pueblo en sus luchas por la libertad y la justicia y por el pensamiento y la acción de los grandes servido-

res de la Patria, cuya expresión más alta es Simón Bolívar, El Libertador”.

Ese hombre-símbolo, ese adalid inigualado de nuestra independencia, de cuyo nacimiento están para cumplirse dos siglos, vivió solamente 47 años. Los primeros 27 fueron, sin duda, necesarios para la forja de su personalidad, pero su vida pública empieza en 1810. Treinta años tenía cuando los pueblos, en impresionantes ceremonias, le dieron el título de Libertador; no había llegado a los cincuenta cuando expiraba, dejando tras de sí cinco repúblicas —hoy seis— que lo reconocen, cada una, como Padre de la Patria.

Sobre su vida se ha escrito mucho. En todos los tonos: desde la diatriba despiadada o la calumnia artera hasta el endiosamiento sin límites. Pero el signo mejor para apreciar la dimensión colosal de su imagen y la proyección de su mensaje lo dejó José Martí, al decir que de Bolívar no se puede hablar sino “con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojito de pueblos libres en el puño y la tiranía descabezada a los pies”.

Nació el 24 de julio de 1783, cuando el precursor Francisco de Miranda tenía 23 años y 2 escasos el maestro de América, Andrés Bello, hijos de la misma ciudad de Caracas, para entonces pequeña y modesta. La unión a la primitiva provincia de Venezuela de las de Cumaná, Margarita, Guayana, Barinas y Mérida-Maracaibo,

con Caracas como capital, apenas se había consumado en el decenio anterior. A menos de trescientos años del Descubrimiento y a poco más de doscientos de la fundación de la ciudad, estaba culminando el proceso de formación de la nacionalidad venezolana, con una economía agrícola medianamente próspera (fomentada durante medio siglo de actividad por la Real Compañía Guipuzcoana), una sociedad en proceso de fusión, pero todavía estratificada en sectores diferenciados por el origen étnico (a lo que historiografía posterior llamaría erróneamente "castas") y con una cepa criolla que obtuvo, no sólo fuerza y entrenamiento del cultivo de la tierra, sino formación intelectual de la Universidad Real y Pontificia fundada en 1725.

Reinaba para entonces en España Carlos III, considerado hoy como el más progresista de los Borbones, llegados a España con Felipe V a la sombra de Luis XIV ("*le Roi Soleil*") a inicios del siglo XVIII. Cuando nació Bolívar, llevaba dos años de inaugurada la Puerta de Alcalá, entonces en el límite y ahora en el centro de Madrid, testimonio de un esplendor que concluiría en naufragio por la manifiesta incapacidad de Carlos IV y Fernando VII.

Ya para 1783 un acontecimiento trascendental, la independencia de los Estados Unidos, había renovado las ideas sobre la organización del poder público y sobre los derechos fundamenta-

les de los ciudadanos y establecido la primera organización republicana de los tiempos modernos. Niño era Bolívar cuando estalló la Revolución Francesa y promulgó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. A un momento mundial de intensa reflexión sobre las bases de la sociedad sucedía una intensa agitación, que echó por tierra instituciones seculares y exigía una nueva postura, a tono con los tiempos. Para el momento en que Bolívar ve la primera luz en Caracas, vive en Córcega un muchacho de 14 años, Napoleón Bonaparte, que comenzará a llenar los anales de Europa cuando el joven indiano haga su primer viaje trasatlántico y se encontrará en la cúspide del poder absoluto cuando, traumatizado por la muerte de su joven esposa, vuelva a Europa y recorra, acompañado por don Simón Rodríguez, caminos de Francia e Italia por donde habían andado y andan grandes hacedores de historia.

La niñez de Bolívar, como todo lo que le concierne, ha sido objeto de abundantes investigaciones. En el relato de sus ocurrencias se entremezclan hallazgos documentales y anécdotas que labios anónimos recogen y transmiten. Se dice que fue en el momento del bautismo cuando su primo el canónigo Jerez de Aristeguieta, que administraba el sacramento, le dio el nombre de Simón, para señalar que sería "el Simón Macabeo de la América". Se cuentan historias según las cuales la precocidad de su genio afloraría en agudas res-

puestas a su tutor, el licenciado Miguel José Sanz. De hecho, era un huérfano de familia mantuana, titular de una herencia suficiente para estimular conflictos familiares. Dos años y medio tenía cuando murió su padre, don Juan Vicente Bolívar y Ponte, descendiente de vascos, castellanos, gallegos, canarios y de otras regiones españolas; iba a cumplir nueve cuando perdió a su madre, doña Concepción Palacios y Sojo. Era el menor de cinco hermanos: la cuarta vivió poco; dos hermanas mayores, María Antonia y Juana, le sobrevivieron, y el otro varón, Juan Vicente, murió en 1810. El abuelo paterno había fallecido antes, y el abuelo materno apenas sobrevivió un año a la orfandad de los hermanos Bolívar Palacios. La guarda y tutela del menor fue objeto de controversias y ocasión para que recibiera la primera influencia de don Simón Rodríguez, el maestro de personalidad extraordinaria a quien desde la cúspide de su poder rindiera el más emocionado de los homenajes. Los años de su primera formación corresponden también a su primer encuentro con Andrés Bello, su contemporáneo, ligeramente mayor que él y ya en patente dedicación a las letras. En carta al vicepresidente Santander (Arequipa, 20 de mayo de 1825) Bolívar se refiere a su educación, a propósito de un artículo publicado en Europa: "No es cierto que mi educación fue muy descuidada; puesto que mi madre y mis tutores hicieron cuanto era posible por que yo aprendiese: me busca-

ron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que Ud. conoce (Samuel Robinson era el seudónimo de don Simón Rodríguez), fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros, con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués de Uztaris, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, Dalambert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthoy y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses. Todo esto lo digo muy confidencialmente a Vd. para que no crea que su pobre presidente ha recibido tan mala educación como dice Mr. de Mollien; aunque, por otra parte, yo no sé nada, no he dejado, sin embargo, de ser educado como un niño de distinción pudo serlo en América bajo el poder español”.

De menos de 14 años se inicia el adolescente caraqueño en el Batallón de Milicias de los Valles de Aragua. No ha cumplido 16 cuando viaja a España. Visita a México en la travesía. Se había olvidado en Venezuela el intento revolucionario de Gual y España, reprimido con dureza implacable; nada revelaba todavía la estructura que en Bolívar se iría forjando y que lo haría el conductor indiscutible del movimiento de independencia. Pero, sin duda, su personalidad ya se acusa: va mostrando una inteligencia despierta, un magnetismo personal nada corriente y una rara combinación de arrojo y de firmeza, que en los grandes momentos pondrá las más audaces decisiones al servicio de los más tenaces propósitos y de los más meditados proyectos.

Tres años y medio dura este primer viaje. En él se libera del complejo indiano, al hombrearse con gente encumbrada de la Corte española. Adquiere en Madrid, según acabamos de ver, conocimientos que van desde matemáticas e idiomas extranjeros hasta usos indispensables en la alta sociedad de entonces, como la esgrima, el baile y la equitación, que le será tan útil en sus futuras campañas. Observa la decadencia de la monarquía borbónica y comienza a germinar en su mente la idea de la emancipación de Hispanoamérica. Conoce París, centro de la mayor movilización cultural y política del universo. Pero el romance de un puro amor, vivido con pasión de adolescente, es lo que prevalece entonces en su vida.

María Teresa del Toro y Alayza, su prima madrileña, descendiente por Toro de las islas Canarias y de origen vasco por Alayza, lo ha prendado de manera total. En pos de ella va a Bilbao, tierra de sus antepasados "Bolibar" y toma contacto con el recio temple de esa estirpe. La boda se celebra en Madrid el 26 de mayo de 1802, en la iglesia de San José, que entonces no se hallaba en la calle de Alcalá, donde fue posteriormente reconstruida, sino cerca de allí, en la esquina de las calles Libertad y Gravina. Teresita, "muy amable", "muy dulce" (carta de 13 abril de 1802) lo acompaña sin vacilación: está dispuesta, como tantos parientes suyos antes, a cruzar el Atlántico, atraída por el Nuevo Mundo; va con él a Caracas, luego a la posesión familiar de San Mateo, en Aragua; pero el trópico avaro cobrará el precio de la romántica aventura y unos meses más tarde, en enero de 1803, la fiebre arrancará al joven oficial el amor de su vida.

Empieza entonces el proceso más hondo de su drama vital. El dolor que no logra dominar lo empuja de nuevo hacia otros horizontes. Vuelve a Francia, donde encuentra a don Simón Rodríguez; van juntos a Italia y caminan sobre las huellas de una antigüedad rediviva observando la marcha arrolladora de los ejércitos napoleónicos, que subyugan a Europa buscando unificarla con puño de hierro, a los acordes de la Marsellesa, el himno de la Revolución. Su espíritu se sume en contradictorias reflexiones, pero la



conclusión es clara: en el Monte Sacro, a la vista de la Roma eterna, jura consagrar su vida a la independencia de su patria.

Dura casi cuatro años este segundo viaje. Al regreso, visita los Estados Unidos. Tiene ahora una visión cabal del mundo moderno. Vuelve a Venezuela en 1807, dominado por una idea obsesiva: la de la independencia. Es, definitivamente, un revolucionario. Pero no de aquellos cuya única preocupación es la de destruir el orden viejo: en el revolucionario que es Bolívar, junto al propósito de abolir el dominio extranjero en América está presente la preocupación de construir un nuevo orden jurídico y político, basado sobre la libertad y la justicia e inspirado en la realidad del nuevo mundo, “no olvidando jamás que la excelencia de un Gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la Nación para quien se instituye. ¡He aquí el código que debemos consultar, y no el de Washington!” (*Discurso de Angostura*).

Conspira con otros jóvenes, iluminados por el mismo propósito revolucionario. Infelices de la época acreditan que las autoridades coloniales descubrieron en la “Cuadra Bolívar” —la casa de campo familiar en las afueras de Caracas— reuniones festivas que eran pantalla para cosas más serias. Pero no les prestaron la atención merecida. Los acontecimientos se precipitaron cuan-

do llegaron tardías noticias de la ocupación napoleónica de España y de la resistencia al invasor, que sacudieron definitivamente los ánimos y unieron a los que sólo deseaban afirmar lo hispánico frente a la ocupación extranjera, con aquellos como Bolívar, que buscaban definitivamente la plena afirmación de la propia soberanía en el continente colombiano.

El 19 de abril de 1810 no estaba él en Caracas, pero pronto se incorporó a la acción. Era un personaje prominente; a pesar de sus escasos 27 años, había que tomarlo en cuenta para tareas de gran responsabilidad. La Junta de Gobierno de Caracas (“conservadora de los derechos de Fernando VII”) decide enviar misiones diplomáticas para allanar camino hacia el objetivo ulterior: la independencia. Los hermanos Bolívar Palacios, por su cultura, y su prestancia, son indicados para los más importantes destinos: Juan Vicente, el hermano mayor, irá a los Estados Unidos, pero naufragará al regresar. Simón encabezará la embajada que, con Luis López Méndez y Andrés Bello, se dirigirá a la Corte de St. James. ¡Cuánto no hablarían el futuro Padre de la Patria y su antiguo maestro a bordo de la fragata “Wellington” sobre el destino futuro de América! ¡Cuánto no tratarían ellos y el ilustre López Méndez con el egregio precursor Miranda, en la casa londinense de éste, sobre los problemas y posibilidades de nuestros pueblos!

La misión no alcanzó el objetivo máximo de alinear a la poderosa Albión al lado de los patriotas venezolanos, pues tenía a España por aliada contra Napoleón; pero abrió caminos por los que después se cosecharía un franco apoyo para nuestra lucha. Bolívar no puede permanecer mucho en Europa en este tercer viaje, pero tiene tiempo para mirar de cerca el funcionamiento de las instituciones inglesas, por las que va a guardar admiración perdurable. Lo llama la urgencia del proceso venezolano. A los dos meses y once días de llegar, emprende la vuelta, no sin dejar comprometido a Miranda, a quien “había insistido con vehemencia en la necesidad de acompañarlo a su regreso a Venezuela”, según dice a Lord Wellesley el mismo Precursor.

No es diputado al Congreso, pero, sí, figura de primer plano en la Sociedad Patriótica, una especie de club revolucionario a la manera de los que veinte años antes habían conmovido, desde París, al mundo. Es factor decisivo en el pronunciamiento por la Declaración de Independencia que se adopta el 5 de julio de 1811. “Vacilar es perdersnos”, dice Bolívar. Su voz resuena desde la barra en la vieja capilla de Santa Rosa, convertida en sala de sesiones de la representación nacional. Se perfila ya la figura del que habrá de ser líder indiscutido de la Emancipación.

La suerte es adversa en el fatídico 1812. El terrible terremoto de 26 de marzo cubre de es-

combros a Caracas, destruye a San Felipe el Fuerte y golpea duramente a otras ciudades del país. Como ocurre en un Jueves Santo, se hace más fácil la conseja de que Dios ha querido castigar la acción tomada por los ediles de Caracas el 19 de abril de 1810, que era Jueves Santo también. Frente a su casa solariega, en la plaza de San Jacinto, Bolívar se yergue ante un clérigo realista que sustenta apasionado aquella tesis. “¡Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!” Intuitivo genial, plantea la lucha constante del hombre por el señorío sobre las cosas creadas.

Pero no es sólo la naturaleza la que se opone a la revolución. Es también la audacia de un marino, Domingo Monteverde, ayudada por la vieja adhesión de mucha gente a la colonia secular. Monteverde avanza. Miranda es proclamado dictador. A Bolívar se le encomienda la custodia de Puerto Cabello y una traición le hace perder la plaza. Apenas le queda tiempo para moverse. Miranda no puede dominar la situación; confiando en la palabra de Monteverde y en el honor del poder tradicional que éste representa, el Generalísimo firma en La Victoria una capitulación; pero la clara visión de que será violada lo hace buscar por La Guaira una salida al exterior, con el propósito de volver a intentar más tarde la liberación nacional. Bolívar, que ha llegado también a La Guaira, reunido con otros jóvenes revolucionarios, estima que Miranda falta a su de-

ber de permanecer como garante de los términos acordados, y lo detienen para impedirle que se marche. La intención que los mueve es comprensible y la razón la sostendrá después, siempre que se considera el caso. Pero el jefe realista no se para en el camino de la represión y en vez de retener a Miranda lo manda prisionero a la Península. El trágico resultado está muy lejos de lo que pretendieron los actores. El cautiverio de Miranda transcurrirá en el Arsenal de La Carraca, cerca de Cádiz. Los últimos documentos de su archivo, encontrados en Londres, demuestran que no dejaron de hacerse diligencias para asegurar su fuga y para facilitar la reanudación de sus patrióticos empeños; pero una enfermedad le ocasionó la muerte, ocurrida en la enfermería del Arsenal el 14 de julio de 1816.

Bolívar logra, entre tanto, por generosa intervención de un amigo español, Francisco Iturbe, pasaporte para salir de Venezuela. No busca refugio ni descanso. Se dirige a la Nueva Granada (hoy Colombia); donde la revolución está activa. De esta permanencia en suelo granadino, llena de incidentes y dificultades, quedarán sobresaliendo un documento y una idea: el *Manifiesto de Cartagena*, el primero de sus documentos fundamentales, que contiene agudo y valiente análisis de la pérdida de la Primera República, y la idea —que habrá de acompañarlo hasta la muerte— de unir a Venezuela y la Nueva Gra-

nada en una gran República, que llevará el nombre de Colombia en memoria del Descubridor.

Con el apoyo de un gran patriota, Camilo Torres, organiza en territorio de la Confederación granadina un ejército expedicionario para invadir a Venezuela. 1813 es el año en que se revela a plenitud su genio militar: invade por el Táchira en marzo, y el 6 de agosto, tras impresionantes victorias de una serie conocida por la historia como "la Campaña Admirable", entra triunfante en Caracas. Es también el año en que se le da, primero en Mérida (23 de mayo) y luego en Caracas (14 de octubre), el título de Libertador, sobre el cual le escribirá más tarde su hermana María Antonia: "Ese es tu verdadero título, el que te ha elevado sobre los hombres grandes y el que te conservará las glorias que has adquirido a costa de tantos sacrificios".

1813 es también el año del Decreto de Guerra a Muerte. Momento trágico de inexorable dilema. La sangre corría a raudales y el concepto de patria surgía del holocausto, interpretado por su verbo. En Trujillo firmó la terrible proclama; allí también, en 1820, se firmarían los tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra, que harán brillar, según palabras del mismo Bolívar, "el amor a la paz, tan propio de los que defienden la causa de la justicia".

Después empiezan nuevamente las calamidades. En 1814 se pierde la Segunda República, y

ni siquiera en manos de un Monteverde, sino de Boves, el más cruel personero de la revancha sanguinaria. Bolívar dirige la dramática Emigración a Oriente de las familias de Caracas. En Carúpano (7 de septiembre) expide un nuevo *Manifiesto*, que es otro de sus documentos importantes. Pero la fatalidad lo acosa. En adelante habrá de mostrarse más que nunca “el hombre de las dificultades”. Tras de cada fracaso, una nueva acción. “Bolívar derrotado es más temible que vencedor”, dijo Morillo. No descansa ni renuncia a su lucha: ello explica por qué cuando venga a Caracas, en 1827, por última vez, y le ofrezcan un homenaje en que le rodean estandartes con los nombres de todas las virtudes que se le atribuyen, al comenzar a repartirlos entre las más destacadas personalidades presentes, reserva sólo para sí el que dice: “*Constancia*”.

Vuelve a Nueva Granada, a dar cuenta al Congreso. Camilo Torres le responde: “Vuestra Patria no ha perecido mientras exista vuestra espada”. Pero lo vencen disensiones internas. Sale para Kingston, y allí publica otro formidable documento, en que analiza las causas de la revolución hispanoamericana y traza de mano maestra el destino de nuestras patrias: la *Carta de Jamaica* (6 de septiembre de 1815). Escapa de un atentado personal; viaja a Haití, y con el apoyo del presidente Petion organiza la expedición de Los Cayos. Quiere actuar en suelo venezolano. Boves ha muerto de un lanzazo en Urica,

combatiendo con Pedro Zaraza; ahora le corresponderá al Libertador enfrentarse, no con un nuevo caudillo de montoneras sino con un experimentado general, de aquellos vencedores de las guerras napoleónicas, el "pacificador" Pablo Morillo. La expedición de Los Cayos termina en el desastre en Ocumare, de donde parte súbitamente tratando de alcanzar a los corsarios que lo acompañaban y lo han abandonado. Vuelve a Haití, y nuevamente invade a Venezuela, ya para quedarse definitivamente en tierra firme.

Comienza la fase definitiva de la epopeya libertadora. Fue un gran acierto suyo moverse de la costa nor-oriental hacia las prósperas riberas del Orinoco, y fijar en la ciudad de Angostura (hoy Ciudad Bolívar) el centro de su actividad política y militar. Prominentes personajes de la Independencia no acataban todavía su autoridad y pretendieron reunir un congreso que retomara el ejercicio de la soberanía nacional y les diera título para disputar a Bolívar la conducción de la guerra; pero la historia — pese a la alta figuración de quienes lo integraron — recuerda aquella reunión con el nombre peyorativo de "congresillo de Cariaco". Mientras tanto, el Libertador convoca y reúne un Congreso, al que rodea de toda la majestad posible, y frente al cual pronuncia su célebre *Discurso de Angostura* (15 de febrero de 1819), que es uno de los textos más densos de la literatura política, no sólo de América Latina, sino del mundo. Es allí donde pro-



clama que “el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política”.

El escenario material es pobre, aunque lo magnifica la majestuosa cercanía del río Orinoco; pero el presidente del Congreso, el prócer neogranadino Francisco Antonio Zea acotará: “No era en el Capitolio, no en los palacios de Agripa y de Trajano; era en una humilde choza, bajo un techo pajizo, que Rómulo, sencillamente vestido, trazaba la capital del mundo y ponía los fundamentos de su inmenso imperio. Nada brillaba allí sino su genio; nada había de grande sino él mismo. No es por el aparato, ni la magnificencia de nuestra instalación, sino por los inmensos medios que la naturaleza nos ha proporcionado y por los inmensos planes que vosotros concibiérais para aprovecharos, que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República”. Organizador del Estado, Bolívar funda un periódico, el “Correo del Orinoco” para informar sobre la vida nacional y defender sus objetivos. Su fama atraviesa el océano; pasan de diez mil el número de jóvenes irlandeses e ingleses, como un O’Leary o un Farriar, y de otras nacionalidades europeas, que vinieron a combatir en favor de la independencia sudamericana atraídos por el brillo magnético de sus proezas.

Un año antes ha logrado un éxito de proyecciones trascendentes: en el Hato de Cañafístola

obtiene la adhesión de José Antonio Páez, el caudillo legendario que había aunado en torno suyo formidables caballerías llaneras, muchos de cuyos integrantes habían acompañado a Boves. Mas ha tenido también contratiempos. Se encuentra con uno de los dolores mayores de su vida al autorizar la ejecución de su brillante lugarteniente Manuel Piar, vencedor de San Félix, condenado por consejo de guerra como culpable de rebeldía. La campaña del centro tiene que detenerse por reveses. Pero él se sobrepone. En Casacoima, devorado por la fiebre y agotado por tantos obstáculos, anuncia los éxitos futuros que, según sueña ya, habrán de culminar en la liberación del Perú. En 1819 realiza su mayor hazaña militar: el paso de los Andes. A través del infranqueable páramo de Pisba y a un costo inmenso, sorprende a las tropas españolas; vence en Gámeza y Pantano de Vargas, y la victoria de Boyacá (7 de agosto) le abre las puertas de Bogotá, con todos los recursos del virreinato. Ya no puede ser visto sólo como un guerrero afortunado: es el jefe de estado de una nación en marcha. El 17 de diciembre (coincidentalmente, 11 años antes de su muerte) el Congreso sanciona la Ley Fundamental de Colombia. Morillo se convence de que la independencia no puede detenerse. De ahí los tratados de Trujillo y la admiración personal por Bolívar, que lo mueve a invitarlo para una histórica entrevista, celebrada en la población trujillana de Santa Ana

(27 de noviembre de 1820), donde, como lo expresa el soneto laureado de Alejandro Carías,

*juntos desagraviaron los guerreros,  
al declinar su indómita bravura  
con los de Cristo, los hidalgos fueros,  
y nos legaron como herencia pura  
de españoles de Indias y de iberos,  
timbre de unión que en las edades dura.*

En adelante avanza sin cesar, de triunfo en triunfo. El 24 de junio, en la llanura de Carabobo, sella la liberación de Venezuela. El 2 de octubre presta juramento como presidente de Colombia ante el Congreso Constituyente reunido en la Villa del Rosario de Cúcuta. El 7 de abril de 1822 gana la batalla de Bomboná y el 24 de mayo, obtenida en Pichincha la victoria por su más brillante oficial, el joven general Antonio José de Sucre, asegura la independencia del reino de Quito —a cuya capital entra el 16 de junio— que viene a formar parte de la Gran Colombia. El 13 de julio decreta la incorporación de Guayaquil y el 27 se entrevista en aquella ciudad con el gran Libertador del Sur, José de San Martín. Envía refuerzos para la campaña del Perú, a donde es luego llamado formalmente: llega al puerto de El Callao el 1º de setiembre de 1823 y, después de sobrepasar innumerables obstáculos, obtiene la victoria de Junín el 6 de agosto de 1824. Entre tanto, nuestra marina de guerra, al mando del Almirante José Padilla, ga-

naba el 24 de julio de 1823 (día en que cumplía Bolívar 40 años) la Batalla Naval de Maracaibo, que aseguraba la supremacía patriota en aguas del Caribe.

Una de las situaciones personales que el Libertador debió superar en la campaña del Perú fue una grave enfermedad que lo afectó en Pativilca. El episodio es uno de los más demostrativos de su temple. Relata don Joaquín Mosquera cómo, después de analizar la situación política, la insuficiencia de recursos y su delicado estado, al preguntarle “¿qué piensa Ud. hacer?”, dio como inequívoca respuesta una sola palabra que ha quedado grabada con caracteres indelebiles: “¡Triunfar!”.

El 9 de diciembre de 1824, en la pampa de La Quinoa, cerca de Ayacucho, Sucre obtiene la victoria final, en que el virrey La Serna rinde con su espada la soberanía española en América. Dos días antes, el Libertador ha expedido desde Lima la invitación a los gobiernos de la América Española para el Congreso de Panamá, con la aspiración de sellar en un pacto anfictionico la unión política de los nuevos Estados y constituir, según su feliz expresión en una carta a O'Higgins (8 de enero de 1822), “*una nación de repúblicas*”.

Después de la victoria de Ayacucho, por voluntad de los pueblos del Alto Perú se constituye una nueva República, que toma el nombre

de Bolivia. Es el más alto y permanente de todos los homenajes que se le hacen en la cúspide de la gloria. Sucre es elegido presidente de la nueva nación, aunque sólo acepta por dos años. El Libertador, en su discurso al constituyente boliviano, expresa su angustia por la organización institucional y diseña las estructuras que juzga más adecuadas para hacer frente a la anarquía: un presidente vitalicio, compensado por un senado hereditario; una cámara popular y una cámara de censores, para velar por la rectitud de las costumbres y de los procedimientos. Pero ello no pasa de ser una ilusión: las fuerzas desencadenadas confluirán sobre las nuevas repúblicas y faltará todavía mucho tiempo para que puedan enrumbarse satisfactoriamente.

Estos son los años en que Bolívar recibe los máximos honores y sufre las más terribles decepciones. En el Perú, las honras que decreta para él el Congreso recuerdan a las que el Senado romano tributaba a los guerreros victoriosos; en todas las ciudades de las cinco repúblicas se le hacen verdaderas apoteosis. Rechaza las recompensas materiales, consciente de la superioridad de la gloria.

Simultáneamente, el sentimiento localista toma cuerpo contra sus aspiraciones integracionistas. El Congreso de Panamá queda en nada, a pesar del sacrificio de Pedro Gual, que deja el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran

Colombia para irse al Istmo y después a Tacubaya (México) donde continuó la reunión. La visión de grandeza de Bolívar es señalada por sus adversarios como ambición cesárea. La maniobra de los aspirantes a jefaturas parroquiales cuenta con la predisposición de los ciudadanos contra el precedente universal de héroes convertidos en usurpadores y con el apego de los pueblos a sus estrechos ámbitos naturales, aislados entre sí por la dificultad de comunicaciones.

Tiene que dejar el Perú para atender a los problemas de Colombia. En Venezuela, Páez, que ha venido siendo prácticamente el jefe del país desde la batalla de Carabobo, en la que fue ascendido por Bolívar a la máxima jerarquía militar, se hace portavoz de los resentimientos y a través de un pronunciamiento de las municipalidades decreta la separación de Colombia. Es "La Cosiata", la secesión, que se minimiza y esfuma al llegar a la patria su hijo máximo. Su última visita a Caracas podría tal vez considerarse como el momento más feliz de su vida. Pero tiene que regresar a la capital grancolombiana, y desde su partida comienza nuevamente en Venezuela el proceso de disolución que se hará definitivo en 1830. Mientras tanto, el Libertador convoca a una convención para renovar las bases del estado, la Convención de Ocaña, que concluye en disenso, lo que lo fuerza a asumir una inevitable dictadura.

Los opositores lo llaman tirano, y el magnicidio llega muy cerca de su objeto en la noche oscura del 25 de septiembre de 1828. Además de algunos ideólogos como Florentino González y aventureros audaces como Pedro Carujo, aparece comprometido nada menos que Francisco de Paula Santander, su gran colaborador en la campaña de Boyacá y en el ejercicio del gobierno. La represión es dura. Pero Bolívar conmuta por expulsión del país la pena de muerte a que condenara el consejo de guerra a quien más tarde fuera ilustre presidente de la República de la Nueva Granada.

Los malentendidos entre Colombia y el Perú conducen a una guerra, concluida felizmente, después de la batalla de Tarqui, con la afirmación de Sucre de que la justicia de su causa era la misma antes que después de la victoria. Se convoca a un nuevo congreso, que se reúne en Boyacá en enero de 1830 y que la elegante precisión del verbo bolivariano denomina infructuosamente "Admirable". Lo preside Sucre, quien realiza los mayores esfuerzos por lograr la reunificación con Venezuela. Todo resulta inútil. El destino ha marcado su signo. El proceso es fatal. Sucre es asesinado el 4 de junio en la montaña de Berruecos, cuando regresaba a su hogar rumiando amargas preocupaciones. Por otra parte, el Congreso de Venezuela, temeroso de que la presencia del Libertador volviera a disipar los proyectos separatistas, pone como condición a todo

diálogo su exclusión del territorio nacional: es el más duro de los ultrajes y el más triste de los hechos históricos de nuestra República. El congreso colombiano, a su vez, le acepta la renuncia; designa un nuevo presidente que no asume por lo pronto el poder; el general Rafael Urdaneta, se hace cargo del gobierno el 5 de septiembre, instando al Libertador a volver. Este, que se halla en ruta a la costa atlántica con el propósito de pasar a Europa, encuentra en el deterioro de su quebrantada salud el desenlace de su ciclo vital. Le da hospitalidad en la quinta de San Pedro Alejandrino, cerca de Santa Marta, un hidalgo español, Joaquín de Mier; y lo atiende en su última enfermedad un médico francés, Alejandro Próspero Reverend, que ganó con su afecto por el noble paciente la gloria de la inmortalidad. Historiadores médicos discuten hoy acerca del tratamiento que indicó Reverend: lo cierto es que ya la inmensidad de la figura y de la obra de Bolívar no cabían en el escenario de su vida.

Sabía que iba a morir, se preparó dejando un mensaje inolvidable en el que sus últimos deseos los expresaba y el sacrificio de su existencia lo ofrecía, para recomendar el mantenimiento de la unión grancolombiana. El obispo José María Esteves, de Santa Marta, y el cura de Mamatoco, Hermenegildo Barranco, le dieron los últimos auxilios religiosos. Falleció el 17 de diciembre de 1830. Tenía solamente 47 años; pero ya reso-



naba la frase del elocuente Choquehuanca, quien desde el Perú había pronosticado: "con el tiempo crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina". Sus restos, inhumados solemnemente en la catedral de Santa Marta, fueron trasladados a la catedral de Caracas en 1842, en apoteosis presidida por el general Páez y narrada en párrafos neoclásicos por Fermín Toro. De la catedral pasaron, en el gobierno de Guzmán Blanco, al Panteón Nacional, un templo donde predomina la afirmación de su grandeza. En medio de su increíble actividad, la soledad de su espíritu se resentía de la falta de un verdadero amor. El recuerdo de la esposa muerta lo acompañaba siempre. Comprendía que, tal vez, si ella hubiera vivido, su destino heroico no se habría cumplido (se le atribuye la expresión de que no habría pasado de ser "alcalde de San Mateo"); pero el vacío que ella había dejado en su existencia no pudo llenarlo con las aventuras galantes, con encuentros furtivos, ni siquiera con manifestaciones de afecto, entremezclado con veneración, por más que provinieran de mujeres hermosas, inteligentes o sensibles. Solamente una quiteña, Manuela Sáenz, de espíritu atrevido, pasando por encima de las normas sociales y provocando inevitables reacciones, al entregarse a él con irrefrenable vehemencia, llegó muy cerca de su corazón. No fue una mera relación carnal la que existió entre ellos: aquella a la que llamó "sublime loca" le dio aliento de

vida, y vino a convertirse en “libertadora del Libertador” cuando salvó su vida en el atentado septembrino, distraendo a los conjurados mientras el Libertador se ponía a salvo. Los años finales de Manuela, después de la partida y muerte del amado, fueron un triste epílogo de su participación en la tragedia bolivariana.

No logró el Libertador consolidar en los nuevos estados la vida institucional. En su último año llegó a exclamar, en mensaje al Congreso: “Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás”. Y ya para concluir su periplo, imaginó que todo había terminado en un fracaso: “hemos arado en el mar”.

Pero no. No había arado en el mar. Su figura continúa agigantándose, por encima de todos sus contemporáneos en el ámbito de su acción. El estudio de su pensamiento lo califica como uno de los más geniales visionarios del acontecer político y uno de los más brillantes cultores de la filosofía del estado, a la vez que uno de los más profundos conocedores de las realidades de los pueblos. Para las naciones que libertó —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá— es y será Padre de la Patria. Para toda Latinoamérica, su voz es mensaje y su figura es prototipo de las aspiraciones generosas. En bronce o mármol, se encuentra en las principales plazas de las ciudades y pueblos de las repúblicas hijas de

su espada. Su figura heroica campea en muchas capitales del mundo. Lima, Caracas, Bogotá, Quito, La Paz y Panamá no son las únicas; también, entre otras, Buenos Aires, México, Río de Janeiro, Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico, Tegucigalpa, Guatemala; le hallamos en Puerto España y Kingston, en Nueva York y Washington, en Roma y París, Londres y Madrid, además de muchas otras ciudades como Cádiz, Garachico (Canarias), Trujillo (Perú), Arequipa, etc. Su nombre distingue una nación (Bolivia), un estado de Venezuela, numerosos distritos jurisdiccionales y diversas ciudades (en Venezuela, en la Argentina, en los Estados Unidos); es epónimo de universidades y liceos, así como de numerosas sociedades e instituciones. El adjetivo "bolivariano" ha entrado, por él, al diccionario. Son incontables los libros que recogen su pensamiento o que se ocupan de su vida y de su obra; ha servido de inspiración a historiadores y poetas, a escultores y músicos, y hasta una ópera, estrenada en París, ha sido compuesta con su figura como tema. Maestro de maestros, su pensamiento ha servido de inspiración a pensadores y estadistas.

Y está vigente la hipérbole del insigne uruguayo José Enrique Rodó: "Cuando diez siglos hayan pasado; cuando la pátina de una leyendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien gene-

raciones humanas hayan mezclado en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados, y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan reverberar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miriadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar”.

## II

### EL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO DEL LIBERTADOR

Por la proyección de su figura histórica, Simón Bolívar merece párrafo aparte en el estudio de los precursores de la Sociología Venezolana en el siglo XIX.

Para su estudio debemos distinguir su triple personalidad, como hombre de acción, que realizó la tarea de emancipar la parte septentrional del Continente Suramericano; como estadista de amplia visión, deseoso de formular nuevos sistemas políticos para el gobierno de los pueblos libertados por su espada; y como sociólogo, un observador social, preocupado por conocer hondamente la realidad dentro de la cual actuaba, como punto de partida para sus actividades de militar y de estadista.

En la documentación bolivariana (cartas, discursos y proclamas) existe una buena porción

que corresponde a la literatura épica y a la psicología militar y política; otra cuyo estudio interesa señaladamente a la filosofía constitucional; y una tercera dentro de la cual hallará su campo el sociólogo. Los tres aspectos, muchas veces, se entremezclan; y por ello, para estudiar la última parte hay que separar cuidadosamente aquellas de sus observaciones que son el reflejo apasionado de la lucha o la manifestación de un alto interés político, a fin de recoger los elementos que genuinamente correspondan a lo que se entiende por Sociología.

Despejado así el campo de nuestro estudio, debemos decir que éste se nos presenta rico y nutrido. Quizás resulte, secamente expresado, un poco hiperbólico el pensamiento de Blanco-Fombona de que él abarcó “la sociología antes de Comte, Spencer y Taine”; pero en su obra escrita quedó, en verdad, un valioso conjunto de observaciones formuladas con el más riguroso criterio sociológico. Y ello porque, como lo expresa el mismo autor de la frase citada, “Bolívar, que en el fondo es un temperamento intuitivo y romántico, observa y estudia la sociedad con sentido profundamente realista. No tiene los ojos exclusivamente clavados en Grecia o Roma como los imitadores de ese tiempo —lo mismo en Hispano América que en los Estados Unidos y aun en Francia— sino que observa la gente que tiene a su lado y la observa sin antiparras clásicas. Aunque aprovecha las lecciones de la experien-

cia humana en Francia, en los Estados Unidos, en Roma y en Grecia. Pero su observación de América es *directa y profunda*; profunda y directa su aplicación de la experiencia vivida, a la realidad ambiente. Visita las regiones más remotas del mundo americano donde actúa, conversa con los ricos, con los pobres, con los campesinos, con los soldados. Lo pregunta todo, se hace explicar todo. Hasta inquiriere de los párrocos cuáles son en la aldea o ciudad donde se asienta la parroquia los pecados más frecuentes. *Se puede decir que conoce a su América*". (R. Blanco-Fombona, *El pensamiento vivo de Bolívar*, ed. Losada, Buenos Aires, 1942, p. 24).

Especialmente se refleja el pensamiento sociológico del Libertador: a) en sus 4 documentos fundamentales, dentro de los cuales aparece una sorprendente unidad de pensamiento: el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica (*Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*. Lecuna, *Cartas del Libertador*, t. I, p. 181. V. las cartas al Editor de la "Royal Gazette" en las páginas siguientes del tomo, Kingston, 6 de setiembre de 1815), el Discurso de Angostura y el Discurso al Congreso Constituyente de Bolivia; b) en sus numerosas cartas, que contienen a veces observaciones de inestimable valor.

De los cuatro documentos fundamentales, dos de ellos revisten el mayor interés para nuestro

estudio: son la *Carta de Jamaica* y el *Discurso de Angostura*. La primera contiene un análisis objetivo de la realidad social iberoamericana, y de esa objetividad da fe el acierto de las predicciones que se atreve a formular para los diversos pueblos de América. El segundo, con mayor amplitud que el *Manifiesto de Cartagena* (documento necesariamente breve), hace un estudio de las causas que precipitaron la caída de la primera República y una invocación al análisis de la realidad social de nuestros pueblos como base de toda organización futura.

Tomando aquí y allá en todas las fuentes señaladas, trataremos de reconstruir, dentro de las limitaciones que imponen estos apuntes, en sus aspectos más interesantes, el pensamiento sociológico del Padre de la Patria.

1) REALIDAD SOCIAL. - Bolívar fue un convencido de la existencia de una realidad social, cuya existencia influye considerablemente en las acciones de los hombres. Tal es la base de sus concepciones que legítimamente podemos llamar sociológicas. A veces pone en la expresión de ese concepto, acentos exagerados exigidos por las propias razones políticas, pero la pureza y sinceridad del concepto se desprende de sus reiteradas observaciones: "En medio de este piélago de angustias —dice al Congreso de Angostura— no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebatava como una dé-



bil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal. Fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos. Atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela: examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del Gobierno Republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional”.

Esa visión de la realidad social constituye para él la premisa de la organización constitucional que propone. Y si en ésta “factores muy poderosos, que no podían preverse en un medio social indisciplinado, e influencias de diversa índole imperante en aquel momento histórico y a las que no era posible que se sustrajese el grande hombre, lo orientaron más bien hacia la fórmula de ensayos racionalistas que no pudieron alcanzar sino una duración efímera” (Cristóbal Benítez, *Sociología Política*, ed. Cecilio Acosta, p. 27), la premisa resulta intachable. Y no sólo esto, sino que al mismo tiempo ella era un esfuerzo por libertarse de la influencia ambiental del romanticismo, que buscaba fórmulas racionales perfectas en los modelos europeos para adaptarlos a la América. Se preguntaban los americanos cuál sería el gobierno más perfecto para las nuevas naciones: “El de los Estados Unidos,

dicen los Congresales venezolanos de 1811 y, más tarde, liberales neogranadinos del tipo de Santander y consortes; el de 'una monarquía constitucional' y si no española, de cualquier parte, piensan San Martín, Rivadavia; 'una monarquía francesa' cree Pueyrredón; 'el gobierno de los Incas', opina Belgrano. En cambio el Libertador, remontándose a las realidades y superando, buen pensador y buen sociólogo, los principios abstractos, exclama: 'el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política' (R. Blanco-Fombona, *El pensamiento vivo...*, p. 13. La cita de Bolívar corresponde al Discurso de Angostura). "La excelencia de un gobierno —agrega—, no consiste en su teoría, ni en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación, para quienes se instituye".

Al énfasis por el estudio de la realidad social corresponderán las críticas que formula Bolívar a los constituyentes de 1811. "Los códigos que consultaban nuestros magistrados no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano" (Manifiesto de Cartagena). "Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica

por táctica y sofistas por soldados” (id.) Bolívar preconizaba, pues, el estudio sociológico de la realidad, como punto de partida para toda actuación.

2) COMPLEJIDAD SOCIAL. - En el enfoque de la realidad social, no fue Bolívar unilateral. La entendió, al contrario, como un todo complejo, en el cual se confundían y completaban causas. No fue un determinista del medio o de la raza; ni tampoco eludió la importancia de aquéllos cuando señaló la influencia de factores culturales e históricos.

Su visión de lo social como un todo armónico refleja, como en otras cosas, la influencia del barón de Montesquieu. “¿No dice el Espíritu de las Leyes —expresa— que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otra? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de sus habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el código que debemos consultar, y no el de Washington!” (*Discurso de Angostura*).

Por esta razón Blanco-Fombona, a quien no puede negarse gran sagacidad en la interpreta-

ción del pensamiento de Bolívar, concluye: “Bolívar nunca fue de criterio estrecho y rastrero materialismo, sino hombre en quien superaron, por sobre los datos precisos de orden material, concepciones e interpretaciones de orden espiritual. Así tuvo del sociólogo y del filósofo. No se queda en el fenómeno social, que sabe descubrir y penetrar; le da una interpretación de orden trascendental” (*El pensamiento vivo . . .*, cit., p. 70).

3) EL MEDIO FÍSICO. - Despunta en el Libertador una fina penetración acerca de la influencia del medio físico sobre las instituciones; y no falta una referencia a la variedad del mismo en nuestro país, con su necesaria repercusión sobre aquéllas.

Por eso ha hablado arriba de que “las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión”. Y por esa misma razón señala, acogiendo el criterio de la diversidad que ya hemos venido hallando en todas las fuentes de la sociología venezolana, la siguiente ruta a los legisladores de Angostura: “Por lo demás hallaréis también consejos importantes que seguir en la naturaleza misma de nuestro país, que comprende las regiones elevadas de los Andes, y las abraçadas riberas del Orinoco: examinadle en toda su extensión, y aprenderéis en él, de la inefable

maestra de los hombres, lo que ha de dictar el Congreso para felicidad de los colombianos”.

La fertilidad y amplia extensión de los campos de América llena gran papel en su concepción acerca de la tranquilidad y tolerancia de los americanos. “El americano del sur vive a sus anchas en su país nativo; satisface sus necesidades y pasiones a poca costa; montes de oro y plata le proporcionan riquezas fáciles con que obtiene los objetos de la Europa. Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y ríos caudalosos con ricas pesquerías lo alimentan superabundantemente, el clima no le exige vestidos y apenas habitaciones; en fin, puede existir aislado, subsistir de sí mismo, y mantenerse independiente de los demás. Ninguna otra situación del mundo es semejante a ésta: toda la tierra está ya agotada por los hombres, la América sola, apenas está encantada”. “La misma extensión, la misma abundancia, la misma variedad de colores, da cierta neutralidad a las pretensiones, que vienen a hacerse casi nulas” (Carta al editor de la Gaceta Real de Jamaica).

4) POBLACIÓN. - Refleja a veces el Libertador una convicción pesimista acerca de nuestros componentes étnicos. Quizás en muchas ocasiones dejó en el análisis de nuestros antecedentes raciales la repercusión de sus amargas políticas. Han sido éstas las observaciones sociológicas

de Bolívar más explotadas con posterioridad, pero que deben estudiarse con serena calma.

Desde luego, señala el Libertador el problema fundamental de todo mestizaje: los conflictos que suscitan las desemejanzas durante el proceso de fusión. “Nacidos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en su origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia” (*Discurso de Angostura*).

Por otra parte, resalta en Bolívar la convicción de que los ingredientes europeos no eran “puros”: “hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter”.

Al mismo tiempo, se nota en él la convicción de que el proceso fusionador adelanta: “Es imposible asegurar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo” (*Discurso de Angostura*).

No se quedó el Libertador, en su análisis, en consideraciones generales. Descendió al estudio de la psicología e influencia de cada uno de los componentes étnicos de nuestra población. Comenzó, desde luego, por el contingente blanco,

al que atribuyó participación decisiva por razones de nivel cultural. “De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es, ciertamente, de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que le dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta, a cuantos no hayan podido juzgar, por sí mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes, no obstante la desproporción numérica entre un color y otro” (Carta al editor de la Gaceta Real de Jamaica).<sup>1</sup> El problema de los criollos y de sus inquietudes raciales fue especialmente enfocado: “No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión, y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores; así, nuestro caso es el más extraordinario y complicado” (Contestación de un americano meridional. . .).

Respecto al contingente indígena, hace valiosas observaciones, pues viene a ser, para él, el

---

<sup>1</sup>El borrador decía, anota Lecuna: “posee una superioridad incontestable sobre la masa general”.

elemento aglutinador del mestizaje. “El indio es de un carácter tan apacible, que sólo desea el reposo y la soledad: no aspira ni aun a acaudillar su tribu, mucho menos a dominar las extrañas: felizmente esta especie de hombres es la que menos reclama la preponderancia; *aunque su número exceda a la suma de los otros habitantes. Esta parte de la población americana es una especie de barrera para contener a los otros partidos*: ella no pretende la autoridad, porque ni la ambiciona, ni se cree con aptitud para ejercerla, contentándose con su paz, su tierra y su familia. El indio es el amigo de todos, porque las leyes no lo habían desigualado, y porque, para obtener todas las mismas dignidades de fortuna y de honor que conceden los gobiernos, no han menester de recurrir a otros medios que a los servicios y al saber; aspiraciones que ellos odian más de lo que pueden desear las gracias”.

Al otro componente de nuestra población, al contingente africano, es al que en algunas ocasiones contempla con cierto prejuicio. Fue, sin embargo, un partidario de su libertad, porque “Dios ha destinado el hombre a la libertad: él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío” (Discurso al Constituyente de Bolivia). Y señala al mismo tiempo su condición pacífica: “El esclavo en la América española vejeta abandonado en las haciendas, gozando, por decirlo así, de su inacción, de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la



libertad; y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural, como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta”.

Pero lo más interesante de Bolívar en su concepción de nuestro mestizaje es la tesis con la cual concluye su análisis: la tesis de que, a pesar del “reato de la mayor trascendencia” originado por las desemejanzas, no existen conflictos raciales en América, sino una propensión a la armonía. Es la réplica anticipada a la tesis que habría de formular después Sarmiento en su “Conflicto”. Para Bolívar, con certera visión, “no es probable que las facciones de razas diversas, lleguen a constituirse de tal modo, que una de ellas logre anonadar a las otras”. Y, más todavía: “Estamos autorizados, pues, a creer —dice en su citada carta— que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar. Nos dirán que las guerras civiles prueban lo contrario. No, señor, las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas: ellas han nacido de la divergencia de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones”.

No se limitó, por lo demás, al análisis cualitativo de la población: tomó muy en cuenta el

aspecto cuantitativo de la misma. Se preocupó de la circunstancia de estar constituida en gran parte la población americana por “labradores, pastores, nómadas perdidos en medio de espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias, y aislados entre lagos y ríos caudalosos” (Contestación de un americano meridional...); y no fue excepción a los que abogaron por el fomento de una inmigración europea y norteamericana: “Se debe fomentar la inmigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí, trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y anglo-americanos cambiarían todo el carácter del pueblo y lo harían ilustrado y próspero. Nos faltan mecánicos y agricultores, que son los que el país necesita para progresar”.

5) CAUSAS DE LA INDEPENDENCIA. - En el análisis de las causas de la independencia, se encuentran en Bolívar observaciones conducentes a enfocarla como una realización autóctona, dependiente del desarrollo natural de estos pueblos. En ese sentido, supo distinguir como Andrés Bello, entre la independencia y la libertad, ideales distintos, si bien aquél era premisa de éste. Por eso señala en la Carta: “no solamente se nos había robado la Libertad, sino también la tiranía activa y doméstica”. Y por eso llega a expresar en su Mensaje al Congreso Admira-

ble de 1830: "Me ruborizo al decirlo": la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad".

La independencia es, pues, para Bolívar como para Bello, un movimiento criollo. "El destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que unía a la España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía: lo que antes las enlazaba ya las divide". Y para que esa independencia se realizara fue necesaria (lo mismo dijo Bello) su desmedida autoridad: "Mi país se ha libertado porque ha habido unidad y obediencia, no siempre voluntaria, pero siempre constante".

6) EL PROBLEMA POLÍTICO DE AMÉRICA. - Señalada la independencia como un bien inicial, surgía el problema político de América: la organización para la libertad. Fue en él donde hubo de estrellarse el estadista. Y por ende, es en él donde el sociólogo se muestra más apasionado. Con esta reserva, sin embargo, y quizás por este su mismo drama histórico, su pensamiento resulta campo el más fecundo para el estudio.

Desde luego, frente a los estadistas de gabinete, surge imponente en esta fase de Bolívar

la afirmación fundamental del sociólogo: “Los gritos del género humano en los campos de batalla, o en los cuerpos tumultuarios, claman al cielo contra los inconsiderados y ciegos Legisladores que han pensado que se pueden hacer impunemente ensayos de quiméricas instituciones”. “Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos, de los hombres que lo rodean”. “La excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye”.

Por aquella misma razón, hizo hincapié en el contenido humano de las sociedades como presupuesto de su funcionamiento: “La práctica de la libertad no se sostiene sino con virtudes y donde éstas reinan es impotente la tiranía”. Y se pronunció contra las formas de gobierno puras: “Los acontecimientos de Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales”.

El problema de América, supo sentirlo hondamente. Se dio cuenta, al mismo tiempo, de su unidad y de su diversidad. “Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas no es posible, por-

que climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América” (Carta). Comprendió, como Bello, que la monarquía era una institución exótica en América: ello, a pesar de sus concesiones a la forma monárquica en sus proyectos constitucionales, y de las corrientes monárquicas en su época. Y señaló el problema de adaptar las nuevas formas de gobierno a la América independiente: “No debemos alucinarnos: la opinión de la América no está aún bien fijada, y aunque los seres que piensan son todos, todos independientes, la masa general ignora todavía sus derechos y desconoce sus intereses”. Pero, a pesar de la vehemente lucha que llevaba a aquellos ardorosos combatientes a negar todo lo bueno en el régimen contrario, supo dejar una frase que ha dado origen a sesuda exégesis de Augusto Mijares, y que deja a salvo la tradición de una vida civil en la sociedad pre-independiente: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevos en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo *viejos en los usos de la sociedad civil*”.

Es fácil de comprender el énfasis del Libertador contra la lucha enconada de partidos, pues ella no le dejó consolidar en momentos inquietantes, la obra de su genio; es comprensible igualmente su apreciación peyorativa para las municipalidades, pues que éstas habían desnatura-

lizado sus funciones en el clima de intranquilidad que se vivía; son explicables sus visiones oscuras de la organización de América, por el mismo dolor de la destrucción de sus sueños. No pueden, desde luego, aceptarse muchas de sus afirmaciones como valederas para toda la América y para cualquier tiempo, sino que tienen que apreciarse en función del momento histórico que vivió Bolívar; aunque resultó muy cierta la dolorosa profecía: “no pudiendo nuestro país soportar ni la libertad ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones” (Carta de 13.VII.1829).

Ya he dicho que en el análisis del fracaso de la Primera República, gran parte de la responsabilidad se atribuye al excesivo teoricismo. En parte también al despilfarro y al alto costo de la pequeña burocracia de entonces: “La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y superficiales y particularmente en sueldos de gran número de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales, dio un golpe mortal a la República” (*Manifiesto de Cartagena*). Pero, especialmente, le quedó desde aquella ocasión una resistencia invencible contra el régimen federal: tan invencible, que la trasladó totalmente a la organización grancolombiana, sin doblegarse a la necesaria transformación que el problema de una organización central o federal adquiriría al dilatarse la República. No recordó lo que bien sabía, de que Nue-

va Granada era “en extremo adicta a la federación”: y quizás su esfuerzo tenaz de hacer de la Gran Colombia una república unitaria contribuyó al fracaso de aquella magnífica concepción.

No hubo aspecto de la realidad social americana que no penetrara. El se dio cuenta, por ejemplo, de la virilidad precoz de las generaciones jóvenes, que tanto ha repercutido en la influencia de las generaciones estudiantiles en la vida política de estos pueblos: “Mosquera no vendrá al mando porque temerá ser la víctima de los colegiales de Bogotá, que oprimen aquella ciudad, porque entre nosotros los niños tienen la fuerza de la virilidad, y los hombres maduros tienen la flaqueza de los chochos” (Carta de 31-V-1830). Supo describir la influencia arrolladora de las revoluciones en la vida de los pueblos: “Es una estupidez maligna atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los estados, no estando en la esfera de las facultades de un general o magistrado contener en un momento de turbulencia, de choque, y de divergencia de opiniones el torrente de las pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste” (*Manifiesto de Carúpano*). Y sus concepciones acerca de la influencia de los factores naturales en las instituciones, podría servir de norma en el estudio de la sociología jurídica, sin que por ello falte la concepción fundamental sobre la función

niveladora de las leyes: “Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social”.

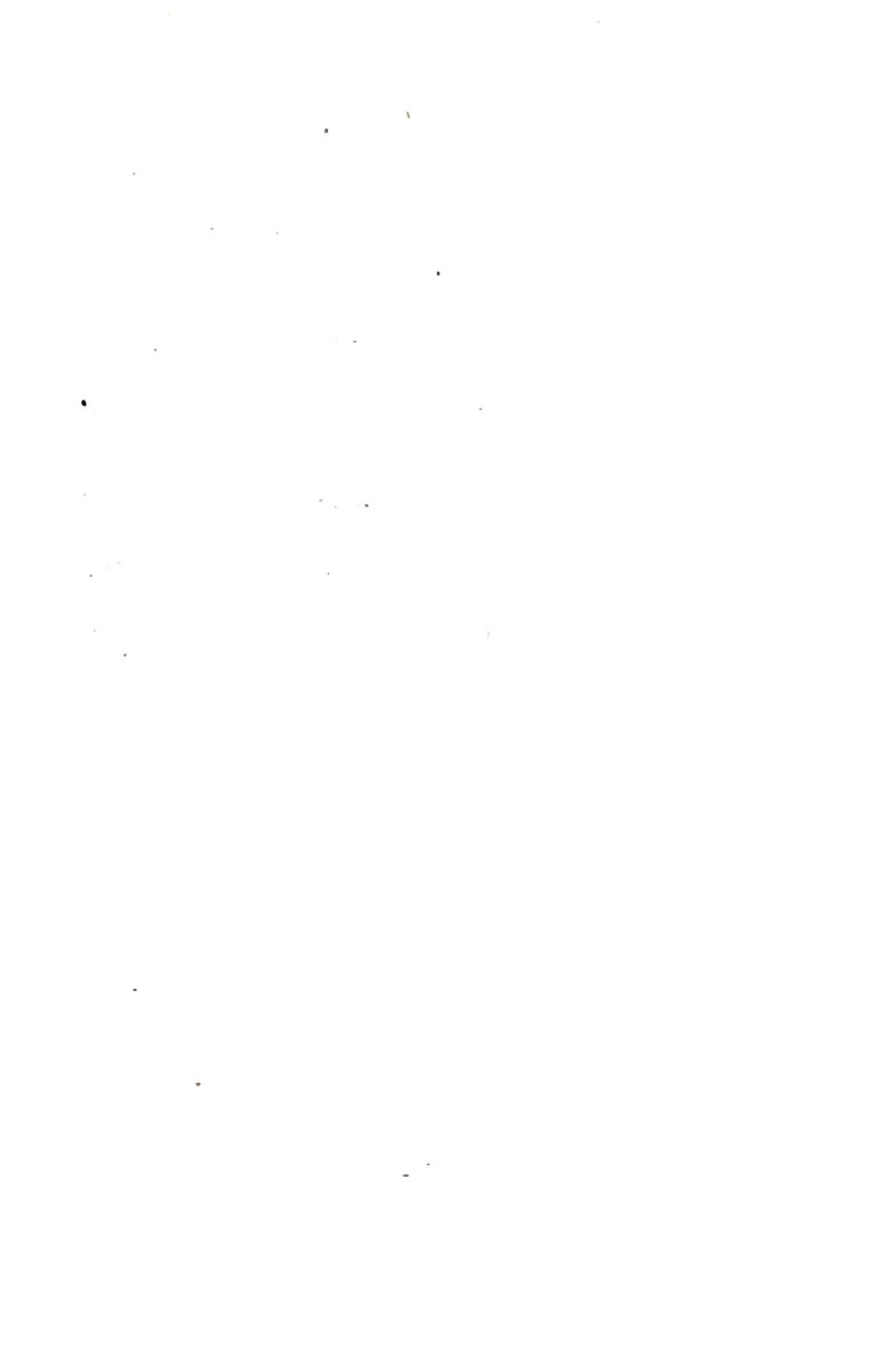
En este bosquejo del pensamiento sociológico del Libertador me he mantenido en lo posible en el plano objetivo de esta ciencia. Imposible es aislar sus observaciones del fondo histórico en que vivió, ni ello sería científico. Pero he prescindido del estudio de las formas políticas que preconizó (Presidencia vitalicia, Senado hereditario, Poder Moral) por estimar que ellas pertenecen más bien a la Filosofía Política.

Del Libertador como figura histórica y de sus concepciones de estadista, se ha hecho por grandes pensadores el más detallado análisis. Me atrevo a pensar, sin embargo, que un estudio igualmente minucioso de sus observaciones sociológicas, para formar con ellas un cuerpo sistemático del pensamiento sociológico del Libertador, es campo que todavía podría ofrecer aspectos inexplorados. A nuestra juventud toca intentarlo.



## BIBLIOGRAFIA

- V. LECUNA. *Cartas del Libertador*.
- V. LECUNA. *Proclamas y Discursos del Libertador*.
- HÉCTOR CUENCA. *Fuentes de la Doctrina Bolivariana*. Quito, 1940.
- RUFINO BLANCO FOMBONA. *El pensamiento vivo de Bolívar*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.
- Pensamientos del Libertador*. Editados por el Ministerio de Educación Nacional de los Estados Unidos de Venezuela. Caracas. 1940.
- CRISTÓBAL BENÍTEZ. *Sociología Política* (Ensayos). Editorial Cecilio Acosta, 1941.
- C. PARRA-PÉREZ. *Bolívar*. Contribución al estudio de sus ideas políticas. Caracas, 1942.
- JOSÉ RAFAEL MENDOZA. "Orígenes de la Sociología Venezolana". En *Revista Interamericana de Sociología*. N° 1. Caracas (febrero-marzo, 1936).



### III

## ESTADISTA DE LA LIBERTAD

### LA ORGANIZACIÓN INSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA:

DEMOCRACIA SIN ANARQUÍA,  
AUTORIDAD SIN TIRANÍA

Cuando comenzó, en 1810, el proceso de la independencia de Venezuela, Bolívar no había cumplido 27 años, pero se reconocía su capacidad e importancia, pues fue escogido como jefe de la misión diplomática enviada ante el gobierno más poderoso del mundo. Ese tiempo de Londres, reunido con Miranda y Bello, tuvo que ser de profunda observación y diálogo sobre el destino y la futura organización institucional de nuestra América.

De nuevo en Venezuela, no fue diputado al Congreso Constituyente, pero impulsó desde la Sociedad Patriótica la declaración de independencia. Su tesis era la emancipación plena e in-

mediata. El Congreso se pronunció por ella el 5 de julio de 1811, dándole a la antigua colonia un nuevo basamento jurídico.

En 1812 empieza, con poca fortuna, su actividad en el terreno de las armas. Con grado de coronel comanda la plaza de Puerto Cabello y la pierde por una traición. En Cartagena, ya con el doble carácter de militar y político que mantendrá hasta el fin, emite su primer documento fundamental: un manifiesto en que atribuye al régimen federal escogido por el Constituyente y al sistema de gobierno puesto en práctica, la pérdida de la Primera República.

En 1813, con prestigio y respaldo logrados en la Nueva Granada, emprende la Campaña Admirable, llega en triunfo a Caracas y es aclamado como Libertador. Empieza a delinear en importantes actos su concepto del gobierno; pero los reveses bélicos lo acosan. En 1814, queda nuevamente Venezuela bajo control realista.

En 1815, desde Kingston, escribe la célebre *Carta de Jamaica*, en la que estudia la situación del continente, analiza la realidad social y traza las perspectivas de nuestras naciones. El estadista apunta ya con personalidad inconfundible. Su pensamiento revela plena madurez.

En 1816 vuelve al país. La primera Expedición de Los Cayos fracasa en Ocumare; a consecuencia de la segunda se le abre definitivamente

la acción en Tierra Firme, aunque de nuevo se frustra su empeño de marchar a Caracas.

Insistirá más adelante en el asedio de la capital de Venezuela, sin cuya liberación mantiene un carácter precario la situación de los patriotas. Pero, aun contando con mejores elementos, fracasará todavía otra vez en el propósito.

En medio de aquella actividad bélica, intensa y angustiada, no deja un momento de pensar en la estructuración jurídica de la república. Desde 1817 se halla en las riberas del Orinoco. Encuentra en Guayana una base de operaciones de mucha potencialidad, hasta ese momento casi ignota. Se instala en Angostura, modesta ciudad provinciana que ahora ostenta con orgullo el nombre de Ciudad Bolívar. Sus efectivos no han salido todavía de una situación de escasez que bien podía calificarse de miseria;<sup>1</sup> no obstante, la llegada de refuerzos ingleses y el reconocimiento del general Páez, campeón invicto de los Llanos, le han abierto un nuevo panorama.

Con fe invencible, no se aparta de sus ojos la victoria. ¡Habla ya de independizar al Perú! y lo increíble es que, a vuelta de poco más de un lustro, este sueño se hará realidad.

Si Bolívar, como lo afirma con injustificable ceguera Bousingault, no hubiera sido sino "un gue-

---

<sup>1</sup>AUGUSTO MIJARES. *El Libertador*, Caracas, Editorial Arte, 1964, pp. 332 y 333.

rrillero inteligente”, todo su esfuerzo se habría concentrado en las peripecias de la guerra. Más aún, si hubiera sido un militar de indiscutible genio, pero no hubiera tenido otras facetas, su única obsesión habría sido la de derrotar al enemigo y asegurar el triunfo de sus armas. Pero como su visión no se agotaba con la guerra, el estadista impuso sus preocupaciones al guerrero: seis meses antes de ganar en Boyacá la independencia de la Nueva Granada y a dos años y medio de asegurar en Carabobo la libertad de Venezuela, plantea como asunto fundamental la institucionalización del Estado.

Con la capitulación de Miranda, en 1812, había quedado liquidada la vida gloriosa y efímera de la Primera República.<sup>2</sup> El nuevo título jurídico del gobierno patriota es el de Libertador y Capitán General de los Ejércitos de Venezuela conferido a Bolívar en Caracas en asamblea celebrada el 14 de octubre de 1813, y como tal, el reconocimiento de su investidura como Jefe Supremo de la República.<sup>3</sup> Las reuniones en que

---

<sup>2</sup>En el discurso de instalación del Consejo de Estado en Angostura, el 1º de noviembre de 1817, dice Bolívar: “Las vicisitudes de la guerra, que fueron tan contrarias a las armas venezolanas, hicieron desaparecer la República y con ella todas sus instituciones”. (VICENTE LECUNA, *Proclamas y Discursos del Libertador*, Caracas, Tipografía y Litografía del Comercio, 1939, p. 172).

<sup>3</sup>“Por la Asamblea de Margarita de 6 de mayo de 1816 —expresa en el mismo discurso el Libertador—, la República de

los jefes militares reconocieron la autoridad del Libertador confirmaron su autoridad; pero el estadista comprendía que la república naciente debía asentarse firmemente en el plano institucional.

Un intento de personalidades patriotas para reunir un Congreso que reasumiera las atribuciones del que naufragó en 1812 y disminuyera el poder del Jefe Supremo, se conoce en la historia con el nombre peyorativo de "Congresillo de Cariaco"; pero fue un acicate más para que Bolívar convocara la representación de las provincias, la invitara a considerar un proyecto de Constitución y sancionarlo sin perder de vista los presupuestos jurídicos que permitirían la unión con la Nueva Granada en una gran nación que llevaría el nombre de Colombia.

El problema era combinar a un mismo tiempo dos objetivos diferentes, como lo señalaría más tarde con mucha claridad Andrés Bello: la independencia, "deseo inherente a toda gran sociedad de administrar sus propios intereses y de no recibir leyes de otras", y la libertad, "aliado extranjero que combatía bajo el estandarte de la

---

Venezuela fue decretada una e indivisible. Los pueblos y los ejércitos que hasta ahora han combatido por la libertad han sancionado, por el más solemne y unánime reconocimiento, este acto que al mismo tiempo que reunió los Estados de Venezuela en uno solo creó y nombró un poder ejecutivo bajo el título de Jefe Supremo de la República. (VICENTE LECUNA, *op. cit.*, p. 173).

Independencia y que aún después de la victoria ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse".<sup>4</sup> "Nadie amó más sinceramente la libertad que el General Bolívar", dijo con justicia el mismo Bello; pero, en la conciencia del Libertador estaban claros la necesidad de ejercer una autoridad firme e indiscutida para poder realizar la hazaña de la independencia y el temor a la anarquía que acompañó a todos los grandes actores de la emancipación.

Es impresionante, a este respecto, la frase de Miranda: "Confieso que deseo tanto la libertad y la independencia del nuevo mundo como temo a la anarquía y el sistema revolucionario".<sup>5</sup> Bolívar había señalado en varias ocasiones el peligro de la anarquía y la inconveniencia de la Constitución Federal de Venezuela de 1811, que —según observó— inspiró a los federalistas de la Nueva Granada y a todos los adalides de la independencia en las colonias hispanoamericanas.<sup>6</sup>

La censuró, no por democrática, sino por su estructura federal y por la debilidad del Ejecu-

---

<sup>4</sup>RAFAEL CALDERA. *Andrés Bello*, 5ª edición castellana, Editorial Monte Avila, 1973, pp. 210 y 215.

<sup>5</sup>Véase "Carta a John Turnbull", comentada por CARACCILO PARRA PÉREZ, en *Historia de la Primera República*, Caracas, 1939, tomo II, p. 357.

<sup>6</sup>*Itinerario Documental de Simón Bolívar*. Escritos selectos, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1970, pp. 124 y 125; *Siete Documentos Esenciales*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1973, p. 51 y ss.



tivo. No es posible olvidar aquel párrafo del *Manifiesto de Cartagena*: “Tuvimos filósofos por jefes, filántropía por legislación, dialéctica por táctica, y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada”.<sup>7</sup>

El estadista encara esta situación. Están surgiendo nuevos Estados bajo el conjuro de su espada. Tienen su propia idiosincrasia; él sabe que las realidades sociales no se inventan. Sabe, por otra parte, que la naturaleza del hombre presenta rasgos comunes a través de todos los tiempos: por eso estudia, reflexiona, indaga los sistemas empleados en otras latitudes, en la época antigua y la moderna. Pero no quiere caer en la creación artificiosa e ilusoria de algo que pudiera representar el mayor bien imaginable como dice Rufino Blanco Fombona: “Las ideas políticas de un filósofo pueden considerarse en abstracto. No así las de un estadista. Los ensayos de éste no son meras especulaciones. Son operaciones en carne de pueblos. Las ideas políticas de Bolívar deben encuadrarse dentro de la sociedad para la cual piensa y legisla”. No puede olvidarse la observación de Alberdi: “Nadie me-

---

<sup>7</sup>*Itinerario Documental*, edic. cit., p. 31. *Siete Documentos*, edic. cit., p. 20.

nos que él pudo ser tratado de utopista; por la razón de que es el hombre que más hechos positivos ha dejado en América”.<sup>8</sup>

Lo cierto es que, en medio de un problema militar como el que enfrentaba; planeando el paso de Los Andes para liberar la Nueva Granada y encontrar en ella los elementos indispensables para la liberación de Venezuela, soñando ya en llevar hasta el Perú la independencia, el Libertador no relega para más tarde la celebración de un Congreso Constituyente que represente la voluntad de los pueblos y trace los cimientos del nuevo Estado que las armas patriotas se empeñan en asegurar. La creación de un Consejo de Estado le sirve para dar un barniz institucional al poder que ejercía; pero no lo encuentra suficiente. Al Consejo sugiere la convocatoria del Congreso, y en proclama del 22 de octubre anuncia que éste, al que califica de “representación legítima”, “debe fijar la suerte de la República”. Es difícil encontrar abundantes recaudos sobre el proceso de elección del Congreso, pero es indiscutible la alta representatividad de sus integrantes. Como enlace con el nacimiento jurídico de la república está Roscio,

---

<sup>8</sup>RUFINO BLANCO FOMBONA, *Dos años y medio de inquietud*, Caracas, 1942, p. 50; JUAN BAUTISTA ALBERDI, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1886, tomo II, pp. 390 y 391, cit. por MARIANO J. DRAGO; *El Congreso de Panamá*, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 1970, p. 29.

redactor del acta de 5 de julio de 1811, figura señera en el nacimiento de Venezuela independiente. Está Mariño, el libertador del Oriente; Urdaneta, el prócer más brillante del Zulia; Ramón Ignacio Méndez, sacerdote y lancero de los Llanos, quien habría de ser el primer Arzobispo de Caracas y Venezuela después de consolidada la independencia; Zea, el prócer granadino, simbólicamente escogido para presidirlo. No se instalaba este Congreso como el de 1811, en un país casi totalmente liberado; no se reunía para rematar una campaña, sino para auspiciar su iniciación formal. La amplitud de sus horizontes podría prestarle para irrisión de algún historiador malévolos comparado con los escasos recursos materiales de que se disponía. Ello explica el discurso de Zea, quien al responder a la gran pieza que pronunció el Libertador explicó: "Todas las Naciones y todos los Imperios fueron en su infancia débiles y pequeños, como el hombre mismo a quien deben su institución. Esas grandes ciudades que todavía asombran la imaginación, Menfis, Palmira, Atenas, Alejandría, Tiro, la capital misma de Belo y de Semíramis, y tú también, soberbia Roma, Señora de la tierra, no fuiste en tus principios otra cosa que una mezquina y miserable Aldea. No era en el Capitolio, ni en los Palacios de Agripa y de Trajano; era en una humilde choza, bajo un techo pajizo que Rómulo, sencillamente vestido, trazaba la Capital del Mundo y ponía los fundamentos de su

inmenso Imperio. Nada brillaba allí sino su genio; nada había de grande sino él mismo. No es por el aparato, ni la magnificencia de nuestra instalación, sino por los inmensos medios que la Naturaleza nos ha proporcionado, y por los inmensos planes que vosotros concibiéreis para aprovecharlos, que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República".<sup>9</sup>

Bolívar sabía que la república tiene sus ritos, como la monarquía los suyos. Sincero y convencido republicano, pudo suplir con su prestancia personal e histórica la limitación de sus medios. Con rigurosa formalidad dispuso "transmitir a los Representantes del Pueblo el Poder Supremo" y concluyó su larga y densa exposición con esta frase, enmarcada dentro de la más exigente liturgia republicana: "Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías".<sup>10</sup>

Ciertamente, nadie podía pensar que en aquel histórico momento la jefatura del Estado y la conducción de la guerra eran susceptibles de pa-

---

<sup>9</sup>Véase "Acta de la instalación del Segundo Congreso Nacional de Venezuela", en *El Libertador y la Constitución de Angostura de 1819*. Transcripción, Notas y Advertencia Editorial por Pedro Grases. Caracas, Publicaciones del Congreso de la República, 1969, p. 33.

<sup>10</sup>*Itinerario Documental*, edic. cit., pp. 148 y 171; *Siete Documentos*, edic. cit., pp. 65 y 98. Las citas del Discurso de Angostura que más adelante se hacen en el texto pueden encontrarse en las mismas fuentes aquí indicadas.

sar a otras manos que no fueran las del Libertador. Si para algo había servido la dolorosa experiencia de los años de guerra y sufrimiento fue para demostrar que la voluntad nacional de independencia era irreductible y que el conductor señalado por la Providencia para realizarla era Simón Bolívar. En ninguna otra ocasión podría ser válido hablar de hombre providencial: en este caso sí, pues era la diáfana expresión de la verdad. No podemos imaginar que en el pensamiento de Bolívar estuviera el traslado de su autoridad a otro militar o a un gobernante civil ni que ello pasara por la imaginación de quienes compartían con él la tarea de dar consistencia a la nación. El Libertador era sincero en el acto de devolver la autoridad a la representación del pueblo, para recibirla de nuevo, investida de mayor legitimidad. No era una comedia lo que se realizaba: era un proceso jurídico el que se cumplía. Y provoca hondas meditaciones el hecho de que sea en ese momento, y no en la cúspide posterior de su gloria, cuando hace la reflexión más profunda sobre el encuadramiento institucional del nuevo Estado republicano que reemplazará a la Colonia.

Bolívar en Angostura se sabe, más que en cualquier otra circunstancia de su vida, el organizador del nuevo Estado, el estadista de la libertad. De una libertad cuyo aseguramiento estaba todavía en veremos; de una libertad contra la que conspiraban, bien por ingenuidad o por

un extremismo ideológico, quienes querían asentarla sobre bases ficticias, derivadas de teorías inaplicables a nuestra realidad; o aquellos que, por cauteloso temor a los excesos o por desmedida inclinación hacia el mando, buscaban modos de cerrarle la puerta y declararla incompatible con nuestra idiosincrasia.

Ahí, precisamente, resalta la superioridad de Bolívar. La complejidad situacional no le hace perder la perspectiva. Abreva en las mejores fuentes del pensamiento; indaga las características de la naturaleza humana; revisa las enseñanzas de la historia; se sumerge profundamente en la realidad en que actúa; está al tanto de los recursos humanos con que cuenta; no pierde la visión del hombre universal. El encarna al hombre universal en los dilatados horizontes de Hispanoamérica. Pero busca también a ese hombre universal en el criollo, resentido por la discriminación peninsular; en el indígena, despojado de sus derechos y sus bienes pero dispuesto siempre a la conciliación de factores opuestos; en el mestizo, adelantado de una nueva sociedad; en el africano, sufrido y animoso, partícipe de nuestro proceso social sin que su voluntad inicialmente interviniera, presto a superarse en el sacrificio y en la acción para contribuir a la construcción de esa patria de que le hablaban hasta entusiasmarlo y que más y más iba tomando forma humana en la persona del Libertador.

Si el *Discurso de Angostura* constituye uno de los más valiosos documentos ideológicos producidos en América Latina, es, al mismo tiempo, una de las síntesis descriptivas más precisas del sustrato social sobre el cual habrían de edificarse los nuevos Estados. Es una lección de filosofía política, a través de la cual se analizan los distintos sistemas de gobierno y se evalúan los elementos de experiencias históricas que condujeron a variados resultados. Es una apología de la persona humana, de su dignidad, de la virtud como base de la felicidad social y del orden creador. Es una crítica valiente y sincera de errores que para ese momento contaban con partidarios fanáticos en los rangos más influyentes en la conducción del país; es la expresión de irrefrenable optimismo de quien sabía llegado el momento culminante de la gesta de la liberación y presentía emocionado el gran papel que habrían de jugar en el mundo las nuevas naciones, asociadas indisolublemente a su nombre. Con él presenta un proyecto de Constitución, equilibrado, ambicioso e imaginativo, como necesariamente tenía que serlo al proponer estructuras nuevas para nuevas instituciones políticas.

El 15 de febrero de 1819, por ello, viene a ser la fecha clave en la vida del Libertador como político.<sup>11</sup> No porque no pueda haber conceptos

---

<sup>11</sup>Por ello decretamos en Venezuela, a partir de 1971, la celebración anual en todos los planteles educacionales de la

discutibles en sus tesis y en su proyecto de Constitución, tal vez más adecuados para señalarlos un profeta que para empeñarse en realizarlos un titán, sino porque en ningún otro momento histórico ha sido proyectada una síntesis integral más acabada de la filosofía política latinoamericana.

\* \* \*

El estadista se revela desde el principio del discurso, al hacer énfasis en la realidad social. No habla un utopista. Es, sí, un idealista, pero conoce las limitaciones impuestas por los hechos sociales: "En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario, que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos: atribuírmelos no sería justo y sería darme una importancia que no merezco. ¿Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España y de América, de Venezuela; examinad las leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero: observad los primeros actos del gobierno republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacio-

---

semana que comprenda al 15 de febrero como la "Semana de estudios bolivarianos" (véanse *Siete Documentos*, edic. cit., p. 2).



nal. No me preguntéis sobre los efectos de estos trastornos para siempre lamentables; apenas se me puede suponer simple instrumento de los grandes móviles que han obrado sobre Venezuela. Sin embargo, mi vida, mi conducta, todas mis acciones públicas y privadas están sujetas a la censura del pueblo”.

Por ello, observa: “¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen? ¿Que es una gran casualidad que las de una nación puedan convenir a otras? ¿Que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos? ¿Referirse al grado de libertad que la Constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a sus riquezas, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modales? ¡He aquí el Código que debemos consultar, y no el de Washington!”.

Dentro de este estudio de la realidad vemos cómo lo físico, el clima, extensión y característica del territorio no tiene preeminencia sobre las costumbres, el modo de ser, en definitiva, el elemento humano. El estadista que es Bolívar tiene conciencia de que toda obra social, todo programa supone como elemento fundamental el ciudadano. “Los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades; ¡hombres virtuo-

sos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!”.

Tomando como centro al hombre, define el mejor sistema de gobierno: “*El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, mayor suma de estabilidad política*”. De estos tres elementos, hay uno que sorprende por su acento moderno: Bolívar es el primer gobernante que habla de la seguridad social,<sup>12</sup> y aun cuando esta expresión no podría interpretarse con toda la significación que hoy se le asigna, su idea en lo fundamental es la misma porque aspira a garantizar a cada uno un lugar seguro en medio de todas las alternativas de la vida social. En cuanto a la estabilidad política, es lógico que ella constituya preocupación del gobernante, en cuyas espaldas recae, no sólo la conducción de la guerra, sino la responsabilidad de poner a funcionar sobre nuevas bases la existencia nacional. Pero más interesante aún es su idea de felicidad. La felicidad, afirma, “consiste en la práctica de la virtud”. Como complemento de este trascendental concepto, en el primer artículo del título sobre Derechos y Deberes del Hombre y del Ciudadano del proyecto de Constitu-

---

<sup>12</sup>MIGUEL GARCÍA CRUZ, *Boletín Internacional de la Seguridad Social*, junio de 1951, p. 211; ARNALDO SUSSEKIND, *Previdencia Social Brasileira*, Río de Janeiro-Sao Paulo, Ed. Livraria Freitas Bastos, 1955, pp. 43 y 44.

ción expresa: “Son derechos del hombre: la libertad, la seguridad, la propiedad y la igualdad. La felicidad general, que es el objeto de la sociedad, consiste en el perfecto goce de estos derechos”.<sup>13</sup>

Persiguiendo tales objetivos, reafirma su convicción republicana. Si en algo es constante es en la imposibilidad —más que inconveniencia— de trasladar el sistema monárquico a los nuevos Estados. Por más suspicacia que algunos intérpretes hayan querido crear, no cabe la menor duda sobre la seriedad de aquella rotunda afirmación que hace en Angostura: “Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela”. En esto también coinciden de manera muy clara su pensamiento y el de Bello. Uno y otro admiten que la monarquía, en sí, puede conciliarse con un régimen de libertad y garantías: el ejemplo de la Gran Bretaña, por contraste con los excesos y fracasos del ensayo republicano en

---

<sup>13</sup>*El Libertador y la Constitución de Angostura*, edic. cit., p. 111. Los demás artículos del proyecto que se vayan citando, pueden verse en el mismo libro. Hay otra edición, con prólogo de Tomás Polanco. Caracas, Banco Hipotecario de Crédito Urbano, 1970.

Sobre antecedentes de las Declaraciones de Derechos, véase *Derechos del Hombre y del Ciudadano* (Estudio preliminar, por Pablo Ruggieri Parra; Estudio histórico crítico sobre los Derechos del Hombre y del Ciudadano, por Pedro Grases), Caracas, Academia Nacional de la Historia, Sesquicentenario de la Independencia, 1969.

Francia, constituía en su época un argumento difícil de desechar. Pero, tanto para el uno como para el otro, la monarquía en Hispanoamérica sería, o una creación artificial e improvisada, o una dominación de extranjeros. México ensayó las dos alternativas y las dos se reventaron contra la realidad social. Ni Iturbide ni Maximiliano. Bolívar, el único que en la Gran Colombia podía pretender una corona, sentía repugnancia personal hacia un hecho que evidentemente habría rebajado su gloria: "El título de Libertador es superior a los que puede concebir el orgullo humano: me es imposible, por tanto, degradarlo". Se lo recordaría su hermana María Antonia: "Libertador o muerto es tu divisa".

Pero ¿cuáles son las bases para el establecimiento de la república? Aquí está la respuesta: "Sus bases deben ser la soberanía del pueblo; la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios". Con el principio cardinal de la vida democrática, a saber, la soberanía del pueblo, su institución correlativa en cuanto al ciudadano: la libertad civil y la abolición de los privilegios, hay en esa respuesta normas distributivas de la autoridad, tendientes a mantener el equilibrio en el funcionamiento del Estado; se da importancia básica a la división de los poderes (es bueno recordar el influjo que en su tiempo y concretamente en el Libertador ejerció Montesquieu) y se cita explícitamente la abo-

lición de la monarquía, que va implícita dentro de la afirmación de la república.

Es muy importante observar el énfasis puesto en la igualdad a lo largo del pensamiento bolivariano: no en una teórica igualdad legal, sino en la búsqueda de mecanismos efectivos para corregir las desigualdades naturales, dentro de un sistema en el cual cada uno pueda disfrutar de las mismas ventajas y posibilidades de los otros. “Mi opinión es, Legisladores, que el fundamento de nuestro sistema depende inmediata y exclusivamente de la igualdad establecida y practicada en Venezuela. Que los hombres nacen todos con derechos iguales a los bienes de la sociedad, está sancionado por la pluralidad de los sabios; como también lo está, que no todos los hombres nacen igualmente aptos a la obtención de todos los rangos; pues todos deben practicar la virtud y no todos la practican, todos deben ser valerosos y todos no lo son; todos deben poseer talentos y todos no los poseen. De aquí viene la distinción efectiva que se observa entre los individuos de la sociedad más liberalmente establecida. Si el principio de la igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral. La naturaleza hace a los hombres desiguales, en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen estas diferencias porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, les den una

igualdad ficticia, propiamente llamada política y social”.

Para mí, ésta es una de las páginas más admirables del *Discurso de Angostura*. No es resultado de la lectura de textos ajenos: es trasunto de su preocupación por una realidad dentro de la cual ha vivido. El busca la justicia y a través de la justicia es como considera realizable la unidad nacional. Por ello dice: “Es una inspiración eminentemente benéfica, la reunión de todas las clases en un Estado en que la diversidad se multiplique en razón de la propagación de la especie”. Y observa: “La diversidad de origen requiere un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado para manejar esta sociedad heterogénea, cuyo complicado artificio se disloca, se divide, se disuelve con la más ligera alteración”.

“Unidad, unidad, debe ser nuestra divisa —clama el Libertador—. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos: que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevemos a la justicia, y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un Código de leyes venezolanas”.

Su preocupación por la igualdad se vincula inmediatamente con la abolición de la esclavitud. Difícilmente se encuentra una expresión más hermosa que aquella en la que le asigna la primera prioridad, sobre todas sus otras disposiciones y consejos: “Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos como imploraría mi vida y la vida de la República”.

\* \* \*

Partiendo de esta definición conceptual tiene forzosamente Bolívar que manifestar cuál es, en la clasificación tradicional, el sistema que recomienda para organizar el nuevo Estado. Aquí el filósofo y el hombre de acción se conjugan en el estadista. No trata de inventar esquemas; trata de resolver situaciones. Es más útil recorrer la historia de lo ocurrido en otras partes, que lanzarse en vagas especulaciones movidas por fines demagógicos. “Que no se pierdan, pues —dice al Congreso— las lecciones de la experiencia; y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y, sobre todo útiles. No olvidando jamás que la excelencia de un Gobierno no consiste en su teoría, en

su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y el carácter de la nación para quien se instituye”.

En la búsqueda de soluciones se encuentra, como Bello, con el viejo tronco de la sabiduría aristotélico-tomista. No hay forma de gobierno pura, ni, si la hubiera, sería capaz de garantizar los fines propuestos al Estado en la búsqueda de la felicidad social. Toda verdadera forma de gobierno es mixta. El problema es hallar un equilibrio justo para los ingredientes, mezclarlos en una proporción que garantice la autoridad sin tiranía, la libertad sin anarquía, la moderación de las ramas del poder contra posibles excesos, a través de la acción positiva de las otras ramas que lo integran.

Resplandece también en este enfoque central del discurso la claridad de visión y la elocuencia expositiva. Por ello, en una hermosa conferencia afirmaba Mario Briceño Irigorry: “Si todo lo de Bolívar es magnífico, este discurso gana en profundidad y en amplitud de doctrina al *Manifiesto de Cartagena* y a la *Carta de Jamaica*. Es el corazón vivo del pensamiento del Libertador”. Y agregaba, sin miedo a equivocarse —aunque la tesis pueda considerarse aventurada, dada la distancia en el tiempo y las variantes de pensamiento entre los dos pensadores escogidos como término de comparación—: “A las márgenes del caudaloso Orinoco, teniendo de consulta libros



de filosofía política que seguramente distan en sus conclusiones, como es de moda, de la esencia filosófica del Estagirita y del Aquinatense, Bolívar llega a las mismas conclusiones de Maritain. Se ha guiado para ello de la experiencia de la historia y de la clara luz de la razón, que en él alumbra con la fuerza radiante del genio”.<sup>14</sup>

Bolívar quería libertad, con un gobierno a la vez fuerte y respetuoso del ciudadano y de la ley. “Que se fortifique, pues, todo el sistema de Gobierno, y que el equilibrio se establezca de modo que no se pierda, y de modo que no sea su propia delicadeza una causa de decadencia. Por lo mismo que ninguna forma de Gobierno es tan débil como la democrática, su estructura debe ser de la mayor solidez; y sus instituciones consultarse para la estabilidad. Si no es así, contemos con que se establece un ensayo de Gobierno y no un sistema permanente; contemos con una sociedad díscola, tumultuaria y anárquica y no con un establecimiento social donde tengan su imperio la felicidad, la paz y la justicia”. “Nada es tan peligroso con respecto al pueblo como

---

<sup>14</sup>MARIO BRICEÑO IRAGORRY. *Sentido y ámbito del Congreso de Angostura*, Caracas, Editorial Elite, 1943, pp. 12 y 16; JOAQUÍN ESTRADA MONSALVE, en un artículo de *Revista Colombiana*, N° 155, reproducido como anexo por LUCIO PABÓN NÚÑEZ, en *El Pensamiento Político del Libertador* (2ª edición Bogotá, Instituto Colombiano de Estudios Históricos, 1955 pp. 281 y ss.), se propone analizar las coincidencias del pensamiento de Bolívar con el de Santo Tomás.

la debilidad del Ejecutivo y si en un reino se ha juzgado necesario concederle tantas facultades, en una república son éstas infinitamente más indispensables”. La firmeza de sus ideas explica el coraje con que critica el sistema federal y el Ejecutivo plural que adoptaron los patricios de nuestro primer Congreso. “¡Pero cómo osaré decirlo! ¿Me atreveré yo a profanar con mi censura las tablas sagradas de nuestras leyes? . . . Estoy penetrado de la idea de que el Gobierno de Venezuela debe reformarse; y aunque muchos ilustres ciudadanos piensan como yo, no todos tienen el arrojo necesario para profesar públicamente la adopción de nuevos principios. Esta consideración me insta a tomar la iniciativa en un asunto de la mayor gravedad, y en que hay sobrada audacia en dar avisos a los Consejeros del Pueblo. Cuanto más admiro la excelencia de la Constitución Federal de Venezuela, tanto más me persuado de la imposibilidad de su aplicación a nuestro Estado”.

No se trata de crear un presidente vitalicio: esta figura aparecerá en el Proyecto de Constitución de Bolivia, cuando ya no haya el riesgo de que le ofrezcan a él esa magistratura de por vida. En la *Carta de Jamaica* hay una previsión respecto a México según la cual, concentrando el Poder Ejecutivo un individuo, si desempeña sus funciones con acierto y justicia “casi naturalmente vendrá a conservar su autoridad vitalicia” pero “si su incapacidad o violenta administra-

ción excita una conmoción popular que triunfe, este mismo Poder Ejecutivo quizá se difundirá en una Asamblea”. En el Proyecto de Constitución de Angostura, la duración del período era de seis años y el presidente no podría ser reelegido sino con un intervalo igual. Los congresistas redujeron el período a cuatro, y admitieron la reelección por una vez sin intermisión.

El proyecto bolivariano establecía que “siendo la dignidad senatorial una recompensa debida al mérito y a los servicios hechos a la República, la Constitución nombra Senadores a los Presidentes que al terminar sus funciones no hayan sido acusados por su conducta, o que habiendo sufrido la acusación y el juicio hayan sido absueltos por el Senado”. Este artículo, que no fue acogido por el Congreso, llegó a nuestro ordenamiento constitucional en 1961. ¡Casi siglo y medio transcurrió para que la república estuviera en condiciones de incorporar esta previsión bolivariana!

\* \* \*

Donde entra a funcionar el carácter vitalicio y hereditario es en el Senado, cuerpo que Bolívar aspiraba crear para que fuera factor de moderación. “Si el Senado, en lugar de ser electivo, fuese hereditario, sería en mi concepto la base, el lazo, el alma de nuestra República. Este Cuer-

po, en las tempestades políticas, pararía los rayos del Gobierno y rechazaría las olas populares. Adicto al Gobierno por el justo interés de su propia conservación, se opondría siempre a las invasiones que el pueblo intenta contra la jurisdicción y la autoridad de sus magistrados. Debemos confesarlo: los más de los hombres desconocen sus verdaderos intereses, y constantemente procuran asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna contra la masa y la masa contra la autoridad. Por tanto, es preciso que en todos los gobiernos exista un cuerpo neutro que se ponga siempre de parte del ofendido y desarme al ofensor. Este cuerpo neutro para que pueda ser tal, no ha de deber su origen a la elección del Gobierno, ni a la del pueblo; de modo que goce de una plenitud de independencia que ni tema ni espere nada de estas dos fuentes de autoridad. El Senado hereditario, como parte del pueblo, participa de sus intereses, de sus sentimientos y de su espíritu. Por esa causa no se debe presumir que un Senado hereditario se desprenda de los intereses populares ni olvide sus deberes legislativos. Los Senadores en Roma y los Lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre las que se ha fundado el edificio de la libertad política y civil”.

Se ve el deseo de encontrar fórmulas que atemperen la eclosión de las pasiones y la agudización de los problemas; pero comienza a tropezar la previsión bolivariana con una realidad que,

aún más firmemente que en los hechos, está arraigada en la voluntad de sus colaboradores. La idea de Bolívar era la de hacer elegir por primera vez el Senado por el Congreso, entre los generales de la república, los antiguos miembros del primer Congreso y los funcionarios públicos que más se hubieran distinguido en todos los departamentos al servicio de la nación. El carácter hereditario se atemperaba al establecerse que, en lo sucesivo, el propio cuerpo escogería entre los hijos varones de un senador difunto el más apto, el más virtuoso y el más digno de llenar aquella función. Estos sucesores deberían educarse “en un colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores, legisladores futuros de la patria. Tendrían las artes, la ciencia y las letras que adornan el espíritu de un hombre público; desde su infancia ellos sabrían a qué carrera la Providencia los destinaba y desde muy tiernos elevarían su alma a la dignidad que los espera”. ¿Reminiscencias de la república platónica?

Es comprensible que los legisladores no hubieran acogido la fórmula bolivariana, aun cuando podrían sentirse halagados porque se les señalaba como miembros potenciales del cuerpo. No era una nobleza lo que Bolívar proponía, pero se le parecía mucho. Sus argumentos trataban de adelantarse a las objeciones que inmediatamente surgirían: “De ningún modo sería una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario; no es una nobleza la que

pretendo establecer, porque como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la aventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos Senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada”.

El proyecto bolivariano, en toda esta parte que el Congreso no acogió, quedó como testimonio de su preocupación por el problema: como una aportación, aunque un tanto artificiosa, para tratar de superar en forma estable lo que él temía que ocurriría más tarde; como una premonición de los tropiezos que experimentarían las instituciones republicanas.

Es comprensible que el Congreso, mientras Bolívar atendía las sugerencias apremiantes de la guerra, introdujera modificaciones para disminuir las funciones del Ejecutivo y aumentar las posibilidades de la rama legislativa del poder. Así, mientras los seis años propuestos para el período presidencial fueron reducidos a cuatro, el término de un mes de sesiones propuesto para las deliberaciones parlamentarias fue aumentado al doble. Pero, sin duda, los dos aspectos a los

cuales los padres conscriptos (y debemos admitir que probablemente interpretaban la opinión general del país) mostraron menor receptividad al proyecto fueron el relativo a la integración y funcionamiento del Senado y el tocante al Poder Moral. De este último hablaremos luego; continuemos ahora con lo concerniente al Senado.

Como antes señalábamos, Bolívar se afanó por explicar lo que perseguía: crear un cuerpo que por su origen y normas de funcionamiento tuviera verdadera independencia para moderar tanto los excesos de poder como los brotes de anarquía. No carecía de antecedentes en la historia antigua; pero no reparó suficientemente en que ellos suponían una integración social diferente, una estratificación palpable en el acontecer social, muy distinta de la realidad bulliciosa y multiforme que él mismo describía ante los ojos de los legisladores; y, sobre todo, no alcanzó a estimar suficientemente el hecho que el cambio político que él encarnaba constituía apenas el inicio de un activo y contradictorio proceso de cambio social cuya realización habría de durar más tiempo. La autoridad indiscutida y el prestigio perdurable de que gozarían después los generales de la revolución y los próceres civiles de la independencia, sólo vendría a establecerse al transcurrir varias generaciones. Si al propio Bolívar había quien no le reconociera la inmensidad desbordante de sus méritos, lo que constantemente lo obligó a alertar contra quienes tergi-

versaban sus intenciones para mancillar su gloria; si, a menos de diez años de Angostura, hubo quienes esgrimieron contra él el puñal asesino creyendo que servían a un ideal de libertad, era demasiado esperar un consenso inmediato para hacer senadores vitalicios a un grupo de hombres que por sí y por sus descendientes representaran la majestad de los principios y la voz inapelable de la sociedad.

Indudablemente, el ejemplo inglés lo seducía. Por ello recomendó a los legisladores estudiar la constitución política de la Gran Bretaña como la mejor lograda del mundo, aunque advirtiendo enfáticamente: "Pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil". Y agregando: "Cuando hablo del gobierno británico sólo me refiero a lo que tiene de republicano, y a la verdad, ¿puede llamarse pura Monarquía un sistema en el cual se reconoce la soberanía popular, la división y el equilibrio de los poderes, la libertad civil, de conciencia, de imprenta y de cuanto es sublime en la política?".

En este punto pudo en él más el deseo que la realidad y, sin repararlo, cayó en el rango de aquellos legisladores llenos de hermosas ilusiones que tropezaron con el argumento irrefutable de los hechos.

Para cumplir el papel que en ocasiones antiguas y modernas se asignó a los estamentos aristocráticos, aspiraba sustituir la vieja aristocracia



colonial por una aristocracia del patriotismo, del talento y de la virtud. Demasiada aspiración en cualquier tiempo. Mucho mayor en aquel momento en que el “huracán revolucionario” había provocado “el desarrollo de todos los elementos desorganizadores” y “la inundación de un torrente infernal”.

Más aceptable resultó para los legisladores, de acuerdo con la vieja tradición colonial, lo que planteaba sobre los jueces. Se ha dicho que España organizó, o pretendió organizar un gobierno de jueces en América. Lo cierto es que para los patriotas dirigentes del proceso de la emancipación era fácil ver a los jueces como elemento sustancial del Estado. Bolívar defiende su estabilidad e independencia; se pronuncia, a la inglesa, por el establecimiento de jurados, pero reclama al mismo tiempo con urgencia la reforma completa de la legislación. “Al pedir la estabilidad de los jueces, la creación de jurados y un nuevo código —dice—, he pedido al Congreso la garantía de la libertad civil, la más preciosa, la más justa, la más necesaria; en una palabra, la única libertad, que sin ella las demás son nulas”.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup>En el proyecto bolivariano, la Alta Corte de Justicia se dividía en dos salas, la de Apelación y la de Casación. “La Sala de Casación no conoce del fondo de la causa y sólo pronuncia sobre la legalidad de los procedimientos. Su sentencia revocatoria anula lo obrado y da lugar a que se rehaga el proceso desde donde aparece el vicio o falta”. Tampoco fue acogida

Al cabo de más de siglo y medio, quizás no se ha reparado suficientemente en los países que él libertó, acerca de la verdad trascendental que contienen esas palabras.

\* \* \*

Pero la parte más característica de su pensamiento, todavía inédita en nuestra experiencia social, es la que da preeminencia a la virtud y a la educación; la que desarrolla aquella expresión tantas veces repetida: “Moral y luces son los polos de una República; moral y luces son nuestras primeras necesidades”.

Quien esto afirmó, lo hizo en virtud de un pensamiento coherente. Es el mismo filósofo de la historia que ha observado que son los hombres y no los principios los que forman los gobiernos; que los códigos, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades; que hombres virtuosos, que hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas. Es el maestro que ha recordado que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; y que ha advertido, mediante la admonición más hermosa que *el ejercicio de la justicia es el ejer-*

---

esta idea en la Constitución de Angostura, pero su iniciativa se quedó como una muestra de que supo prever la necesidad y fines de la casación, décadas antes de que entrara en vigencia.

*cicio de la libertad.* Es el hombre que ha recordado que la libertad es inseparable de la práctica de las virtudes, y que donde éstas reinan es impotente la tiranía. Nada, pues, tiene de artificial la recomendación que hace al Congreso para que tenga como “cuidado primogénito” la educación popular. Nada que no provenga de la más íntima sinceridad existe en el deseo de renovar en el mundo “la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso”.

Tiene plena razón el Padre de la Patria cuando plantea la aspiración de “excitar la prosperidad nacional por las dos más grandes palancas de la industria: el trabajo y el saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres: hacerlos honrados y felices”.

Cuando propone la creación de un Poder Moral, sabe que entra en terreno escabroso. “Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República; que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la patria, el ocio, la negligencia de los ciudadanos; que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos; debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no sola-

mente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público". Conoce la dificultad de realizar esta idea. Admite "la audacia de inventar un Poder Moral, sacado del fondo de la oscura antigüedad, y de aquellas olvidadas leyes que mantuvieron, algún tiempo, la virtud entre Griegos y Romanos". Comprende que "bien puede ser tenido por un cándido delirio", pero quiere insistir; insistir en la necesidad de fundar el nuevo Estado sobre una sociedad que a su vez encuentre base y fortaleza en el estudio, en el trabajo y en las virtudes de los ciudadanos. Por ello, reitera: "Mas no es imposible: y yo me lisonjeo que no desdeñaréis enteramente un pensamiento que mejorado por la experiencia y las luces puede llegar a ser eficaz".

Lo grave de la decisión del Congreso no estuvo tanto en desechar la fórmula propuesta por Bolívar como en no intentar realizarla, al menos en parte, no ensayar siquiera un mecanismo a través del cual se pudiera buscar ese reconocimiento de la primacía de lo moral y ese fortalecimiento de la virtud, la sabiduría y el trabajo, a que el Libertador aspiraba. No se atrevieron sino a publicarla como Apéndice a la Constitución, con una advertencia cuya rebuscada redacción no le quitó su carácter condenatorio: "El Poder Moral estatuido en el proyecto de Constitución

presentado por el general Bolívar como Jefe Supremo de la República en la instalación del Congreso fue considerado por algunos diputados como la idea más feliz y la más propia a influir en la perfección de las instituciones sociales. Por otros, como una inquisición moral, no menos funesta y menos horrible que la religiosa. Y por todos como de muy difícil establecimiento, y en los tiempos presentes absolutamente impracticable. Prevalció después de largos debates el parecer de que en la infancia de nuestra política y tratándose de objetos tan interesantes al Estado y aun a la humanidad, no debíamos fiarnos de nuestras teorías y raciocinio en pro ni en contra del proyecto. Que convenía consultar la opinión de los sabios de todos los países por medio de la imprenta. Hacer algunos ensayos parciales, y reunir hechos que comprobasen las ventajas o los perjuicios de esta nueva institución, para en su vista proceder a ponerla en ejecución o rechazarla. Decretóse en consecuencia, que el título del Poder Moral se publicase por *Apéndice de la Constitución*, invitando a todos los sabios, que por el mismo hecho de serlo deben considerarse como los ciudadanos del mundo, a que comuniquen sus luces a esta porción hermosa de su inmensa patria”<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup>El *Libertador y la Constitución de Angostura*, edic. cit., pp. 197 y 198.

Ni siquiera la Cámara de Educación, una de las dos de que se compondría el Areópago, fue incorporada a la Constitución por el Congreso, aunque la dificultad principal estaba en la Cámara de Moral. Bolívar tenía razón al sustentar que la vida republicana debía fundarse sobre la educación y la virtud; en ese punto, sin embargo, el ideólogo se impuso sobre el conocedor profundo de la realidad. No pisó sobre el suelo cuando creyó que el Congreso podría encontrar aquellos miembros que integrarían el Poder Moral de la República, para elegirlos, ungirlos con el título de padres beneméritos de la patria, darles carácter de personas sagradas, asegurarles por parte de todas las autoridades, tribunales y corporaciones un respeto filial, integrarlos en un tribunal "esencialmente irrepreensible y santo" y encomendarles la función de dirigir la opinión moral de toda la república, castigar los vicios con el oprobio y la infamia y premiar las virtudes públicas con los honores y la gloria.

Ese contraste entre el historiador y el filósofo, de un lado, y el legislador y sociólogo, del otro, llevaron al traste esta iniciativa, que sigue golpeando como un mensaje irrealizado en la conciencia de los pueblos latinoamericanos.

\* \* \*

En la concepción bolivariana no hay un momento en que no apunte su aspiración a la uni-

dad de las naciones hispanoamericanas, a la unidad del hemisferio que en vano trataría de lograr a través del Congreso Anfictiónico de Panamá. El primer paso era la fusión de la Nueva Granada y Venezuela en un Estado que como homenaje al descubridor llevaría el nombre de Colombia. La idea integracionista ya estaba presente en la revolución de Venezuela desde los propios albores de la independencia. Como lo expresa Parra Pérez: “La revolución venezolana dijose americana desde el principio y fue inmediata la influencia de su doctrina en todo el Continente, como será luego decisiva para mantenerla la acción de sus próceres militares”. Dicho en síntesis hermosa: “El 19 de abril de 1810, Caracas llamó a cabildo el Continente”.<sup>17</sup>

“La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado —dijo Bolívar— ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados. Estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso”. Este concepto va vertido en norma

---

<sup>17</sup>CARACCILO PARRA PÉREZ. *Historia de la Primera República*, Caracas, 1959, pp. 13 y 14.

en el proyecto que a través de los debates del Congreso, se convertiría en la Constitución de Angostura: "Verificada la unión que se espera de Venezuela y la Nueva Granada, conforme al voto y al interés de ambos pueblos, esta Constitución será de nuevo examinada y discutida en el Congreso General que ha de formarse. Entretanto, los ciudadanos de la Nueva Granada serán reputados ciudadanos de Venezuela por nacimiento, y tendrán opción a todos los empleos, residiendo en su territorio". Liberada la Nueva Granada en Boyacá, la unión se formalizaría en el acto legislativo del 17 de diciembre.

En 1821 a los pocos meses de asegurada en Carabobo la independencia de Venezuela, el Congreso Constituyente reunido en la Villa del Rosario de Cúcuta expedía una nueva Constitución. Si hasta ese momento Bolívar había encontrado tantas rivalidades, que buscaban oponer a través de fórmulas jurídicas obstáculos al ejercicio de su autoridad, la situación se agudizó al incorporarse al debate sobre las formas políticas que debían adoptarse un grupo de ilustrados personajes, filósofos, militares y juristas, que se apartarían del pensamiento bolivariano y se acercarían más al teoricismo que venía enfrentando desde el *Manifiesto de Cartagena*.

El prejuicio antifederalista, obsesivo en el Libertador desde la pérdida de la Primera República, tuvo también su parte en el proceso desintegrador que impidió la consolidación de la uni-



dad. Venezuela no podía ni debía ser un Estado federal: la Federación, en cuyo nombre se libraría cuarenta años más tarde una cruenta guerra social, serviría como bandera para las conquistas de la igualdad y para la destrucción de las estructuras que subsistían de la Colonia, pero, como se la entendía y practicaba, no era apta para cumplir los altos fines que la independencia exigía a los creadores del nuevo orden político. Mas pretender unir a Venezuela y la Nueva Granada, y luego Quito y Guayaquil, y más aún, al Perú y Bolivia, dentro de un Estado unitario, era absolutamente imposible. La unión del Perú con Colombia, desde el primer momento se hizo impracticable. Bolivia tomó su propio camino después de la renuncia de Sucre, cuya anhelada presidencia vitalicia sólo había aceptado por dos años. Pero la Gran Colombia, integrada por los países que hoy forman las repúblicas de Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá, quizás podría haber subsistido, de vencerse los otros obstáculos, mediante una forma federal: sólo una federación o confederación de Estados, dotados de plena autonomía y unidos con vínculos semejantes a los que la Constitución de Filadelfia estableció entre los distintos Estados que formaron la Unión norteamericana, habría podido facilitar la viabilidad del ensayo. Ni Bolívar mismo, en la inmensidad de su gloria, podía mantenerla en otra forma.

\* \* \*

En todo caso el Libertador demostró hasta la saciedad que no se limitaba a cumplir el papel de guerrero genial, capaz de llevar a feliz término la empresa militar de la independencia. El estadista, aun cuando no alcanzara a ver la consolidación de sus ideas a través de un ordenamiento estable, está a la misma altura que el militar en los rangos del genio; integrando una personalidad desbordante, cuyas ideas continúan siendo objeto de meditación y de estudio,<sup>18</sup> como sus campañas continúan siendo objeto de análisis en el ámbito de ciencia militar.

Más adelante, sobre la marcha de los acontecimientos, acuciado por inmensos deberes y por ilimitados problemas, el pensamiento inspirador del *Discurso de Angostura* lo continuará acompañando. Cuando le piden un proyecto de Constitución para Bolivia, se basa en los mismos fundamentos. Sólo que la vida le había hecho desconfiar de la alternabilidad del poder y por ello, cuando pensó que ya no se le podría acusar como aspirante al mando vitalicio, recomienda al Constituyente boliviano una jefatura del Estado con atribuciones restringidas, con duración indefinida y designación del sucesor. Vuelve a la carga

---

<sup>18</sup>Manuel Fraga Iribarne lo califica como "un pensamiento político genial, que no por haber sido inaceptable en su tiempo ha perdido una fecundidad, tal vez hoy mayor que nunca". (*Sociedad, Política y Gobierno en Hispanoamérica*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962, p. 8).

con el Poder Moral, pero para hacerlo más realizable, lo propone a través de una Cámara de Censores, complementando y corrigiendo el bicameralismo tradicional.

La misma preocupación que expresó en la *Carta de Jamaica*, la de evitar caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas, lo sigue acompañando. A los legisladores bolivianos les dice: “Vuestro deber os llama a resistir el choque de dos monstruosos enemigos que recíprocamente se combaten y ambos os atacarán a la vez: la tiranía y la anarquía forman un inmenso océano de opresión, que rodea a una pequeña isla de libertad, embatida perpetuamente por la violencia de las olas y de los huracanes, que la arrastran sin cesar a sumergirla”.<sup>19</sup>

Por este tema continúa, en vano, batallando. A la Convención de Ocaña la apostrofa: “Mirad, en fin, que la anarquía destruye la libertad, y que la unidad conserva el orden”. Y al Congreso Constituyente de Colombia, en 1830: “Ardua y grande es la obra de constituir un pueblo que sale de la opresión por medio de la anarquía y de la guerra civil, sin estar preparado previamente para recibir la saludable reforma a que aspiraba”.<sup>20</sup>

---

<sup>19</sup>*Itinerario Documental*, edic. cit., p. 289; *Siete Documentos*, edic. cit., pp. 99 y 100.

<sup>20</sup>*Itinerario Documental*, edic. cit., pp. 320, 343 y 348; *Siete Documentos*, edic. cit., pp. 124, 125 y 133.

Es en este último documento donde hace la confesión terrible: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás".<sup>21</sup> El estadista había cerrado su ciclo. Le esperaba el mensaje final desde San Pedro Alejandrino. La independencia quedaba como obra perdurable; también quedaba como don perdurable el amor a la libertad. Las naciones que él libertó, y todas aquellas a las que llegó la impronta de su genio, quedaron para siempre resueltas a constituir repúblicas; y el propósito de unidad, latente siempre, resurgiría con fuerza al cabo de 150 años, así como un vigoroso nacionalismo latinoamericano, resuelto a consolidar la libertad política con la libertad económica.

Paréntesis oscuros ensombrecerían la gloria de América en los años siguientes a la gesta de la emancipación; y si bien los turiferarios de las autocracias pretendieron abreviar en la literatura bolivariana para justificar sus claudicaciones ante las tiranías, han sido innumerables aquellos que de buena fe han buscado en el pensamiento del Padre de la Patria una fuente imprescindible para encontrar las soluciones esperadas a través de años y vicisitudes. Está vigente el *Discurso de Angostura* en muchas de sus partes, como aquella en que observa: "Para formar un Gobierno estable se requiere la base de un espíritu

---

<sup>21</sup>*Ibid.*

nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales, moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública”.

Dentro de nuestra reiterada oscilación entre la anarquía y el despotismo, resuena el pensamiento admonitorio de Bolívar. Es honroso para Venezuela el que dentro de su itinerario de pensador y estadista le hubiera tocado la pieza más importante, no sólo de la obra bolivariana, sino quizás del pensamiento político del hemisferio. Esa pieza fue forjada en la patria de su nacimiento frente al majestuoso Orinoco y ante las extensas llanuras que le brindarían jinetes inverosímiles para las jornadas decisivas de la independencia. Es culminación del proceso ideológico que se observa en el *Manifiesto de Cartagena* y la *Carta de Jamaica*, e inspiración para los documentos posteriores, que no llegan a igualar su aliento.

En el prefacio de su libro sobre *Bolívar y el Pensamiento Político de la Revolución Hispanoamericana*, Víctor Andrés Belaúnde concluye con esta pincelada trágica: “Bolívar se equivoca en el ideal de la Federación de los Andes y sobre todo en sus medios de realización: ejércitos de ocupación y plebiscitos que contribuirán a perturbar el problema político de América. Se equivocó también San Martín cuando prefirió dedicarse a organizar el Perú, aún no libertado, a proseguir la campaña de la Sierra Peruana contra los españoles. Son estos errores humanos, som-

bras inevitables en el cuadro, que no todo ha de ser luz y colorido. Pero aquellos errores no pueden atribuirse a miras secundarias. Bastarían los hechos posteriores para descartar esa primera suposición de las grandes figuras de América. San Martín se elimina para asegurar la independencia del Perú, facilitando la venida de Bolívar, a cuyas órdenes ofreció servir. Cree que su apartamiento de los pueblos a los que libertó suprime un factor que podría perturbar su constitución y se condena a un largo destierro. Bolívar piensa que la anarquía y la ingratitude de Colombia le abren las puertas del exilio, que para él sería una liberación, y, sin embargo, se impone una lucha sin esperanza. El retiro de San Martín y la resistencia de Bolívar tienen el mismo carácter de abnegación y sacrificio. San Martín muere al fin en un destierro amargado por la anarquía y la larga tiranía que sufrió su patria y Bolívar, después de la larga agonía de la Gran Colombia, que coincide con su propia agonía, muere cuando iba a iniciar su exilio. Boulogne-sur-mer y San Pedro Alejandrino se juntan, a través de 20 años de distancia, en los fastos de América. La tragedia de la revolución se cierra con la muerte de los dos grandes héroes bajo el mismo signo de dolor y de gloria".<sup>22</sup>

---

<sup>22</sup>VÍCTOR ANDRÉS BELAÚNDE. *Bolívar y el Pensamiento Político de la Revolución Hispanoamericana*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1974, p. 25.

Sin duda, las dos mayores amarguras que se llevó Bolívar a la tumba fueron la de no haber logrado la consolidación de la unidad gran colombiana y la de no haber tenido éxito en la organización estable del régimen político de las nuevas naciones libertadas por él. Pero su esfuerzo permanente por estos objetivos y el brillo de sus concepciones redondean el contorno genial de su figura de Libertador.





## IV

### EL PENSAMIENTO DE BOLIVAR, GUIA PERMANENTE Y EXPRESION ACTUAL DEL NACIONALISMO LATINOAMERICANO

*Nota:* El tercer punto del Temario del IV Congreso Internacional de Sociedades Bolivarianas, convocado en homenaje al Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y de la Convocatoria del Congreso Anfictiónico de Panamá, versa sobre el pensamiento político y social del Libertador y su vigencia actual.

Dentro del ámbito del tema se ha desarrollado la presente ponencia. Ella versa especialmente sobre la vigencia del pensamiento bolivariano como guía del nacionalismo latinoamericano.

No se hace aquí un análisis del pensamiento social del Libertador, ni se aborda su pensamiento político en el campo del Derecho Público Interno. Se enfoca en el aspecto de los lineamien-

tos comunes, que hoy cobran excepcional importancia, de la acción concordada de una América Latina unida y soberana.

La América Latina vive un momento histórico de innegable significación. Después de más de un siglo de dificultades y en medio de situaciones nacionales que distan mucho de ser claras, se robustece la conciencia de un nacionalismo que se afirma unitariamente, en medio de la pluralidad de concepciones y sistemas por los cuales se rigen nuestros países.

Nunca, tal vez, desde los días de la Independencia, se había hablado un lenguaje tan categórico, se habían tomado posiciones tan enérgicas, se habían dado pasos tan audaces en la defensa de lo nuestro, en el afianzamiento de nuestra soberanía y en la afirmación de nuestra identidad.

El proceso de integración ya no es vana palabra. El Grupo Sub-Regional Andino constituye un ejemplo cuya trascendencia no se debe ignorar.

La defensa de la soberanía sobre nuestros recursos naturales y el justo aprovechamiento de los mismos ya no constituyen solamente un derecho, sino el cumplimiento de un deber. Los programas de desarrollo, la defensa de nuestra cultura, la elaboración de una propia tecnología ya no constituyen consignas esporádicas sino la reafirmación constante de un propósito común.

Por ello, cuando dije en el Congreso de los Estados Unidos, y en el Consejo de la Organización de Estados Americanos, que teníamos orgullo de ser latinoamericanos, no estábamos solamente invocando los títulos inmarcesibles de la historia, sino expresando una convicción de plena actualidad.

El nacionalismo latinoamericano tiene características marcadas: 1) afirmación de la soberanía en todos los órdenes, frente a cualesquiera potencias que se atrevan a desconocerla o mancillarla; 2) unión operante de nuestras naciones en la gran familia latinoamericana, mediante el respeto a la soberana determinación de cada una; 3) libertad y justicia como las bases del ordenamiento nacional e internacional; 4) contribución decidida y desinteresada de América Latina a la paz del mundo, al entendimiento entre los pueblos y al equilibrio universal.

Mientras esta corriente nacionalista cobre mayor impulso, más diáfana se hace la inspiración que le presta el pensamiento de Simón Bolívar, el Libertador, como guía de los mejores anhelos revolucionarios de las actuales generaciones de América Latina.

## 1

En primer término, el pensamiento bolivariano es la mejor fuente de motivaciones, de de-

finiciones y de ejemplos para el ejercicio de la plena soberanía de nuestras naciones. Dentro del proceso cumplido en el primer cuarto del siglo XIX, hubo en Bolívar una posición clara para excluir todo género de tutela, de protectorado, o de menoscabo en cualquier forma, de esa plena independencia. Fue muy categórica su posición contra cualquier idea de traer un príncipe extranjero o de adoptar cualquier mecanismo o sistema que mantuviera un *status* colonial.

Se ha señalado en todas formas que el proceso de nuestra Independencia encontró una oportunidad en los sucesos de Bayona y que la invasión napoleónica de la Península Ibérica vino a constituir una especie de detonante para que estallara la gran empresa de la emancipación. Nadie puede negar que la indigna comedia a través de la cual Bonaparte recabó el trono de los Borbones para su hermano José, puso en movimiento una serie de pronunciamientos que dieron inicio al proceso de la Independencia. Pero no puede negarse tampoco, que los patriotas se pronunciaron de inmediato contra los Borbones, contra el invasor extranjero y contra los cuerpos que desde la Península invocaron la herencia de los monarcas claudicantes. Y de que la decisión de emanciparse, que tuvo en Bolívar su más calificado prototipo, fue contra cualquier poder que pretendiera ejercerse sobre estas antiguas colonias, decididas a ser independientes. Es preciso observar que, si bien la invasión napoleónica

creó un estado de cosas en España que favoreció en el primer momento la acción de los patriotas americanos, también ella puso en favor de los reyes españoles destronados, a Inglaterra y a todos aquellos países europeos para los cuales la destrucción del imperio napoleónico era objetivo primario de su pervivencia. Y más aún, que logrado este objetivo en Waterloo, la formación de la Santa Alianza implicaba una amenaza europea, no ya nacional o imperial sino continental, ante la cual fue necesario tomar una actitud categórica, una disposición irrestricta que muy claramente se observa en todos los documentos que contienen el pensamiento bolivariano.

La actitud de Bolívar se remonta a la difícil y delicada gestión confiada a él, López Méndez y Bello, ante la Corte de San Jaime. El Canciller Británico insistía en el reconocimiento de la Regencia formada en España para representar los derechos de Fernando VII, en cuyo nombre se había constituido el gobierno de Caracas, a raíz del 19 de abril de 1810. Los comisionados diplomáticos, manteniendo esa adhesión formal al Rey depuesto, que constitucionalmente tenía en la Junta su mandante, sostuvieron de modo indolegable el no sometimiento al organismo creado en la Península. "Nosotros hemos insistido siempre en los términos más positivos sobre la imposibilidad en que se hallaban esas Provincias de confiar más tiempo su seguridad a unas personas extrañas, indiferentes a nuestra suerte,

interesadas exclusivamente en la conservación de sus empleos, y de consiguiente propensas a sacrificar la dicha y libertad de nuestros compatriotas a los proyectos de su ambición”, dijeron los comisionados. (Cristóbal L. Mendoza, *Las Primeras Misiones Diplomáticas de Venezuela*, edición Academia Nacional de la Historia, Sesquicentenario de la Independencia, Caracas, 1962, Tomo I, pp. 294-295).

Esa posición está definida en forma aún más categórica en la *Carta de Jamaica*: “El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado” (Simón Bolívar, *Siete Documentos Esenciales*, edición de la Presidencia de la República, Caracas, 1973, p. 39). “En consecuencia, nosotros esperábamos con razón que todas las naciones cultas se apresurarían a auxiliarnos, para que adquiriésemos un bien cuyas ventajas son recíprocas a entrambos hemisferios. Sin embargo, ¡cuán frustradas esperanzas!” (*ibid.* pp. 43, 44).

La decisión de libertad era plena. Frente a España, en primer término, porque era la potencia que ejercía, por derecho de conquista y colonización, la autoridad sobre este continente; pero también contra cualquier otro estado o imperio, que en cualquier circunstancia pretendiera privarnos de ese derecho a gobernarnos que en otras partes existió y que según la mis-

ma *Carta de Jamaica* se definía como “tiranía activa y doméstica”.

Uno de los episodios más hermosos y uno de los documentos más reveladores para guiar y estimular la lucha de América Latina por el ejercicio soberano de sus derechos, fue el ocurrido en Angostura en 1818 con el Comisionado norteamericano John Irvine y la nota que Bolívar le envió. En una situación en la cual el Ejército Libertador estaba muy lejos de ocupar la porción más importante de nuestro territorio y en la que necesitábamos toda la ayuda posible para definir en las campañas militares la suerte de la Independencia, Bolívar no vaciló en dar una lección al torpe comisario, que por venir de una potencia que ya apuntaba como la primera del Hemisferio y una de las más importantes del mundo, adoptaba posiciones de arrogancia, pretendiendo inferir humillación a nuestra naciente República, por defender los intereses comerciales de unos compatriotas suyos que habían desafiado nuestras leyes. “Exigía el agente indemnización por la captura de las goletas americanas Tigre y Libertad, sorprendidas por los independientes el año anterior a la entrada del Orinoco, conduciendo armas y víveres para los españoles sitiados en Angostura y la antigua Guayana, contra las prescripciones del bloqueo, decretado el 6 de enero de 1817, dado a conocer en los periódicos de los Estados Unidos antes de la partida de las expresadas goletas, y sostenido por

los independientes con fuerzas suficientes, cuya eficacia ponía en duda el señor Irvine.

—“Desde el momento en que un buque introduce elementos militares a nuestros enemigos, para hacernos la guerra, aducía el Libertador, viola la neutralidad, y baja de este estado al de beligerante”. A la insistencia del agente en sus reclamos, Bolívar le replicaba: —“La doctrina citada de Vatel, sin duda la más liberal para los nuestros, no solamente sostiene poderosamente el derecho con que Venezuela ha procedido en la condena de las goletas Tigre y Libertad, sino que da lugar a que recuerde hechos que desearía ignorar para no verme forzado a lamentarlos. Hablo de la conducta de los Estados Unidos del Norte con respecto a los independientes del Sur y de las rigurosas leyes promulgadas con el objeto de impedir toda especie de auxilios que pudiéramos procurarnos allí. Contra la lenidad de las leyes americanas se ha visto imponer una pena de 10 años de prisión y diez mil pesos de multa, que equivale a la de muerte, contra los virtuosos ciudadanos que quisiesen proteger nuestra causa, la causa de la justicia y la libertad, la causa de la América”. A pesar de las razones del Jefe Supremo expuestas en once comunicaciones, en el espacio de tres meses, y de la situación angustiosa de la República, el señor Irvine insistió con tenacidad en sus reclamos: no quiso someter la cuestión a arbitraje; y replicando sus expresiones el Libertador se vio obli-



gado a decirle: —“Parece que el intento de V. S. es forzarme a que recíproque los insultos: no lo haré; pero sí protesto a V. S. que *no permitiré que se ultraje ni desprecie el gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero si todo el mundo la ofende*”. (Vicente Lecuna, *Crónica Razonada de las Guerras de Bolívar*, 2ª edición, The Colonial Books, New York, 1960, tomo II, pp. 224-225).

Ese gesto —si se quiere quijotesco— del que se dispone a combatir “contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende” es típico de Latinoamérica, que hoy más que nunca se siente interpretada por la palabra de Bolívar. Del mismo Bolívar que dijo: “Amo la libertad de América más que mi gloria propia; y para conseguirla no he ahorrado sacrificios” (Simón Bolívar, *Obras*, p. 135).

## 2

Al mismo tiempo que el Libertador constituye ejemplo permanente de entrega a la causa de la Independencia de América, su pensamiento constituye un rico acervo de la tesis integracionista latinoamericana. La independencia y la

soberanía de todas y cada una de nuestras patrias fueron vistas por él como inseparables de la causa de la independencia y soberanía total del hemisferio. Ello explica el que después de muchos contratiempos, cuando desde las riberas del Orinoco iniciaba la epopeya definitiva de su ciclo histórico, antes de haber podido liberar a Caracas ya estaba hablando de la necesidad, el deber y el propósito de libertar el Perú. Se ha relatado muchas veces el episodio de Casacoima, tenido por delirio entre sus más conspicuos acompañantes. ¡Todavía parecía una empresa de éxito improbable la inmediata liberación de Venezuela y ya el hombre estaba afirmando que llevaría la independencia hasta el Perú! El Perú tuvo la privilegiada situación de constituir punto de encuentro de los movimientos emancipadores de la América Española, y es gloria indiscutible de San Martín y Bolívar el haber entendido que ni la Argentina y Venezuela, ni los demás países comprendidos dentro de su parábola, podían ser definitivamente libres hasta que no se asegurara la emancipación de todo el Continente.

Pero lo más señalado de la concepción bolivariana está en el hecho de que no sólo concibe la unidad para lograr la independencia, sino que la entiende como una necesidad para afirmarse, para desarrollarse, después de que aquélla se realice. Y más aún, la de que esa unidad no va a ser posible a través de la constitución de un solo estado, ni mucho menos a través del estableci-

miento de un imperio. El análisis objetivo impone la pluralidad de las distintas organizaciones políticas soberanas; podrá y deberá intentarse la reunión de algunos de esos nuevos estados en una sola entidad, tal como lo pensó para la América Central o como lo intentó él mismo con los pueblos de la Gran Colombia. Pero el hecho de la diversidad, claramente reconocido por el análisis de la realidad, debía conducir hacia un proceso integrador que bien podría designarse con una expresión que hemos usado en oportunidades recientes: la solidaridad pluralista de América Latina. Lo más interesante, rico, del pensamiento de Bolívar es que hace 150 años veía el camino del entendimiento entre naciones soberanas para llegar a constituir la ansiada unidad continental.

Estaba por una parte, el caso del Brasil, el afortunado país que logró conservar la unidad de las colonias portuguesas, y que al cortar sus nexos de dependencia de Europa para constituir una entidad soberana, debía en el sentir de Bolívar, establecer una relación fraterna con las antiguas colonias españolas; ya que, como dijo al recibir al primer representante diplomático brasilero ante la Gran Colombia: "Nuestra relación asegurará para siempre la más perfecta amistad entre nuestras naciones, vecinas y hermanas".

Pero, por otra parte, estaba la necesidad de vincular a las naciones hispanoamericanas, sur-

gidas del proceso social, desde la colonia hasta la Independencia en forma viable y duradera. “Es una idea grandiosa —admite en la *Carta de Jamaica*— pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América”. Este es el planteamiento clave. Y lo formula, precisamente, porque es apasionado vocero de la integración. “Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del Gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el nuevo mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque ese proyecto sin ser útil, es también imposible.

. . . Para que un solo gobierno dé vida, anime, ponga en acción todos los resortes de la prosperidad pública, corrija, illustre y perfeccione al Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las facultades de un dios, y cuando menos las luces

y virtudes de todos los hombres” (ver en *Siete Documentos Esenciales*, cit. pp. 61, 54).

Por eso es que ya en 1815, en la misma *Carta de Jamaica*, anuncia el Congreso de Panamá. De su convocatoria habla en sus cartas a Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1818 y a Iturbide el 10 de octubre de 1821; la prepara por las misiones enviadas a México y al Perú, Chile y la Argentina; y la despacha oficialmente desde Lima el 7 de diciembre de 1824, precisamente dos días antes de que en la Pampa de La Quinua ganara Sucre la batalla final y recibiera en la Capitulación de Ayacucho la entrega solemne del poder español. “¡Qué bello sería —anuncia en la *Carta de Jamaica*— que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!” Firme en su tesis de que nuestros pueblos unidos constituyan factor determinante en la unidad del universo, llega a pensar que en torno nuestro se congregue la sociedad de naciones: “Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo”.

Su idea es obsesiva. Por ello había dicho a Pueyrredón desde antes de haber librado las batallas de Boyacá y Carabobo, que dieron ver-

dadero ser a la Gran Colombia: “Cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nos apresuraremos con el más vivo interés a instalar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas”. Es así como entiende la estrecha y operante vinculación; por ello se siente autorizado a afirmar: “Una sola debe ser la patria de todos los americanos ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad”.

La idea es clara y constante. En la carta de convocatoria del 7 de diciembre de 1824 usa expresiones inequívocas: “Entablar aquel sistema (“el sistema de garantías que en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino”) y consolidar el poder de este gran cuerpo político, pertenece al ejercicio de una autoridad sublime que dirija la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios, y cuyo nombre solo calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una Asamblea de Plenipotenciarios, nombrados por cada una de nuestras

repúblicas, y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español”.

La profunda convicción que lo mueve lo hace recordar los planteamientos formulados por sus misiones diplomáticas en 1822: “Profundamente penetrado de estas ideas, invité en 1822, como Presidente de la República de Colombia, a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires, a que formásemos una confederación y reuniésemos en el Istmo de Panamá u otro punto elegible a pluralidad, una Asamblea de Plenipotenciarios de cada estado que nos sirviese de consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete en los tratados públicos cuando ocurran dificultades, y conciliador, en fin de nuestras diferencias”. Por lo que su conclusión aparece plenamente lógica: “El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto comparado con el de Panamá?” (V. *Itinerario Documental de Simón*

*Bolívar*, Escritos Selectos, ed. de la Presidencia de la República, Caracas, 1970, pp. 247-249).

Es —como dijimos— una obsesión, pero una obsesión fundada en la razón, en la geografía y en la historia. No es una loca aspiración, sino un objetivo por conseguir. Sabe, y así lo expresa ya en 1815, que “esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos”. Pero nada puede detener el propósito, antes bien las dificultades sirven de estímulo para realizarlo. El se da cuenta de los obstáculos de toda índole que van a oponérsele; pero está convencido de que su previsión se va a cumplir. Por eso es de pensar que las maniobras ajenas, las incomprensiones y las pequeñeces que frustraron los resultados del Primer Congreso de Panamá en 1826 no llegaron a arrancarle la seguridad plena de que esa unión voluntaria, entre pueblos soberanos, se celebraría tarde o temprano. Y no hay razón ninguna para no suponer que en los momentos finales de su vida, lleno su corazón de amargura, pero viva la fe en el fondo de su espíritu, renovara aquella visión que describe para finalizar el discurso al Congreso de Angostura, visión aún más mayestática y sin género de duda más precisa que el propio delirio que, según relatan, lo sacudió sobre la cumbre del Chimborazo; “Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prospe-



ridad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra Patria reúne con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”.

En el documento intitulado “Un Pensamiento sobre el Congreso de Panamá, 1826”, destinado a obtener a través de una acción diplomática la comprensión y apoyo de la Gran Bretaña, para aquella idea, hay afirmaciones como ésta: “el Nuevo mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general permanente”. “El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes estados, y dentro de

cada uno de ellos". "Ninguno sería débil con respecto a otro; ninguno sería más fuerte". "Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero orden de cosas". "La Fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas". "La Diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder" (V. *Itinerario Documental*, cit. p. 285).

A medida que avanza el movimiento de integración, como producto del convencimiento y no de la presión de unos sobre otros, avance en la defensa intransigente del derecho de cada uno a gobernar lo suyo y de todos a mantener el patrimonio común, más y más se perfila como brújula de este movimiento, el pensamiento de Bolívar.

### 3

La independencia y la integración de América Latina nacieron y sólo pueden prosperar a través de una serie de valores que se reconocen repetidamente en los escritos del Libertador. Entre esos valores descuellan la igualdad y la justicia.

Es sabido que para Bolívar el sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce *mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política.*

Para él, la felicidad consiste en la práctica de la virtud y en el goce de los derechos ciudadanos. En su proyecto de Constitución presentado al Congreso de Angostura se afirma, después de declarar los derechos del hombre al uso de la época, lo siguiente: “La felicidad general, que es el objeto de la sociedad, consiste en el perfecto goce de estos derechos”.

A cada paso se encuentra en sus definiciones el primado de la Justicia. Así se observa, por ejemplo, en la *Carta de Jamaica*: “Es más difícil, dice Montesquieu, sacar un pueblo de la servidumbre, que subyugar uno libre” —cita el Libertador. “Esta verdad está comprobada por los anales de todos los tiempos, que nos muestran, las más de las naciones libres, sometidas al yugo y muy pocas de las esclavas recobrar su libertad. A pesar de este convencimiento, los meridionales de este continente han manifestado el conato de conseguir instituciones liberales y aun perfectas, sin duda, por efecto del instinto que tienen los hombres de aspirar a su mejor felicidad posible; la que se alcanza, infaliblemente, en las sociedades civiles, cuando ellas están fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad”.

Una frase del *Discurso de Angostura* encierra un postulado bolivariano de inmensa trascendencia y reviste en el momento actual de América Latina una palpitante actualidad: “*que el ejerci-*

*cio de la justicia es el ejercicio de la libertad*”, por lo mismo reclama: “que el poder legislativo se desprenda de las atribuciones que corresponden al ejecutivo: y adquiera no obstante nueva consistencia, nueva influencia en el equilibrio de las autoridades. Que los tribunales sean reforzados por la estabilidad y la independencia de los jueces; por el establecimiento de jurados, de Códigos Civiles y Criminales que no sean dictados por la antigüedad, ni por reyes conquistadores, sino por la voz de la naturaleza, por el grito de la justicia y por el genio de la sabiduría”.

Esa inspiración de justicia, inmersa en la corriente caudalosa del nacionalismo latinoamericano, encuentra al mismo tiempo su realización y su apoyo en la igualdad. Acabamos de citar una frase que señala como base de la unión anficiónica propuesta en Panamá la de que los Estados cuya confederación se aspira, “ninguno sería débil con respecto a otro; ninguno sería más fuerte; un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas”. En el mismo documento se observa esta otra afirmación, orientada hacia la integración armónica de nuestras distintas aportaciones étnicas: “la diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder”.

Esta tesis fue desarrollada ampliamente en el *Discurso de Angostura*: “Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para

unirla; nuestra Constitución ha dividido los poderes: enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos: que este edificio monstruoso se derribe, caiga y apartando hasta sus ruinas, elevemos un Templo a la Justicia, y bajo los auspicios de su santa inspiración, dictemos un Código de Leyes Venezolanas”.

Justicia, igualdad, sustitución de leyes caducas por otras que interpreten la realidad de nuestros pueblos, ello va irrevocablemente mezclado con el nacionalismo latinoamericano actual. Se trata, precisamente, de alcanzar la justicia y de realizar la igualdad. Justicia, no sólo individual sino social; igualdad efectiva, no sólo interna, sino internacional. Suma de esfuerzos para reclamar nuestros derechos, para ejercer la soberanía plena sobre nuestros recursos; movimiento integrado para borrar los vestigios de las discriminaciones internas; consumir el proceso que reunió en este continente la aportación de todas las regiones del mundo y hacer del hombre americano prototipo del hombre ecuménico y fiel intérprete de una nueva humanidad.

4

Y aquí viene la otra característica trascendental del nacionalismo latinoamericano, que corresponde también a la visión exacta del pensamien-

to de Bolívar. América Latina se une para reclamar justicia, libertad y paz para todos los pueblos de la tierra. América Latina se une para apoyar la eliminación de cualquier vestigio de colonialismo o imperialismo, por parte de cualquier potencia y dentro de cualquier terreno, lo mismo político como cultural o económico. La América Latina se compacta para ofrecer una voz, un ejemplo, un estímulo y un apoyo al entendimiento entre todos los pueblos, a la igualdad entre los hombres y entre todas las naciones, al logro de la paz universal.

En párrafos anteriores hemos citado frases de Bolívar en la *Carta de Jamaica*, donde al proponer el Istmo de Panamá como asiento del diálogo fecundo entre las repúblicas americanas para su fortalecimiento y defensa recíproca, no se detiene ahí: propone mucho más: la reunión mundial que cien años después se ensayaría en Ginebra y que hoy tiene su sede principal en este hemisferio aunque no en Panamá, sino en la metrópoli norteamericana. “Ojalá —expresaba— que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del Abate Saint Pierre, que con-

cibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses del aquellas naciones”.

Es la misma idea envuelta en el documento de convocatoria del Congreso de Panamá, expedido en Lima el 7 de diciembre de 1824: “Parece que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado, como está en el centro del globo, viendo por una parte al Asia y por la otra el Africa y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia, para este fin, en los Tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades; por esta causa podría ser el lugar provisorio de la Primera Asamblea de los confederados”. He allí por qué, para finalizar la misma convocatoria, dice que los historiadores encontrarán en él “el plan de las primeras alianzas que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo”.

El nacionalismo latinoamericano no es aislacionista: no lo fue nunca, en el pensamiento de Bolívar. El nacionalismo latinoamericano no es agresivo: la agresión estuvo ausente en todo momento del pensamiento bolivariano. El nacionalismo latinoamericano no constituye un fin destinado a agotarse en sí mismo: es un movimiento destinado a hacer de Latinoamérica una fuerza operante y eficaz en la organización del

universo mediante la libertad, la paz y la justicia: asimismo lo vio y lo proclamó el Libertador.

Esta noción aparece muy claramente delineada en lo que podría llamarse la Memoria de Relaciones Exteriores del primer gobierno de Bolívar, es decir el Informe del Secretario de Relaciones Exteriores Antonio Muñoz Tébar, fechado en Caracas el 31 de diciembre de 1813 y relativo a la actuación de ese Despacho hasta fines del año de la Campaña Admirable. Redactado a la manera de Informe dirigido al Libertador y Jefe Supremo del país, aquel interesante documento expresa: Después de este equilibrio continental que busca la Europa cuando menos parece que debía hallarse en el seno de la guerra y de las agitaciones, había otro equilibrio, excellentísimo señor, el que importa a nosotros: el equilibrio del universo. La ambición de las naciones de Europa lleva al yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a éste el equilibrio del universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana.

“Tanto el plan es el más vasto que puede presentarse, tanto el más difícil de realizarse, cuanto parece más digno de Vuestra Excelencia. Es verdad que aun cuando V. E. obrara con más rapidez que el gran César y Napoleón, los años



de V. E. no pueden prolongarse hasta el tiempo necesario, por más que se reduzca, para poner el sello a esta empresa. Sin embargo, V. E. es capaz, si duran las actuales circunstancias del mundo de poner los cimientos indestructibles del gran edificio". (*Escritos del Libertador*, Sociedad Bolivariana de Venezuela, Tomo V, Documentos 288-561, 7 de agosto - 31 de diciembre de 1813, pp. 375, 376).

Salvo la idea, que bien pudo ser de Muñoz Tébar o bien pudo ser compartida entonces por Bolívar, pero que en todo caso, fue descartada por el análisis de la realidad en la *Carta de Jamaica*, de la constitución de una sola gran nación, bajo un solo gobierno y en un solo Estado, este documento es genuina expresión del pensamiento bolivariano. El objetivo del equilibrio universal, la idea de contener las ambiciones de la Europa y la de alinear la influencia de los Estados Unidos de Norteamérica en una nación de equilibrio de paz y libertad, constituye indudablemente uno de los objetivos finales hacia la realización de su desarrollo y el cumplimiento de su destino.

El nacionalismo latinoamericano, expresión de una voluntad de ser libres, de asegurar nuestra unión para defender la igualdad y la justicia, se orienta a cumplir cada vez más un papel al servicio de la paz y del verdadero entendimiento entre los pueblos. En todos estos aspectos su

mejor orientación y aliento los recibe, hoy con mayor urgencia que hace ciento cincuenta años, del pensamiento político, de la palabra vibrante y de la obra incomparable de Simón Bolívar.

## RESUMEN

América Latina cobra hoy en el mundo una nueva importancia. Después de más de un siglo de dificultades y en medio de situaciones nacionales que distan mucho de ser claras, se afirma un nacionalismo unitario, en medio de la pluralidad de concepciones y sistemas por los cuales se rigen nuestros diferentes países.

Dentro del impulso que cobra esta corriente nacionalista, se hace cada vez más diáfana la inspiración que le presta el pensamiento de Bolívar, como guía de los mejores anhelos revolucionarios de las actuales generaciones de América Latina. Concretamente, el ideal bolivariano se refleja en cuatro aspectos que determinan la naturaleza y objetivos del nacionalismo latinoamericano:

I. - Defensa irrestricta de la soberanía e independencia de América Latina "contra el mundo entero si todo el mundo la ofende", como lo manifestó Bolívar en 1818 a un Comisionado de los Estados Unidos de Norteamérica.

II. - Unidad en la variedad: respeto a la organización soberana de cada una de nuestras repúblicas, dentro de una orientación solidaria y armónica en defensa del patrimonio común y de los derechos de cada una. "El Nuevo Mundo se constituiría en naciones independientes", "ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general permanente". Esto es, la Solidaridad Pluralista de América Latina.

III. - Justicia e igualdad entre los hombres y entre las naciones, como objetivo común de todas las naciones latinoamericanas.

IV. - Contribución eficaz de América Latina para la paz y el entendimiento entre los hombres, para la libertad y la justicia, contra el colonialismo y la prepotencia en cualquier lugar de la tierra. El equilibrio del universo para la armonía universal.

El nacionalismo latinoamericano, orientado cada vez más al servicio de la paz y del verdadero entendimiento entre los pueblos, recibe su mejor orientación y aliento, hoy con mayor urgencia que hace 150 años, del pensamiento político, de la palabra vibrante y la obra incomparable de Bolívar.



## V

### LAS ESTATUAS DE BOLIVAR EN EL MUNDO\*

La inmensidad de la figura de Simón Bolívar comenzó a manifestarse en todos los ámbitos de la cultura desde los propios días de su existencia física. Al cabo de doscientos años de su nacimiento, Bolívar ha tomado carta de reconocimiento en la literatura, en la pintura, en la música, en la poesía, y desde luego, en la historia y en la ciencia de la Politología. Ya desde sus propios tiempos de acción apareció el interés por él en una serie de manifestaciones características: hubo presencia de Bolívar en porcelanas, en abanicos y hasta en moldes de hojalata de panaderías francesas (hay un ejemplar en el museo de Rouen); y no es extraño el que su nombre se

---

\*Prólogo al libro de Rafael Pineda, Caracas, 1983.

identificara en un tiempo con un estilo de sombrero. Se han publicado innumerables libros sobre los más variados aspectos de la vida pública y privada del Libertador, sobre sus antecedentes familiares, sobre sus sufrimientos y sus emociones. El célebre músico francés Darius Milhaud compuso una ópera llamada Bolívar. Se han realizado películas de corto y largo metraje para llevar al cine su vida. Se han publicado antologías con los cantos que los poetas de América y del mundo han dedicado al Libertador.

En cuanto a su efigie, comenzó a tratarse en los propios días de su gloriosa existencia. Como nos lo refiere el autor de este libro, los que directamente trasladaron sus rasgos fisonómicos fueron principalmente el anónimo de 1811 a 1813, el anónimo de Haití de 1816, los colombianos Pedro Figueroa y José María Espinosa, el italiano Antonio Meucci y el francés François Desiré Roulin en Nueva Granada, Antonio Salas en el Ecuador y el peruano José Gil de Castro en Lima, autor de un retrato que envió a su hermana María Antonia como hecho "con la más grande exactitud y semejanza". Carmelo Fernández, prócer yaracuyano, sobrino de José Antonio Páez, inspirado seguramente en Roulin, trazó su perfil olímpico para la historia de Venezuela de Baralt y Díaz y para la moneda venezolana. Los retratos de Bolívar, sin excluir el del venezolano Juan Lovera, quien lo conoció personalmente, han sido incluidos en publicaciones iconográfi-

cas muy iluminadoras. Alfredo Boulton merece nuestro mayor reconocimiento por sus investigaciones esclarecedoras acerca del rostro de Bolívar; como lo merece, en otro sentido, Tito Salas, el pintor preminente de los episodios heroicos y de los momentos culminantes de la vida del Libertador.

Dentro de toda la riquísima bibliografía bolivariana, se hacía sentir la necesidad de una información precisa acerca de los monumentos escultóricos que en el mundo entero se han dedicado a su gloria. Hace tiempo venía inquietándome esa ausencia y había intentado interesar a alguna entidad de las que rinden culto a la memoria del Libertador, para acometer esa empresa. El Centro Simón Bolívar, a través de su Presidente el Ing. Antonio López Acosta, tuvo amplia acogida para mi sugerencia y encomendó la preparación de la obra a quien me parecía que estaba y realmente considero que está mejor capacitado para acometerla: el escritor y poeta, historiador e investigador, y al mismo tiempo crítico de arte, Rafael Pineda. Pineda había iniciado esa tarea años atrás con un valioso estudio acerca de Tenerani y Tadolini, los dos grandes escultores italianos del Libertador (a quienes habría de acompañar más tarde para formar tróica memorable, Pietro Canonica, cuyo prestigio logró salvar las más increíbles distancias políticas, pues después de haber sido honrado en forma destacada por Musolini, fue uno de los sena-

dores vitalicios designados por el Jefe de Estado en la República Italiana, creada después de la Segunda Guerra Mundial). El encargo del Centro Simón Bolívar y el esfuerzo admirable de Rafael Pineda se concretan en este magnífico libro, que constituye una de las mejores contribuciones al año Bicentenario del Nacimiento del Padre de la Patria. Para prepararlo, Pineda tuvo que recorrer mucho mundo y seleccionar, en más de cincuenta países, las esculturas originales, comprendiendo no tan sólo las obras que se basan en la interpretación iconográfica propiamente dicha —bustos, estatuas ecuestres y de pie, medallones, medallas, monedas, mosaicos de las más variadas técnicas y formatos— sino también las no figurativas, que a través de distintas escuelas de arte rinden testimonio perenne a la gloria de Bolívar.

Fundador del Museo del Correo del Orinoco, en Ciudad Bolívar, Presidente del Capítulo Venezolano de la Asociación Internacional de Críticos de Arte y autor de numerosos textos sobre diferentes aspectos de la plástica, Pineda desahogó toda su preocupación y dio amplio campo a su vocación de historiador y de crítico en el relato de la aparición de las diversas estatuas de Bolívar y el análisis crítico de las mismas.

Ha entregado un texto cuyo contenido documental marcha parejo con la amenidad. Se lee con agrado y no solamente con provecho. Por



supuesto, que su condición de crítico de arte y la libertad de que siempre ha hecho gala en la exposición de sus ideas lo llevan en algunos casos a formular juicios que pueden aparecer severos y que tal vez no sean compartidos por la unanimidad de los lectores, pero que en todo caso están respaldados por su sinceridad y por su autoridad en el ramo.

A través del relato apasionante de Pineda, nos encontramos con el origen de las primeras estatuas de Bolívar. Iniciativas hubo mientras vivía el Héroe, pero no llegaron a formalizarse, seguramente porque él mismo no quiso alentarlas sino dejar para que se le rindiera tributo en forma póstuma, cuando las circunstancias hubieran depurado su acción de las aristas de la lucha y se hubiera proyectado más y más la formidable dimensión de su imagen. Después de la Batalla de Boyacá, en el Congreso de Angostura se propuso erigir una estatua de Bolívar en el propio Puente que le abrió la capital del Virreinato y que convirtió al legendario luchador en un Jefe de Estado reconocido y respetado por Morillo. A esta decisión siguieron las de la Municipalidad de Caracas a raíz del triunfo de Carabobo y del Congreso del Perú al llegar la noticia de Ayacucho; sin embargo, deberían transcurrir algunos años todavía antes de que la idea se concretara, salvo la medalla de oro con su efigie diseñada por Dávalos y ordenada por el Congreso del Perú, y la curiosa circunstancia del mo-

numento de la Plaza de Armas de Santiago de Chile, firmado por el italiano Orsolini en 1827, motivo de numerosas controversias e incertidumbres. Pero fue la iniciativa de algunos amigos del corazón, colombianos de la Nueva Granada, y especialmente Tomás Cipriano de Mosquera y José Ignacio París, la que impulsó al escultor italiano Pietro Tenerani, cuyo nombre quedó asociado en la historia del arte con el nombre del Libertador, a preparar tres bustos, después de los cuales vino a concretarse la primera estatua, ordenada por París (a quien el Libertador llamara en una carta "mi querido Don Pepe"), la figura fue afinándose a través de diversas tentativas y logrando reconocimientos como el muy autorizado del General O'Leary, quien al mirar el primer busto, de paso por Jamaica, expresó: "se parece mucho a su Excelencia". Debemos, por tanto, gratitud —que el amigo Pineda revive y renueva en su libro— a los insignes Mosquera y París, así como a sus amigos Pedro Alcántara Herrán y Gerónimo Torres, quienes reunidos en Roma con Don Joaquín y Don Manuel Cipriano de Mosquera contribuyeron con su juicio a que Tenerani corrigiera los defectos de su interpretación original y lograra los rasgos que a través del mundo han popularizado la efigie del Libertador. Los primeros tres bustos de Tenerani, según nos recuerda Pineda, están en el Panteón de los Próceres en Popayán, en el Palacio de Nariño en Bogotá y en el Ministerio de Relacio-

nes Exteriores en Caracas, y la estatua realizada en bronce, regalada a su Patria por José Ignacio París, fue erigida en la Plaza Bolívar de Bogotá, donde con diversas modificaciones en el pedestal y en el emplazamiento, preside la vida de la República desde 1846. Acerca de esta estatua, que conoció por un folleto impreso en Italia que le llegó por disposición de Don Juan de Francisco de Martín, Ministro Plenipotenciario de la Nueva Granada en Lima y antiguo Prefecto de Cartagena (a quien debemos la comunicación emocionada del fallecimiento del Libertador), Don Andrés Bello expresó lo siguiente: "La estatua es algo mayor que el natural; su vestido, el militar, adornado de hermosos bordados; le cuelga al pecho una medalla con la efigie de Washington; la cabeza, desnuda; sobre los hombros, un manto; la derecha empuña una espada desenvainada; y la izquierda un rollo de papel, que simboliza la Constitución. Al denodado movimiento de toda la persona, corresponde admirablemente el aire de resolución de aquella cara intrépida y noblemente desdeñosa; expresión tal, que cualquiera puede leer en la frente el pensamiento dirigido a un solo objeto: la libertad y gloria de la Patria" (*Obras Completas de Andrés Bello*, Caracas, Tomo XIX, p. 196).

Pero si fue ésta la primera estatua, hay que tomar en cuenta que ya para 1840, en el Monumento levantado a Gutenberg, inventor de la imprenta, en la ciudad alsaciana de Estrasburgo,

está un bajo relieve de Bolívar que David D'Angers realizó en la interpretación del continente americano en uno de los lados del pedestal, de acuerdo con el célebre medallón que el mismo David había acuñado en París en 1832.

Fue Tenerani, después, también autor del estupendo mármol que desde 1876 preside en Caracas el Panteón Nacional, el santuario que la Patria ha dedicado al Libertador y que constituye uno de los monumentos arquitectónicos más importantes que se le han erigido. La escultura se instaló originalmente en 1852, en la capilla de la familia Bolívar de la Catedral, donde reposaron los restos del Héroe desde su traída de Santa Marta en 1842, hasta su traslado al Panteón.

A otro italiano, Adamo Tadolini, se debe la primera estatua ecuestre de Bolívar, que hizo por encargo del Gobierno del Perú en cumplimiento del mandato del Congreso a raíz de la Batalla de Ayacucho. Tadolini, quien también estaba instalado en Roma, fue discípulo de Antonio Canova, al igual que Tenerani lo fue de Thorvaltsen, el danés que se latinizó en dicha ciudad. Según se ha señalado, se apartó de la ortodoxia formal, lo que se traduce en el encabritamiento del grupo ecuestre, con lo cual el monumento ganó en vibración acentuada por los efectos de luz y de sombra. En 1859 fue inaugurado el monumento a Bolívar en Lima, en la

antigua Plaza de la Inquisición, convertida en Plaza de la Constitución, frente al Congreso del Perú. El General Guzmán Blanco ordenó una réplica para la Plaza Bolívar de Caracas, adonde llegó con dificultades (incluyendo un naufragio), pero fue inaugurada en 1874, desde cuando se ha visto como el arquetipo de las estatuas ecuestres de Bolívar, copiada e imitada muchas veces.

La estatua ecuestre de Tadolini y la estatua de Tenerani, de pie (me cuesta trabajo usar el adjetivo "pedestre" porque me parece que tiene una connotación peyorativa) han sido dominantes en la estatuaria del Libertador. A lo largo de sus viajes de investigación, que se prolongaron durante 1981 y gran parte de 1982, Rafael Pineda localizó unas mil estatuas de Bolívar, entre originales, réplicas, copias y proyectos. El número debe de ser mayor, pero de todas maneras resulta excepcional, y es índice de la terrible resonancia de la obra del Libertador, consagrada en la representación escultórica. Por cierto, se me ocurre que un apéndice a la obra de Pineda podría ser un catálogo de todas las ciudades y pueblos en las cuales está presente Bolívar, en bronce o en mármol. Casi podríamos decir que no hay centro poblado en Venezuela o en Colombia, o en el Ecuador, o en Bolivia, o en los demás países bolivarianos, donde no esté presente quien es el símbolo más cabal de nuestras nacionalidades y de nuestra unidad: estatuas ecuestres, que si-

guen en su mayor parte el modelo de Tadolini; estatuas de pie, que o copian el modelo de Tenerani o se orientan en él; bustos que recogen de uno o de otro la representación de una figura, que es por una parte familiar y por la otra motivo de veneración, para todas las personas nacidas en estas tierras o que viven en ellas.

Por supuesto, que no son sólo Tenerani y Tadolini los grandes escultores que van a desfilar por este libro y para quienes en cierto modo esta obra constituye también un homenaje. Es Pietro Canonica, el autor de la estatua de Bolívar en Roma, cuya réplica se ostenta en importantes ciudades del mundo; es el argentino José Fioravanti, Premio Nacional de Escultura, que hizo la estatua de Bolívar para Buenos Aires; es Félix W. de Weldon, el célebre escultor del monumento al "marine" de Iwo-Jima, cuya fotografía ha recorrido el mundo entero, y que modeló la estatua de Bolívar en Washington en 1959; es Emilio Laíz Campos, el escultor de Bolívar en Madrid, en Sevilla, en Cádiz y en diversas ciudades de Venezuela; que representan al Libertador en briosa jaca para la cual posara el célebre caballista andaluz Angel Peralta; es Juan Jaén, el escultor canario; es Rodrigo Arias Betancourt, el del monumento de Pereira en Colombia; es Hugo Daini, autor de la estatua de Bolívar en Londres; es Manuel Ferreiro, autor de una pirámide que lleva en sí a Bolívar

marchando inconteniblemente desde el pasado hacia el futuro, que se acaba de develar en La Coruña; es Antonio Rodríguez del Villar, el escultor del gran monumento erigido en el propio campo donde se libró la Batalla de Carabobo; es Mariano Benlliure, el de la escultura de Panamá de 1926; es José Antonio Homes, el del monumento de Guayaquil; es Ernesto Margall, es Aurelio Bernardino Arias, es el venezolano nacido en Cádiz, Manuel de la Fuente, quien está realizando dos monumentos que serán inaugurados en Venezuela durante 1983; es el escultor francés Emmanuel Fremiet, de la estatua de Bogotá, La Paz y París, reproducida también en otros sitios; es Joaquín Roca Rey, quien concibió un Bolívar en traje civil con tinte de universitario; o es Marisol Escobar con su representación basada en arte nuevo e instalada en los Altos de Pipe, en el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, en la Plaza donde se rinde homenaje a Bolívar y Bello. Son muchos más los nombres que debería mencionar, tanto de los escultores como de los lugares, pero ¿para qué hacerlo, si con todo detalle están referidos en el texto y reproducidos en las láminas de la obra de Pineda? Solamente debería añadir que los monumentos no figurativos revisten también gran importancia, y entre ellos debo mencionar el de la Plaza Boyacá, en Caracas, proyectado por Edmundo Díquez, y los erigidos en Israel, en la ciudad de Jerusalén y sus alrededores, cons-

tituidos por bosques que cantan con entusiasmo a la naturaleza.

Este libro es por su naturaleza dinámico: mientras ha sido escrito han ido apareciendo nuevos monumentos y aparecerán otros: hay proyectos que están por realizarse, entre ellos los dos de Bourdelle, en Francia, el de Maestrovic, en Yugoslavia, los de Alejandro Otero y Fruto Vivas en Venezuela, el de Edgar Negrette en Colombia. No puedo omitir el de Victorio Macho, el de Santiago Poletto y el del gran escultor venezolano, también fallecido, Alejandro Colina, que tuve el propósito de hacer realizar conforme a su maqueta, para la ciudad de Montevideo, capital de la República Oriental del Uruguay.

A propósito de Montevideo, no puedo dejar de decir que es extraño para cualquier bolivariano el que en la patria de José Enrique Rodó no se haya levantado todavía un gran Monumento a Bolívar. Podría responderse que mejor monumento no hay ni habrá que el que le construyó con su pluma aquel inmenso pensador y escritor latinoamericano. Pero cabe referir que cuando fui en 1959 a aquel país, con ocasión de un Congreso Latinoamericano de Sociología, visité al Presidente del Consejo de Gobierno, señor Eduardo Haedo, y le manifesté que tenía el encargo del Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, de reiterar el ofrecimiento que Venezuela había hecho al Uruguay de una



estatua de Bolívar. Hablamos de su posible emplazamiento; y me atreví a expresar que se había considerado en Caracas la posibilidad de enviar una réplica de la estatua de Bolívar por Canonica, erigida en Roma, que ha sido considerada de un gran valor artístico; y el Presidente Haedo, con mucha dignidad, me respondió: “No, señor; Montevideo debe tener *su* estatua de Bolívar”. Tenía razón. Cuando, años más tarde realicé un viaje de Estado para los países del Sur del continente, llevaba al Uruguay la maqueta de Alejandro Colina para ofrecer su realización. Para aquel momento, el Congreso uruguayo y el Municipio de Montevideo habían decidido o estaban dispuestos a decidir que se abriera una avenida a partir del propio Palacio de la Representación Nacional y que esa avenida estuviera presidida por el monumento al Libertador. El proyecto incluía la idea de asignar unos lotes de terreno inmediatos a los diversos países de América Latina, para que pusieran allí muestras de su artesanía, expresiones de su cultura, o motivos relacionados con su propia actividad y su disposición integracionista. El viaje estaba previsto para el sábado 10 de febrero de 1973: hallándonos en Buenos Aires, la situación política del Uruguay sufrió una grave conmoción que nos obligó a cancelar el viaje. Después, ha ocurrido el hecho lamentable de una ruptura diplomática, prolongada por más tiempo del que inicialmente pudo imaginarse; pero estoy seguro

de que el Uruguay recuperará la plenitud de su institucionalidad democrática y de que uno de los actos de mayor simbolismo será la erección del monumento a Bolívar, que podría ser, si se mantiene el anterior propósito, el proyectado por Colina, que pone al Libertador sobre el caballo, con el torso desnudo y con la espada desenvainada entre ambas manos, ofrecida no como señal de rendimiento sino como manifestación perenne de amistad.

Por todo el mundo hay monumentos de Bolívar, algunos en ciudades o instituciones que llevan su nombre; porque Bolívar es epónimo de una nación, Bolivia; de un Estado, en Venezuela; de un Departamento, en Colombia, de una Provincia, en el Ecuador; de ciudades (Ciudad Bolívar, antigua Angostura), en Venezuela; San Carlos de Bolívar, o Bolívar a secas, en la Pampa Argentina, por ejemplo; de universidades, de liceos, de instituciones, de calles, de avenidas, de puertos, de aeropuertos. . . En toda la extensión del mundo capaz de entender la significación de su figura hay monumentos que sirven como manifestación pública y perenne de admiración y de respeto a la figura de Simón Bolívar. Yo no podría dejar de mencionar el busto que tuve la satisfacción de inaugurar el 8 de setiembre de 1972, en el centro de lo que ha de ser la plaza principal de la futura ciudad de San Simón del Cocuy. Frente a la piedra del Cocuy, soberbio monumento nacional que —den-

tro del territorio venezolano— vigila permanentemente las fronteras y se refleja en el hermoso Río Negro, como adelantado de hermandad con los países limítrofes de Brasil y Colombia, la figura del Padre de la Patria es una especie de atalaya permanente y de símbolo constante para la juventud.

Yo no puedo compartir la opinión de quienes atribuyen poca importancia a los homenajes estatuarios y menos aún a los que critican el que Venezuela corresponda el deseo de pueblos hermanos o amigos de tener las imágenes de nuestros héroes y gustosamente les ofrezca la representación escultórica que se considere pertinente. No hay mejor homenaje para la patria venezolana que la presencia en bronce heroico, o en mármol, de sus hijos ilustres, en plazas o academias, o avenidas, que le dicen a millares y millares de paseantes que allí se rinde culto a los valores que supieron encarnar sus hijos. El gentilicio venezolano vibra cuando en cualquier ciudad de este Hemisferio o del resto del mundo, un monumento levantado a Bolívar, o a Bello, o a Sucre, o a Miranda, constituye una afirmación de la grandeza incomparable del producto humano de la amada patria venezolana. Este libro de Rafael Pineda, al mismo tiempo que viene a señalar esa presencia, recogida en una peregrinación fatigosa pero apasionante por varios continentes, constituye una de las más elo-

cuentes expresiones de reconocimiento a la valía incomparable del Padre de la Patria, en el momento en que Venezuela entera, los países bolivarianos, América Latina y el mundo en general, se aprestan a reconocer que Simón Bolívar ha sido orgullo de la humanidad y que, como dijera el gran vasco español Miguel de Unamuno: "sin Bolívar la historia de la humanidad no estaría completa". Cada estatua, cada escultura levantada con orgullo y gratitud en cada lugar dentro de la extensión de nuestro planeta es una página más del riquísimo documental que se recoge a los doscientos años de su nacimiento. Porque como dijo Neruda:

*"En la tierra  
en el agua, en el aire  
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,  
todo lleva tu nombre, Padre, en nuestra morada  
. . . tus ojos que vigilan más allá de los mares,  
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,  
más allá de las negras ciudades incendiadas,  
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace,  
tu ejército defiende las banderas sagradas;  
la libertad sacude las campanas sangrientas  
y un sonido terrible de dolores preside  
la aurora enrojecida por la sangre del  
hombre".*

## VI

### BOLIVAR EN LA GRAN BRETAÑA\*

Considero un altísimo honor el entregar al Gobierno de S. M. Británica y al pueblo de esta grande e histórica ciudad, en nombre de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá la estatua de Simón Bolívar que recordará continuamente, en el corazón de la urbe la gloria de el Libertador.

Cumplió él la edad de 27 años en Londres, adonde vino encabezando la misión que los patriotas venezolanos enviaron a ofrecer amistad y solicitar una actitud favorable de Inglaterra para su lucha por la libertad. Le acompañaron Luis López Méndez, un prócer generoso y

---

\*En la inauguración de la estatua de Bolívar en Londres, el 12 de junio de 1974 (versión castellana).

desafortunado, y Andrés Bello, un sabio de cultura inverosímil y corazón incorruptible que se quedaría en Londres durante casi 20 años y después realizaría en Chile la más estupenda labor de cultura que hombre alguno haya cumplido en el hemisferio americano. Se encontraron con su extraordinario compatriota Francisco de Miranda, gran señor de la espada y del pensamiento, que ostentaba el grado de General de la Francia revolucionaria y cultivaba relaciones con altos personajes británicos, en la esperanza de obtener cooperación para la empresa varias veces intentada de libertar la América española, y cuya casa de Grafton Street (hoy Grafton Way) fue una cátedra viviente de la Emancipación.

El joven Bolívar aprovechó intensamente su corta estada en Inglaterra. Regresó a Venezuela y la vida no le permitió en lo adelante un solo instante de reposo. Tenía 30 años cuando recibió el título de Libertador, que él consideró “más glorioso y satisfactorio que el cetro de todos los imperios de la tierra”.

La estatua lo representa en el momento de pronunciar su histórico discurso ante el Congreso de Angostura, obra maestra del pensamiento político en cualquier país y en cualquier época. Su edad: 35 años. Viste uniforme militar, pero ha dejado la espada a las puertas del recinto, en acatamiento a la representación nacional. Lleva en una mano el célebre texto y levanta la otra en ademán de persuadir y de arengar.

Le preocupa la necesidad de construir sobre bases sólidas los nuevos Estados surgidos de la guerra. Y en el análisis, muestra la alta estima que tuvo por las instituciones británicas. “Así pues, dijo, os recomiendo, Representantes, el estudio de la Constitución británica que es la que parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos que la adoptan; pero por perfecta que sea, estoy muy lejos de proponeros su imitación servil. Yo os recomiendo esta constitución popular, la división y equilibrio de los poderes, la libertad civil, como la más digna de servir de modelo a cuantos aspiran al goce de los derechos del hombre y a toda la felicidad política que es compatible con nuestra frágil naturaleza”.

La erección de este monumento, fruto de generoso afán de ilustres personalidades y entidades a las cuales debemos sincera gratitud, viene a estrechar aquella relación, que durante su vida tuvo conmovedoras manifestaciones en la lealtad heroica y en la amistad devota que le profesaron hombres admirables nacidos en las Islas Británicas.

América Latina ha producido muchas brillantes personalidades: egregios estadistas, formidables guerreros, humanistas y científicos de reconocida valía. Cada una, con justo título para representarla. Pero Bolívar reviste una personería especial. Hay una caudalosa literatura bolivaria-

na en los países que libertó, pero también en aquellos que no fueron teatro de sus luchas. Así, en el Uruguay, el elocuente José Enrique Rodó dijo que “cuando diez siglos hayan pasado”, “si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad”, verá que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar”. Domingo Faustino Sarmiento, dos veces Presidente de la Argentina, educador de pueblos y pensador ilustre, vio en Bolívar, la expresión genuina de la revolución hispanoamericana. El Apóstol de la libertad de Cuba, José Martí, le profesó una especie de culto religioso y lo vio “vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, en el cielo de América”. El chileno Vicuña Mackenna afirmó que la palabra Bolívar “es el grito de salvación en el naufragio de la América”. Rubén Darío, el insuperado poeta centroamericano, le cantó en versos perdurables:

*“para héroe tan gigante  
no puede resonar cítara alguna  
que ensalce lo bastante  
su valor y fortuna:  
pequeñas son la estatua y la columna”.*

José Verísimo, del Brasil, lo llamó “el hombre más grande de las Américas y uno de los más grandes de la humanidad”. El historiador paraguayo Juan E. O’Leary afirma que “es un genio continental por la extensión de su pensa-



miento". En Haití se enlaza en la historia, como símbolo de la independencia, la amistad de Pétion y Bolívar. En la pasada década, un Presidente de México, hablando ante la Organización de Estados Americanos, destacó el pensamiento bolivariano como fuente inagotable de solidaridad latinoamericana. Y en fecha más cercana, el Presidente de la República Dominicana calificó al Libertador como "el único hijo de América que podría figurar con propiedad en una galería de genios universales".

Por ello me atrevo a decir que en este acto participa toda la América Latina. La América Latina en proceso de integración, penetrada de la necesidad de mostrarse unida ante las grandes potencias del Hemisferio y de la tierra. La América Latina engrandecida por un nacionalismo sin odios, constructivo y armónico, adalid de la justicia social internacional y de la igualdad entre todos los seres humanos, factor de paz y entendimiento entre los pueblos. La América Latina, que hoy surge de nuevo como en los días de Bolívar, guiada por el pensamiento de Bolívar y por el de los demás prohombres de la emancipación, dispuesta a hacerse oír y asegurar mejor su independencia política mediante su plena independencia cultural y económica.

Con esa sobriedad característica de la manera de ser inglesa y tan del gusto del propio Bolívar, este monumento renueva viejos lazos y reitera

una antigua amistad. Plantea también nuevas aspiraciones. En jardines y calles por donde se desplaza día tras día la muestra de una efervescente humanidad, el bronce asegura la perennidad de los grandes valores que resisten la acción destructora del tiempo y sugieren nuevos motivos para elevar al hombre hacia la conquista de un destino mejor.

Ese mismo Bolívar que aquí honramos dijo una vez, sobre las ruinas de un templo destruido por espantoso terremoto, en momento de pleno combate por la libertad: "si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca". Quien pronunció ese apóstrofe encontrará, sin duda, constante simpatía en los ingleses, que han sabido jugarse la propia vida y hasta la existencia nacional por defender la libertad propia y ajena y los derechos de la persona humana. Al entregar su efigie, abrigamos la segura confianza de que se le dará honra perenne, no meramente como a la figura de un gran prócer, sino como a la expresión de los mayores ideales de la América Latina, que son, en suma, los mismos ideales que están urgiendo por todas partes el advenimiento de una nueva humanidad.

Londres, 12 de junio de 1974.

## VII

### SIMBOLO DE UNA NUEVA HISPANIDAD\*

“Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas. Vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria: no vendrán a arrancar los de la fuerza”. Esto escribió desde Bogotá, el 24 de enero de 1821, al Rey de España el Libertador Simón Bolívar.

La batalla de Boyacá, librada el 7 de agosto de 1819, había abierto a Bolívar la capital del nuevo reino de Granada. En ella encontró abundantes recursos administrativos y de variada índole y su posesión le quitó definitivamente el

---

\*En el acto de inauguración de la estatua del Libertador en Sevilla, el 11 de octubre de 1981.

tinte de guerrillero que habían querido achacarle hasta entonces y lo confirmó como un Jefe de Estado cuyo gobierno, de hecho, se reconocía. El 26 y 27 de noviembre de 1820 se firmaron en Trujillo los Tratados de Armisticio y de regularización de la guerra. El 27 del propio mes se abrazaron en el pueblo de Santa Ana, el Libertador y el General Morillo, abrazo en torno al cual dijo el poeta Alejandro Carías:

*Juntos desagraviaron los guerreros  
al declinar su indómita bravura,  
con los de Cristo, los hidalgos fueros,  
y nos legaron como herencia pura  
de españoles de Indias y de iberos,  
timbre de unión que en las edades dura!*

Fue, no obstante, difícil, durante muchos años comprender a Bolívar en la madre Patria. Aunque favoreció la independencia de los Estados Unidos frente a la corona británica, había sido reacia para conceder la que tenía que operarse en las tierras españolas de América.

El hecho que sirvió de fundamento a la gesta bolivariana fue la madurez alcanzada por nuestros países, mentís a la leyenda negra que quiso tiznar la obra realizada por España al otro lado del Atlántico. Bolívar, en la Declaración de Angostura, en 1818 habló de "la libertad e independencia que la naturaleza nos había concedido y que las leyes mismas de España, y los ejemplos de su historia, nos autorizaban a resolver

por las armas". Y Andrés Bello expresó el mismo concepto en significativos versos, escritos en un aniversario de la independencia de Chile:

*Cual águila caudal, no bien la pluma  
juvenil ha vestido,  
sufre impaciente la prisión estrecha  
de su materno nido,  
y dócil al instinto vagoroso  
que a elevarse atrevida  
sobre la tierra, y a explorar los reinos  
etéreos la convida,*

.....

*Así el pecho sentiste, patria mía,  
latir con denodados  
brios de libertad, y te arrojaste  
a más brillantes hados...*

Simón Bolívar, el más insigne de los paladines del proceso glorioso de la Emancipación, fue un hombre cuya vida recuerda, en el heroísmo de sus hechos, el heroísmo que a través de largos siglos de lucha por reconquistar su propia tierra y por asentar en ella su propio gobierno se hizo consustancial en el modo de ser español. De él dijo Unamuno: "Su alma creó patrias y enriqueció el alma española, el alma eterna de la España inmortal, y de la Humanidad con ella".

Nacido en Caracas el 24 de julio de 1783, fecha de la que se van a cumplir 200 años, casi en el pórtico del medio milenio del Descubri-

miento, descendiente de hidalgos que dejaron huella en la vida colonial de Venezuela, fue uno de esos vástagos en cuya sangre se reunieron las más variadas aportaciones de los pueblos que viven en la Península Ibérica y que, por mandato de la Providencia, encontraron su definitiva fusión unitaria en América. Porque es imposible olvidar que fue en América donde, con una sola lengua y en una sola sangre, se realizó la plena unidad de España, y que por algo permitió la Providencia que el año de 1492 fuera el mismo de la toma de Granada, que consolidó su unidad política y del Descubrimiento, que abrió paso a una nueva España, integrada en América. Sangre de vizcaínos y gallegos, de andaluces y canarios, de castellanos y extremeños y de muchos otros manantiales, reunieron sus caudales en las venas de Bolívar. Difícilmente habría podido encontrarse un caso análogo, en el mismo grado, dentro del ambiente peninsular.

En su personalidad y en sus gloriosas acciones, el Libertador fue muy español. Su coraje inaudito, el brillo luminoso de sus concepciones, la tenacidad invencible de sus empresas, lo identifican de tal forma que, sin dejar de ser telúricamente americano y de experimentar profundamente en su alma la fusión o mestizaje de todas las culturas que arraigaron en América o vinieron de América, su fisonomía puede ser reconocida sin dificultad por todo el que conozca cabalmente las características de la identidad

hispánica. No es ocioso por tanto invocar nuevamente a Andrés Bello, cuya profunda sabiduría y diáfana claridad de expresión observaron en torno a la gesta de los libertadores: “El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos, y reprodujo los prodigios de Numancia y Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua en defensa de sus hogares”. Esa Iberia joven, en nadie estuvo mejor representada que en Simón Bolívar.

Amó Bolívar intensamente a España en la persona de su única esposa, el amor más tierno de su vida, aquella dulce novia madrileña llamada María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza, con quien contrajo matrimonio en Madrid, adolescente, casi niño, y cuya figura yacente, en mármol puro, esculpió con delicada forma el cincel del gran Victorio Macho para la Catedral de Caracas. El esfuerzo que hizo, después de las trágicas jornadas de la Guerra a Muerte, por restablecer los vínculos irrenunciables del afecto que lo inclinaban hacia España, no respondía a una actitud postiza, inspirada por meras motivaciones políticas, sino a una expansión de sus genuinos sentimientos. No hay por qué no abonar plena sinceridad a aquella frase dirigida a Morillo, en carta escrita después del abrazo de Santa

Ana: "El monumento consagrado a nuestra reconciliación merecía ser tallado sobre una mole de diamantes, pero está construido en nuestros corazones". Idea a la que corresponde este deseo, manifestado en correspondencia al gran patricio de nuestra Independencia, Juan Germán Roscio: "de los españoles libres debemos esperar todo, como debimos temerlo todo cuando eran serviles. Las preferencias para admitirles de ciudadanos en Colombia, manifiestan nuestra buena fe, nuestra reconciliación sincera y una generosidad que nos honra y que procurará a la República infinitos brazos útiles, hombres buenos y honrados que, hablando el mismo idioma y teniendo nuestros mismos usos, tendrán menos dificultades para establecerse entre nosotros y para amarnos" (22 de diciembre de 1820).

La guerra en verdad había sido cruenta. "Para vencer a los españoles —dijo el mismo Bolívar— es preciso ser de acero". No lo fueron en menor grado las numerosas contiendas que llenan de dolor, al mismo tiempo que de pruebas de abnegación y valentía, la historia de la gloriosa y martirizada España. Pero la pureza del ideal y la nobleza del espíritu dispuesto a la reconciliación lavan las manchas que el furor pudo crear en un momento dado sobre cualquiera de las circunstancias de la accidentada coyuntura. Puro fue el ideal de Bolívar y amplia su disposición a reconocer los méritos del adversario y a abrazarse con él; como también fue grandiosa su con-



cepción del Nuevo Mundo que se había empeñado en libertar. El tres de noviembre de 1820 dijo: "La paz es nuestro más ardiente voto". Al asegurar en Carabobo la independendencia de Venezuela, con lo que la Gran Colombia quedó consolidada (en cuya fecha Sesquicentenario, el 24 de junio de 1971, celebramos un brillante desfile en el propio campo de batalla, y los más aplaudidos fueron los cadetes españoles) escribió al General Don Miguel de la Torre, expresándole el deseo de "anticipar a este país los dulces bienes de la deseada paz". Y al Coronel español José Pereira dijo: "La guerra ha mudado de aspecto: no estamos en el caso de elegir una muerte desesperada cuando puede conservarse una vida honrosa y ahorrar sangre inocente. Yo, pues, ratifico a V. S., de nuevo, mis disposiciones para oírlo y acordarle una capitulación honorífica. Ni V. S. ni sus tropas tienen que temer deponiendo las armas. Seré liberal, y tendré particular satisfacción en manifestar a V. S. cuánto aprecio hago del mérito aunque sea mi enemigo".

¿No se captan aquí, en un grado muy alto, las emanaciones de los mejores episodios del espíritu español en medio de las más ásperas contiendas? Esa generosidad ha sido reciprocada desde España, que se siente orgullosa de Bolívar, a quien Eduardo Ortega y Gasset calificó como "el estadista más grande de América" y "de los más eminentes de la Historia Universal".

Ver a Bolívar en Sevilla, cabalgando en bronce heroico, entregado a un interminable recorrer este suelo impregnado de grandeza, bajo este tibio cielo que se abrió en un desahojarse de horizontes para que se vertiera la proeza española sobre Latinoamérica, hermana más los corazones y compromete más las voluntades. Viene a Sevilla cuando acaban de celebrarse cincuenta años de la grandiosa Exposición Iberoamericana que simbolizó la variedad y unidad de nuestros pueblos. Aquí, cerca de la Giralda y del Archivo de Indias, el más rico documental del mundo sobre los orígenes de las nuevas patrias hispanoamericanas, junto al Parque de María Luisa, inmortalizado por exquisitos versos que popularizó en todos nuestros ambientes el inimitable José González Marín, sentimos que Bolívar monta su guardia vigilante sobre los tesoros del alma española, entre los cuales el más rico y auténtico es el tesoro de la Libertad.

Desde aquí Bolívar, en bronce, oteará el paso rumoroso del prodigioso río:

“Uad-el-Kebir, del beso, del jazmín, y del nardo”, como lo cantara Ferreras,

*“Porque eres río de nuestras vidas  
y perfumas el seno más fecundo de España!”*

Está Bolívar en Sevilla y es día de fiesta en nuestras almas. Es día de fiesta, porque se realizaron los afanes que pusimos durante varios años

para que aquí llegara él, apoyados en el afán solícito del familiar Bolívar Usobiaga, que con afecto entrañable representa los intereses de Venezuela y estimulados por la fraterna acogida del Ayuntamiento Sevillano, y en especial de sus diversos Alcaldes, representados dignamente hoy por don Luis Uruñuela. Día de fiesta, porque a esta inolvidable solemnidad ha venido a darle el prestigio de su Majestad, el Rey de España, Don Juan Carlos I, quien cada día se gana mayor respeto y simpatía, no sólo del pueblo español sino de los pueblos latinoamericanos, por su decidida actitud en defensa y respaldo de la democracia; y Su Majestad la Reina, Doña Sofía, cuya asistencia a esta ceremonia es tan honrosa y grata.

Y resulta especialmente significativo y elocuente el que esta solemne inauguración se realice en la víspera de un doce de octubre, fecha inseparable de la gloria de España y del origen y destino de nuestros pueblos, consagrado por el Rey como Fiesta Nacional. El 12 de octubre ha tenido nombres diferentes. Los norteamericanos lo llaman, simplemente, "Día del Descubrimiento" por el hecho memorable de cuya realización están por cumplirse ya quinientos años o Día de Colón para recordar al Descubridor. "Día de la Raza" lo llamaron en nuestros países durante mucho tiempo. —¿Qué Raza? se preguntaron muchos. —La raza ecuménica moldeada por España en América, en cuya etnia se fundieron todos los pueblos y todas las culturas del mundo,

respondieron otros. —La raza cósmica, inspirada en muy altos valores, de la cual afirmó José de Vasconcelos: “por mi raza hablará el espíritu”. Esa raza mestiza, acerca de cuya composición dijera en un aniversario Laureano Vallenilla Lanz, el académico, que se trata de un noble mestizaje que él comparó con el “café con leche”: “unos con más café y otros con más leche”.

Día singular, el 12 de octubre, cuya proyección es tan extensa, que mis queridos indios goajiros del Golfo de Venezuela, de Sinamaica y de Ziruma, lo celebran como su propio día, sin importarles que les digan que esa fecha precisamente es la que conmemora la llegada de los europeos al suelo americano.

Día de la Virgen del Pilar, gloriosa Capitana de la lucha española por la Independencia, día cargado de simbolismo que, sin que pueda atársele a los errores que se cometieron en ese nombre, no es posible no reconocerlo como verdadero “Día de la Hispanidad”. De la Hispanidad entendida en lo que tiene de más característico, a saber el amor irrefrenable a la libertad y el odio implacable, de que hablaba Bello a toda dominación extranjera. De la Hispanidad sin restricciones, que comprende necesariamente a los pueblos de habla portuguesa, y en especial, el Brasil, cuya raíz histórica es la misma y tiene mucho en común en el modo de ser, como lo

afirmara recientemente, recogiendo la mejor tradición lusitana, Gilberto Freyre, quien en su obra "O brasileiro entre os outros hispanos" dice: "Somos un desarrollo hispánico en América". Y recuerda que lo es, precisamente, "porque ser portugués es ser hispánico, sin ser, claro está, español o castellano".

La hispanidad no puede ser afirmación de predominio. El Rey Juan Carlos tuvo un gran acierto, en su primer Mensaje de la Corona, en el acto solemne de su juramento y proclamación, cuando definió a España como "el núcleo originario de una gran familia de pueblos hermanos". Proclamar la hermandad, en efecto, no es ignorar ni desconocer la cualidad del núcleo originario, cuya maternidad dio origen (Salve, sangre de Hispania fecunda, que dijera Rubén) no sólo a las mestizas patrias trasatlánticas, sino a la nueva patria peninsular, vínculo providencial entre Europa y América, cada vez más querida, en cuanto más se desvanecen absurdos sueños de predominio y se siente más operante y cálido el propósito de cooperación en plano decoroso de igualdad.

La Hispanidad ha de ser, en efecto, una vinculación espiritual de hermanos. Hermanos iguales en rango y en derechos, libres en la orientación de su conducta, soberanos en la determinación del propio destino de cada uno. Ha de ser una expresión del común creer en valores que se ha-

llan por sobre la materia, una reafirmación del común compromiso de contribuir a la paz, a la libertad y a la solidaridad entre todas las naciones. Bolívar, libertador de pueblos, es símbolo de esa concepción de la hispanidad que, aunque es la más conforme con los fundamentos que la definieron a través de los siglos, podríamos considerarla hoy, por circunstancias de todos conocidas, como una nueva hispanidad. Por lo demás, la presencia aquí de Bolívar es compromiso de amistad solidaria entre España y Venezuela. Porque lo creo así, me llena de orgullo y de satisfacción entregar, en nombre del Gobierno de Venezuela, a la procera y noble ciudad de Sevilla, que tanto significa para nosotros, los que vivimos en el mundo de Colón, la estatua donde Simón Bolívar, como lo ha concebido el artista español Emilio Laíz Campos, cabalga con ímpetu, pero a la vez extiende hacia el pueblo andaluz sus brazos en señal de paz y de amistad fraterna, ofreciendo a los españoles esa segunda patria de que hablara en 1812. Y me llena de orgullo hacerlo, ante la presencia solemnizadora del Rey, y de muy eminentes personalidades de nuestras tierras, en la fecha de hoy, víspera del 12 de octubre, ya que Bolívar fue admirador sincero y decidido defensor de la gloria de Cristóbal Colón, cuyo nombre decidió perpetuar otorgándolo a la más grande nación que concibió su genio y delineó su espada y sobrevive hoy disuelta aquella, en una de sus partes integrantes

que antes se conoció como el Nuevo Reino de Granada.

En esta coyuntura histórica, el Libertador es mejor comprendido y más fácilmente querido por la España actual. Y la Hispanidad, considero, será mejor entendida y aceptada por todos, más decididamente enaltecida, cuando se le señala por símbolo a un creador de pueblos libres, moldeados con el barro hispánico, fundidos en el crisol de una humanidad abierta al intercambio, en todas las direcciones, hacia todas las razas y culturas.

Estimula el que todas las gentes de raíz hispánica consideren que el Día de la Hispanidad, que conmemora el momento en que se ató el lazo indisoluble que une a nuestra familia de naciones, tiene su mejor expresión en un manojo de pueblos libres, convertidos en Estados soberanos por la proeza épica de una pléyade de personalidades, entre las cuales sobresale Simón Bolívar, ¡el Libertador!





## VIII

### BOLIVAR Y EUROPA\*

Entre los numerosos homenajes que recibirá este año la figura histórica del Libertador Simón Bolívar con ocasión del Bicentenario de su nacimiento, éste es uno de los de más alta significación. Se le erigirán, es cierto, suntuosos monumentos, se realizarán ceremonias en los más calificados foros del Universo, se reunirán Jefes de Estado de diversos países, en torno a su cuna y a su tumba, se le cantarán loas en todos los idiomas y se honrará su efigie en todos los continentes; pero, sin duda, el hecho de que el Parlamento Europeo haya decidido inaugurar su figura en bronce heroico para colocarla permanen-

---

\*Discurso en la Sesión solemne de la Conferencia Interparlamentaria Comunidad Europea-América Latina en honor de Simón Bolívar. Bruselas, 14 de junio de 1983.

temente en su sede, expresa en forma elocuente la admiración de los pueblos del Viejo Mundo que sus integrantes representan y constituye la más autorizada y emotiva expresión del propósito de estrechar lazos con una América Latina plenamente soberana, libre e integrada.

Este hombre extraordinario, prototipo de fe y de constancia, es el que antes de cumplir treinta años, en una conmoción originada por un espantoso terremoto, se irguió sobre las ruinas de un templo y proclamó: “¡Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!” Es el mismo que diez años más tarde, seriamente enfermo y al borde de lo que parecía inminente derrota, al preguntársele qué pensaba hacer, respondió decidido, “¡triunfar!” Es el mismo que amaba autocalificarse como “el hombre de las dificultades”. El que escribió los documentos políticos más densos y de más amplias proyecciones que en su género conoce la literatura hispanoamericana. Y el que, después de haber asegurado la libertad de Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia, y de haber rematado la empresa de la libertad del Continente Suramericano, calumniado, execrado, incomprendido, murió perdonando a sus enemigos y dejando por mandato testamentario a sus compatriotas el de consolidar la unión.

El héroe a quien estamos honrando en esta significativa ceremonia encarna —por muchos

respectos— los mejores anhelos y las mayores virtudes de los pueblos latinoamericanos. Hijo de cultura europea y descendiente de europeos, supo identificarse totalmente con el medio telúrico y humano de América Latina, personificar su destino, plasmar sus anhelos de libertad e independencia y expresar a la perfección los ideales que a los pueblos latinoamericanos deben llevar a constituir un factor decisivo en el equilibrio del universo. Genio militar, fue también un pensador de visión penetrante y un estadista de recia contextura. Su rol histórico no fue sólo el de asegurar la Independencia de los Estados surgidos de sus hazañas militares, sino el de proyectar los parámetros fundamentales de las nuevas repúblicas para la libertad y la justicia, la paz, el orden y el progreso y el de echar bases admirables para la integración solidaria y armónica de los países de América Latina, que quería ver constituida como “una Nación de Repúblicas”.

Emprendía viaje para Europa cuando le sorprendió la muerte el 17 de diciembre de 1830. Venía acariciando tiempo atrás ese viaje, no sólo porque le permitiría liberarse de la tremenda carga que significaron veinte años de constante y denodada lucha, sino también porque intuía que el Viejo Mundo le transmitiría de nuevo, a través de sus inquietudes y a pesar de las vicisitudes de la época, el impulso surgido de aquel

conjunto de valores a los cuales había entregado su existencia.

De ese viaje a Europa, que no llegó a realizar, venía hablando mucho antes de su separación definitiva del poder, cuando tropezaba con obstáculos que parecían insalvables y sus propósitos se mostraban demasiado adelantados en el tiempo para poder realizarse a plenitud. Porque él sentía la necesidad de construir una gran nación integrada, y contra esto conspiraban arraigados sentimientos locales, que se fueron convirtiendo en pugnas enconadas y ásperas e impusieron la división por encima de la unidad. Anhelaba dar forma a los nuevos Estados a través de esquemas constitucionales audaces, que pudieran conciliar la necesidad de un poder fuerte y dinámico con la garantía absoluta de los derechos individuales y sociales; pero le presentaban resistencia los hechos mismos derivados de la guerra, entre ellos el surgimiento de una casta de libertadores, cargados de gloria pero algunos llenos también de ambiciones, que pretendían heredar las formas despóticas contra las cuales se habían rebelado. Sentía, por una parte, que los pueblos querían que gobernara él, porque le amaban y le tenían confianza, pero, por otra parte, le hería profundamente el que sus adversarios, alegando doctrinas que no habían sido contrastadas con la realidad histórica y con el tiempo en que vivían, le llamaran tirano y ambicioso y trataran de deformar la histórica proyección de

su lucha, imputándole ambiciones bastardas que jamás pudieron anidar en su espíritu.

Quería venir a Europa para poner en orden sus meditaciones, para sentir de nuevo el contacto con la siempre renovada cultura de los viejos países de donde había surgido la civilización latinoamericana. Cuando le escribe al Abate de Pradt, antiguo Arzobispo de Malinas, en 1823, le habla de la impaciencia que lo anima por hacer un viaje a Europa para ir a visitarlo. A medida que la situación se va tornando tensa y los movimientos secesionistas se muestran incontenibles, va haciéndose más persistente en él la idea de que su presencia sirve de pretexto a las acciones de los empeñados en destruir su obra. En mayo de 1830, escribe al General José Félix Blanco: "Yo continúo en mi resolución de irme a Europa, y se lo comunico a Ud. para su gobierno". Y unos meses después, al Coronel Leandro Palacios le dice desde Cartagena: "Mi más grande ansia es la de irme de este país para Europa, porque estoy muy bien convencido de que nadie puede hacer el bien contra una oposición casi general".

Otro eminente prócer iberoamericano, su hermano en lo más alto de la gloria, el Libertador José de San Martín, había concluido su parábola vital en Europa, adonde vino cuando resolvió dar por terminadas sus gloriosas actividades en el proceso de Emancipación. Tal vez en el sub-

consciente, este ejemplo lo impulsaba a cruzar el Océano. A orillas del mar terminó su vida San Martín, en Boulogne-sur-mer; a orillas del mar terminó la suya Bolívar, pero frente al Caribe, soñando con atravesar el Atlántico para viajar por cuarta vez al Continente donde había encontrado su más fiel amor, donde se había inspirado para comprometer su vida al precio de la Libertad, y donde había llevado la primera misión de la recién nacida Venezuela al Exterior.

Se disponía, pues, a hacer su cuarto viaje a Europa, al terminar su vida, de sólo 47 años de edad. La primera vez que vino estaba casi adolescente: se embarcó el 19 de enero de 1799, en una travesía que le permitió conocer La Habana, Veracruz y México y evadiendo la acción de los corsarios, arribó a Santoña el 31 de mayo de aquel mismo año. Ese fue su contacto inicial, en forma directa, con España y Francia. Conoció París y Madrid, se detuvo en Bilbao, fue educado en las avanzadas disciplinas a que sometían a los jóvenes de alta distinción, se enamoró perdidamente de una joven madrileña, de ascendencia canaria y vasca, Teresa del Toro y Alayza, con la que contrajo matrimonio y regresó a Caracas el año de 1802. El romance fue corto, porque Teresa falleció de uno de los males del trópico el 22 de enero de 1803. La muerte tronchó el idilio que, según pensaba él después, lo habría comprometido a una vida reposada y tranquila. Pero es indudable que el amor apasionado

y límpido de aquella esposa a la que nunca quiso reemplazar, dejó en su espíritu un profundo impacto del cual derivaría un sentimiento febril que desarrolló en él un movimiento incontenible por la Independencia.

Decide presto su segundo viaje, madurado por el dolor. En diciembre de 1803 está en Cádiz, pasa a París, donde saborea la vida mundana de esos tiempos, y sigue a Italia con su antiguo maestro Simón Rodríguez, en una peregrinación cuyo momento culminante es la decisión de entregar por completo su vida al combate por la libertad de su pueblo. El juramento del Monte Sacro es uno de los más hermosos episodios de su vida, tanto que algunos lo han creído fábula y tal pareciera si no estuviera corroborado por irrecusables testimonios. Cuando Napoleón, a quien admiró tanto, lejano su condición de líder revolucionario, se corona, Bolívar se eleva en la reminiscencia de los hechos históricos, e inspirado por un aliento sobrehumano, jura en el Monte Sacro (a sus pies la ciudad de Roma) el no dar descanso a su brazo ni paz a su espíritu hasta no consumir la obra de la Emancipación. Pasa en Europa tres años y medio, durante los cuales la raíz europea de su espíritu, profundizada y renovada, fue alimentada con las nuevas ideas, con los nuevos impulsos, con las nuevas esperanzas de la humanidad. En este viaje se encontró con Humboldt, a quien escribiría desde Bogotá, cuando ya había comenzado a remontar

la senda de la gloria; "Así, estimable amigo, reciba usted los cordiales testimonios de quien ha tenido el honor de respetar su nombre antes de conocerlo y de amarlo cuando lo vio en París y en Roma". Regresa por la ciudad hanseática de Hamburgo y toca en los Estados Unidos, con lo que completaba la visión del universo en el que iba a tener que moverse su acción de Libertador y de estadista.

El tercer viaje, de junio a diciembre de 1810, lo hace como jefe de la primera misión diplomática enviada por Suramérica a la Corte de St. James para gestionar comprensión y apoyo a la causa patriota. Estos meses de Londres tienen que haber sido muy provechosos para el conocimiento directo de los intrincados caminos de la diplomacia y para la forja de una perspectiva que se ensancha a la distancia. El contacto en Londres con Miranda le sirvió, seguramente, para extender la mirada sobre un horizonte que no se limitaba a Venezuela, sino que aspiraba a comprender la integridad del Nuevo Mundo de raíz ibera, y para medir más hondamente el fenómeno de la interdependencia necesaria, lo que haría actuar en forma decidida para que su acción libertadora alcanzara la dilatada extensión de nuestros pueblos; porque entendió perfectamente que la libertad de cada una de las nuevas patrias estaría expuesta a naufragar mientras no se afirmara en el contexto de una América Libre. Cada uno de los hasta entonces conocidos lugares



donde libra sus mayores batallas se convierte en símbolo de la liberación de un pueblo, y todos juntos, en símbolo de la liberación de Iberoamérica. El supo calibrar esta verdad y por eso, al vencer en Boyacá y controlar el antiguo virreinato de la Nueva Granada, hoy República de Colombia, siguió librando infatigable lucha hasta rematar en Carabobo la independencia de Venezuela. Lejos de disfrutar de reposo por la celebración de sus victorias, continuó hacia el Sur y superando momentos en que parecía que todo estaba contra él, logró asegurar la libertad del Ecuador y del Perú, en Pichincha y Junín, y, a través del más ilustre y el más leal de sus colaboradores, Antonio José de Sucre, consolidar en la Batalla de Ayacucho la libertad del Continente y abrir paso a la creación de una nueva República que lleva su nombre, la República de Bolivia.

No pudo realizar el cuarto viaje, para el cual había acariciado tantas ilusiones; pero le tocó hacerlo de manera más definitiva y excelsa encarnado en mármol y en bronce. Ya en 1840, cuando el célebre artista francés David d'Angers esculpe un monumento levantado en Strasbourg a Gutenberg, para honrar al inventor de la imprenta, cincela para el pedestal cuatro bajo-relieves que representan las partes del mundo, y pone en el que corresponde a América la figura de Bolívar sobre cuyo perfil venía trabajando en diversos estudios escultóricos. Viene después Bolívar cabalgando sobre brioso caballo a la Roma de su juramento

donde el gran artista Pietro Canonica interpreta a la maravilla el modelo de la cabalgadura que debió servirle para moverse en el ambiente tropical. Entra en París en estatua ecuestre debida a Fremiet; llega a Madrid, montado sobre una estupenda jaca de esas que llenan de colorido y de alegría las célebres fiestas sevillanas, interpretada por el artista español Emilio Laíz Campos, y afirma en Londres su presencia, de pie, con uniforme militar mas sin espada; pronunciando aquel incomparable documento político que fue el *Discurso de Angostura*. Ha vuelto, pues Bolívar a Europa por variados caminos: está en Sevilla y en Cádiz, en La Coruña, en Garachico y en Las Palmas, en Lisboa y en Hamburgo, Berlín y otras ciudades.

Pero su presencia aquí tiene una característica especial: en el momento en que se congregan en Bruselas el Parlamento Latinoamericano y el Parlamento Europeo, éste, con ocasión del Bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, decide traer la escultura del héroe y acordar que esté siempre presente en su sede, como símbolo, un nuevo símbolo, del entendimiento que ambos continentes tienen el deber de buscar, de la comprensión que tienen el deber de adelantar, de la cooperación que el destino de la humanidad les reclama para realizar un nuevo orden mundial inspirado en la justicia social y enriquecido por los valores del espíritu.

A Bolívar le tocó librar dura lucha contra un imperio colonial que para los suramericanos representaba el poder europeo. Le tocó llamar a alerta frente a la Santa Alianza, que no sólo aspiraba a renovar el sistema del antiguo régimen sino que pretendía reponerlo más allá del Atlántico. Por eso incurre en amargos desahogos en relación a Europa, pero busca dentro de ella el apoyo de los países que siguen una concepción liberal y que, ya sea por idealismo o por sentido práctico de sus verdaderos intereses, se muestran dispuestos a apoyar y a respaldar el proceso de creación de las nuevas naciones en el Continente Americano. En un momento dado, cuando se siente profundamente adolorido por una guerra absurda entre dos países hermanos, escribe: “Esta maldita guerra nos ha desacreditado mucho en Europa, porque allá no nos consideran como naciones, sino como países de producción y de consumo”. Y en el fondo de esta imprecación parece resonar, junto a la dolorosa queja, el nobilísimo propósito que trasmite a Sucre desde Lima el 20 de enero de 1825, pocos días después de la victoria decisiva de Ayacucho: “Mostremos a la Europa que hay hombres en América capaces de competir en gloria con los héroes del mundo antiguo”. Y añade: “No debemos dejar nada por hacer mientras que podamos noble y justamente”.

Ese mensaje está vigente. Está presente en este instante en que el Parlamento Europeo y

el Parlamento Latinoamericano se juntan para buscar nuevos caminos de comprensión y de cooperación, después de un infortunado episodio que hace apenas un año perjudicó el estado de ánimo que de un lado y de otro deberían existir siempre para el servicio de la humanidad. Porque un entendimiento leal y sincero entre la Europa y la América Latina debe constituir el mejor instrumento para impedir que las controversias entre las mayores potencias de Oriente y Occidente pudieran degenerar en crisis insalvable, con daños infinitos para todos. Pero también es necesario el que ese entendimiento abra caminos a la solución constructiva del diálogo planteado en otra dirección, entre el Norte y el Sur, entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo, ya que, siendo comunes las concepciones filosóficas y los valores que orientan la acción de toda índole entre los pueblos de uno y otro continente, debería ser una y la misma; la intención de encontrar caminos para que un nuevo orden internacional, basado en la solidaridad y la justicia social, se oriente a la consecución del Bien Común universal.

La situación actual del mundo no es precisamente la mejor. Calificados observadores se encuentran en los indicadores económicos no pocas semejanzas con las de la gran depresión de hace medio siglo, que conmovió a los pueblos, sacudió regímenes políticos y condujo a la terrible hecatombe de la Segunda Guerra Mundial.

Quizás estaríamos viendo en el mundo desarrollado el espectáculo de trabajadores de cuello blanco vendiendo manzanas por las calles o de muchedumbres airadas manifestando contra todo el orden establecido, movidas por la desesperación y dispuestas a servir de pedestal a caudillos totalitarios, si no fuera porque la misma experiencia anterior abrió los caminos de la Seguridad Social y los trabajadores cesantes, que alcanzan cifras no previstas en países cuya industria hace poco estaba imponiendo pleno empleo, tengan garantizada una subsistencia decorosa. Pero la propia situación internacional ha demostrado de manera fehaciente que los países más ricos no pueden asegurar el disfrute de su riqueza si la situación económica se deteriora en los demás países de la tierra. Mientras el Tercer Mundo está agobiado por el peso insoportable del servicio de la deuda externa, los grandes productores de máquinas y de artículos manufacturados tendrán cada día menos compradores para ellos. Es tiempo de recordar aquel postulado de la declaración de Filadelfia de 1944, de la Conferencia Internacional del Trabajo, de que la pobreza en cualquier lugar constituye un peligro para la prosperidad de todos. Es indispensable recordar que el gran desarrollo industrial de los países más avanzados requiere mercados cada vez mayores y que estos mercados se cierran cuando las perturbaciones económicas van creando situaciones insolubles en los países consumidores. El mo-

mento nos demanda un gran esfuerzo, a través del verdadero diálogo, el diálogo abierto y sincero, el diálogo esforzado y leal. Yo quiero creer que el homenaje que se le rinde hoy aquí al Libertador Simón Bolívar, cuando se está conmemorando el Bicentenario de su nacimiento, entraña el deseo sincero de dialogar con claridad con sus compatriotas de América, de buscar soluciones, de buscar efectivamente los caminos que puedan llevar a resolver problemas, a enrumbar las relaciones internacionales en forma activa y solidaria para que se constituya de verdad una auténtica comunidad internacional.

Repitamos con nuestro Libertador: "No debemos dejar nada por hacer mientras que podamos noble y justamente". Estas palabras transmiten un mensaje que interpreta su presencia inmortal en el mármol que de manera tan solemne y en momento tan trascendental inauguramos. En nombre de los pueblos de América Latina, agradezco altamente al Parlamento Europeo el haber tomado esta determinación de rendir esta honra tan singular y comprometedora al Libertador Simón Bolívar; y de manera especial quiero manifestar mi reconocimiento a los europeos que, encabezados por el Diputado Hans August Lückner, se entusiasmaron con la idea que a éste propuse hace algún tiempo, de aprovechar la oportunidad del segundo centenario del nacimiento de Bolívar, para colocar ante la veneración de los pueblos de la Comunidad Europea,

su imagen, como un testimonio de amistad y solidaridad.

Hoy más que nunca, la Europa y América Latina deben sentir el llamado de la Providencia que las obliga a entenderse y a andar juntas. En Belgrado está reunida la VI Conferencia de la UNCTAD. Hay motivos para reclamar que el diálogo Norte-Sur conduzca esta vez a soluciones prácticas y audaces, que eviten una bancarrota universal y descarten el peligro de una quiebra del sistema financiero internacional. Hoy más que nunca, la Europa está obligada a dar ejemplo de amplitud, de respeto por los justos derechos y legítimas ambiciones de los pueblos, de reconocimiento a las soberanías, que constituyen la base de la organización universal, y de disposición a renunciar a injustos privilegios y reajustar las ventajas de que goza, en aras de una mayor comprensión, de una más sincera amistad, y de la construcción de una paz más legítima, más estable y más permanente. El que la situación sea lo contrario de la opulencia no justifica aplazar los cambios, sino los reclama con mayor urgencia. Abrigo la firme esperanza de que la presencia heroica de Simón Bolívar constituirá un poderoso estímulo para que estos ideales se realicen. Así y sólo así estaría cumplido, a través del tiempo, el más hermoso y el más trascendente de sus sueños.





## IX

### BOLIVAR EN LA ESPAÑA DE LAS AUTONOMIAS\*

No estamos hoy exactamente en la Casa de Bello. Esta tarde, este local sirve de sede al Instituto de Cooperación Iberoamericana. Por supuesto, como Bello es alguien tan consustancializado con la integración latinoamericana, a fuer de la defensa del lenguaje, su Casa es hogar apropiado para la afirmación de los altos valores de los pueblos hispánicos, que a un lado y otro del Océano viven con dignidad —y si se quiere, con orgullo y hasta con arrogancia— el destino de lucha que les señaló la Providencia.

Esta tarde, aquí nos encontramos para cumplir una nueva jornada, por amable imposición

---

\*En el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Caracas, 30 de julio de 1985.

de amigos venezolanos y españoles empeñados en recoger el mensaje de un nuevo entendimiento, de una nueva compenetración, de una nueva forma de solidaridad.

En la comunidad iberoamericana de hoy —hispanoamericana podría decirse sin excluir a Portugal y al Brasil, puesto que sus más autorizados testimonios confirman el carácter hispánico de los lusitanos— se siente la necesidad de imprimirle un nuevo sentido, darle un nuevo aliento, marcarle un objetivo nuevo, a los esfuerzos de intercambio: novedad que no improvisa, novedad que no falsifica, novedad que se afinsa en la honda raíz de los pueblos ibéricos, nutrida con la savia fecunda de la libertad.

Hace casi tres años tuve el inolvidable privilegio de pronunciar, a la vela de un 12 de octubre, en esa ciudad de Sevilla que tanto representa en la formación de nuestra América mestiza, un discurso para entregar la estatua de Simón Bolívar. En presencia de los Reyes de España, me atreví a lanzar una idea en torno de la cual siguen girando muchas de mis frecuentes reflexiones: Bolívar es el símbolo de una nueva hispanidad. He dicho “me atreví”, porque tal vez resultaba osado en la oportunidad, menos el concepto que el vocablo, usado antes como bandera de contradicciones, como vestimenta de autocracias y hasta como señuelo de absurdas pretensiones imperiales. Pero lo cierto es que

para mí —como para cualquiera que busque desentrañar sin prejuicios la esencia de lo que debería envolver esa palabra— hispanidad no puede ser etiqueta de tiranías ni de ambiciones de predominio, sino afirmación del espíritu hispánico, que reside en la valoración prioritaria de la persona humana, en la proclamación de hombres y pueblos libres, insuperablemente expresada por los maestros del Siglo de Oro. Es —como recordaba Unamuno— “lo que el padre Alonso Rodríguez llamó ‘hambre de eternidad’, hambre de eternidad y de infinitud”, ya que, según también apuntaba el Rector salmantino, “las facultades humanas no se llenan menos que con el infinito”, “como decía San Juan de la Cruz”.

Era difícil entender a Bolívar en España en la época del absolutismo. Se comprende que en las etapas del centralismo agobiador y absorbente, que por cierto corresponden también a los tiempos de la decadencia, se le considerara un traidor, un enemigo de aquella regla de hierro a través de la cual se pretendió infructuosamente nivelar, oprimir y homogeneizar, lo que en el fondo significaba aniquilar la espléndida riqueza de una humana multiplicidad que Dios le dio para que en su armonía se reflejara lo que debe ser la humanidad. Podríamos decir, aplicando la tesis de un viejo sociólogo francés, que no podían aceptar a Bolívar quienes pretendieron aplicar por la fuerza una inoperante solidaridad *me-*

*cánica*, en vez de buscar por el concurso de las voluntades una eficaz solidaridad *orgánica*.

Hoy el panorama se ha aclarado de manera total. Y el año de 1983, en que se cumplieron dos siglos del nacimiento de Simón Bolívar, ocurrieron dos hechos de esos que marcan hitos y a los que si los tiempos presentes les reconocen su altísima significación, será mayor aún la que les atribuyan los tiempos futuros.

El 24 de julio, ante el sepulcro del Libertador, el Rey de España le rindió homenaje y pronunció una hermosa y sentida oración. El chozno de Fernando Séptimo cerró así un ciclo, reanudando definitivamente el hilo de una fraternidad indestructible; era un Rey español, por más señas Borbón y Borbón, el que borraba hidalgamente las manchas señaladas a sus reales antepasados en el análisis de los acontecimientos ocurridos a uno y otro lado del mar.

El otro hecho fue otorgársele al mismo Rey el Premio "Simón Bolívar", patrocinado moralmente por la UNESCO a nombre de la cultura universal. Le fue conferido por primera vez, conjuntamente con un perseguido por la defensa de los derechos humanos en el continente africano. Se galardonó con justicia al joven Rey, que ha sabido interpretar los anhelos de la nueva España con naturalidad exenta de artificios, dando rienda suelta al sentir más auténtico de un es-

píritu fraterno que hoy entiende mejor a Bolívar; porque la epopeya bolivariana para liberar pueblos de América Latina es de la misma índole y tiene igual raíz que el sentimiento autonomista que la nueva Constitución española reconoce en las naciones que integran mancomunadamente la unidad política, al mismo tiempo cultural y humana, que constituye el Estado español.

Mucha agua ha tenido que pasar debajo de los puentes para llegar a este emotivo desenlace. En los propios días de la Guerra, cuando Bolívar, después de Boyacá, puso pie firme en la sede vi-reinal de Bogotá y fue tratado por primera vez de quien a quien por personeros de España como el General Pablo Morillo, le escribió al retatarabuelo de Juan Carlos, el propio Fernando que una vez fue llamado "el deseado" pero que murió siendo para los hispanoamericanos símbolo de todas las negaciones, una carta que revelaba a un tiempo la inteligencia y la visión, la superioridad y la prestancia del Libertador. Tiene fecha 24 de enero de 1821 y al leerla se admira uno de hasta dónde estuvo dispuesto a llegar en generosidad, como buen español, el Padre de la Patria, y siente lástima de que de la otra parte no hubiera habido ojos para ver, oídos para oír, sensibilidad para mover y visión para entender lo que significaba el camino que quiso abrir nuestro conductor. Se consuela uno con el pensamiento de que esa cerrada obstinación fue motivo para que la gloria de Bolívar se expandie-

ra hasta los más amplios horizontes, ya que, frente a la incomprensión, su genio militar y político plasmó los brillantes episodios de Carabobo, Bomboná, Junín y Ayacucho, y su figura pudo llegar hasta los entonces remotos confines del Alto Perú.

Invitó Bolívar en su carta al Rey “descado”, que había jurado el 9 de marzo de 1820 la Constitución liberal de Cádiz de 1812, a representar “el imperio más libre y grande del primer continente del Universo” y empuñar “el cetro de la justicia para los españoles y el iris de la paz para los americanos”, lo que lo colocaría “en el vuelco de todos los corazones” y lo haría entrar “en el sagrario de la inmortalidad”.

“Paz, señor, pronunciaron los labios de V. M.; paz repetimos con encanto, y paz será, porque es la voluntad de V. M. y la nuestra.

“Ha querido V. M. oír de nosotros la verdad, conocer nuestra razón, y sin duda concedernos la justicia. Si V. M. se muestra tan grande, como es sublime el gobierno que rige, Colombia entrará en el orden natural del mundo político. Ayude V. M. el nuevo curso de las cosas, y se hallará al fin sobre una inmensa cima, dominando todas las prosperidades.

“La existencia de Colombia es necesaria, señor, al reposo de V. M. y a la dicha de los colombianos. Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, pero no abrumada de cadenas. Vendrán los espa-

ñoles a recoger los dulces atributos de la virtud, del saber, de la industria: no vendrán a arrancar los de la fuerza”.

Pero habría que exclamar con la rima de Bécquer, el inspirado romántico andaluz:

*acostumbrados,  
uno a arrollar, el otro a no ceder:  
la senda estrecha, inevitable el choque:  
¡no pudo ser!*

La verdad es que pudo haber sido. Sí pudo ser, si la historia aceptara otras hipótesis; pero la realidad fue ciega. El camino fue duro; y años tuvieron que pasar para que un pariente de Bolívar por la rama canaria, el siempre admirable Fermín Toro, en el reinado de la hija de Fernando VII pudiera crear la atmósfera de una relación amistosa entre los dos países, confirmada en el baile que la Reina le concedió al indiano en el Palacio Real.

Era, sin duda, muy difícil que los españoles de la etapa de las guerras civiles y de los conflictos internos, del trauma de la sucesión y del problema mismo del régimen, o entre abdicaciones y restauraciones, amenizados por el trepidar de los sentimientos regionales, pudieran sentir a Bolívar como propio. Los generales liberales que sustentaron los gobiernos habían combatido la independencia en América o habían luchado en la Península en la guerra civil, o se empeñaban

en el Africa en recuperar las galas del Imperio. Su formación fue rígida. Los españoles del siglo XIX se aferraron a mantener a Cuba y Puerto Rico como posesiones coloniales, sin advertir la marcha inexorable de los sucesos, que habrían podido tener una derivación distinta si se les hubiese conducido con inteligencia. Baste recordar que en 1896, ejecutaron en Manila al gran patriota filipino José Rizal por el delito de aspirar a la independencia de su patria. ¡72 años después de Ayacucho, todavía aplicaban la pena de muerte a quienes luchaban por una causa tan genuinamente hispánica como es la causa de la libertad!

Hubo después, es cierto, alguna comprensión creciente para lo que significó Bolívar. Esa comprensión, por supuesto, fue mayor en quienes habían consagrado sus vidas al ideal de libertad y en quienes, por su propio origen, tenían afinado en lo hondo el sentimiento de la región nativa, sin renunciar ni obscurecer lo que significa en la más alta dimensión histórica el ser español. Don Miguel de Unamuno es, por ello, uno de los más elocuentes voceros del reconocimiento a Bolívar. “Era un hombre —dijo— todo un hombre, un hombre entero y verdadero, que vale más que ser superhombre, que ser semidiós —todo lo semi o a medias es malo y ser semidiós equivale a ser semihombre—; era un hombre este maestro en el arte de la guerra, en el de crear patrias; y en el hablar al corazón de sus



hermanos, que no catedrático de la ciencia de la milicia, ni de la ciencia política, ni de la literatura. Era un hombre; era el Hombre encarnado. Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal y de la Humanidad con ella”.

El siglo xx español, en la actitud frente a Bolívar, fue diferente al siglo xix. Las heridas estaban cicatrizando; las circunstancias habían cambiado. España estaba comenzando a ver a las nuevas patrias latinoamericanas, sus antiguas colonias, no como un miembro amputado de su majestuoso cuerpo, sino como una realización ultramarina de su identidad nacional. La Guerra de Cuba produjo un impacto decisivo en la situación continental y mundial. El Rey Alfonso XIII, abuelo del actual monarca, dio curso al acercamiento hispano-americano, del cual quedó un testimonio muy lindo en las construcciones que conserva Sevilla de la Exposición Iberoamericana de 1929. La República Española fue más allá en esta dirección. Y, por supuesto, como Bolívar era, como lo será siempre, el símbolo mejor de nuestros pueblos, los que, como dijo Rodó, a través de los siglos encontrarán “que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar”, se fue modificando hacia Bolívar el sentir común.

En medio de esta positiva corriente, era forzoso que la nostalgia de los días en que en España

“no se ponía al sol”, retoñara en sentimientos negativos. El mismo Unamuno cuenta, por ejemplo, este incidente: “Una vez oí a un español culpar a los cubanos de ingratos por haberse separado políticamente de España, añadiendo: ‘¡Después que descubrimos, conquistamos y poblamos aquello . . .!’ ‘¿Nosotros? —le contesté; ¡Será usted, que yo por lo menos no! No recuerdo haberlos descubierto, conquistado ni poblado’. ‘Nosotros precisamente no —me replicó— pero nuestros padres’. ‘Los de ellos más bien’ —le retruqué”.

Hay que reconocer, sin embargo, que el proceso de revaluación continuó por encima de las negatividades; y ese proceso se reflejó en el tratado a la figura de Bolívar. El homenaje estatuario a su figura ha evidenciado esta actitud. En 1925, Alfonso XIII ordenó colocar la primera piedra en Madrid de un monumento al Libertador. En 1927 se levantó en la Puebla de Bolívar el primer monumento en la Península, obra de Pedro de Ispizúa e iniciativa de Vicente Lecuna y Andrés Ponte. El Gobierno franquista, pese a todo, inauguró la estatua del Parque del Oeste, y aunque no faltaron imbéciles que la irrespetaron con letreros, allí está, erguido en su corcel de bronce, saludando la Villa de su María Teresa. Excelentes discursos pronunciaron en presencia del Jefe de Estado, en nivel de impecable altura conceptual, el Ministro venezolano Aristides Calvani y el Ministro español, falle-

cido hace poco en accidente aéreo, Gregorio López-Bravo.

Después, naturalmente, ha sido esto más fácil. Se repuso en 1973 un busto en Valencia, que se había colocado pero había desaparecido; un grupo escultórico de Juan Jaén, en Garachico, Tenerife, Islas Canarias; estatua en Cádiz, del escultor Emilio Laíz Campos, autor de la de Madrid. Se inauguró en 1981 la estatua de Sevilla, también de Laíz Campos, en la que Bolívar abre los brazos en señal de hermandad a los españoles que por allí salieron a poblar y organizar el Nuevo Mundo; hay monumentos en La Coruña, en lugar que fuera de sus antepasados; en Las Palmas de la Gran Canaria; bustos en Lugo y Zaragoza, y tal vez otros más.

Pero el reconocimiento más valioso, más que el bronce y la piedra, es la penetración de su figura, cada vez con mayor profundidad, en el espíritu de los españoles. Este hecho, a mi modo de ver, corre parejas con la aceptación del régimen de las autonomías que la nueva España democrática ha consagrado en su Constitución.

El principio autonómico está definido por la Carta fundamental en términos que concilian “el derecho a la autonomía de las nacionalidades y regiones” con la afirmación de la “solidaridad entre todas ellas” y la “indisoluble unidad de la nación española, patria común e indivisible de todos los españoles”. El derecho a la autonomía

dimana de “características históricas, culturales y económicas comunes”, según el propio texto, que se expresan, inicialmente, en la posesión de una lengua propia y a través del tiempo, en la fijación de una clara identidad.

Ya la Constitución de la República Española de 1931 reconoció el derecho de “una o varias provincias limítrofes, con características históricas, culturales y económicas comunes”, de “organizarse en región autónoma para formar un núcleo político-administrativo, dentro del Estado español”, conforme al respectivo Estatuto, que sería aprobado por las Cortes. Establecía el castellano como idioma oficial, con “obligación para todo español de saberlo y derecho de usarlo, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconozcan a las lenguas de las provincias o regiones”. Declaraba que “salvo lo que se disponga en leyes especiales, a nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional”, pero estatúa en materia educativa lo siguiente: “Las regiones autónomas podrán organizar la enseñanza en sus lenguas respectivas, de acuerdo con las facultades que se concedan en sus Estatutos. Es obligatorio el estudio de la lengua castellana, y ésta se usará también como instrumento de enseñanza en todos los Centros de instrucción primaria y secundaria de las regiones autónomas. El Estado podrá mantener o crear en ellas instituciones docentes de todos los grados en el idioma oficial de la República”.

La Constitución vigente desarrolla en forma aún más amplia esta orientación de la diversidad en la unidad, o, si se prefiere, de la unidad en la diversidad. “El castellano —dice— es la lengua española oficial del Estado. Todos los españoles tienen el deber de conocerla y el derecho a usarla. Las demás lenguas españolas serán también oficiales en las respectivas comunidades autónomas de acuerdo con sus Estatutos. La riqueza de las distintas modalidades lingüísticas de España es un patrimonio cultural que será objeto de especial respeto y protección”.

No se puede negar que la conversión de los textos constitucionales en realidad vivida y concertada no ha sido fácil ni lo es todavía. Dentro de la República española se sancionaron el Estatuto de Cataluña el 15 de septiembre de 1932, y el Estatuto del País Vasco, ya en plena guerra civil, el 6 de octubre de 1936. En el actual régimen democrático han ido surgiendo los diversos estatutos regionales: Cataluña, Euzkadi, Galicia, Canarias, pero también Valencia, Andalucía y otras regiones más se han organizado como comunidades autónomas, extendiéndose, lo que parece tal vez extraño, hasta Extremadura y la propia Castilla, cuyo solo nombre fue siempre el símbolo de la unidad férrea y del poder central.

Las dificultades han surgido, no tanto para redactar cada estatuto, como para su aplicación, sobre todo en el aspecto de las transferencias.

Perdóneseme la libertad, a este respecto, de relatar una anécdota personal que considero muy reveladora. Hace poco tiempo, en Madrid, siendo Presidente del Gobierno Adolfo Suárez, fui invitado a almorzar en la Moncloa. Hablamos con la libertad acostumbrada entre españoles del Viejo y Nuevo Mundo, sobre los problemas de nuestros países y de la humanidad en general. El Presidente Suárez, dentro del tema de las autonomías, en determinado momento me dijo: —Yo sé que usted es buen amigo de los vascos. Quisiera pedirle les dijera que yo no deseo otra cosa que el cumplimiento fiel del Estatuto. Respondí, de inmediato: —Presidente: es muy casual lo que voy a decirle; pero ayer mismo estuve reunido con Senadores y Diputados vascos y me pidieron, si tenía la oportunidad de hablar con usted, le manifestara que ellos sólo querían el cumplimiento fiel del Estatuto! (La cuestión estaba en armonizar la interpretación que una y otra parte le daban).

Eran días de tensión entre el Gobierno central y los vascos. Estos habían decidido por entonces abstenerse de asistir a las Cortes y sólo como una deferencia especial habían concurrido a un agasajo que me ofreció la Directiva del Congreso. El problema de las transferencias se hacía en su tratamiento cada vez más tirante, y cada una de las partes estaba convencida de que su posición era exactamente, ni más ni menos, la que el Estatuto preveía.

El funcionamiento de las comunidades autónomas ha causado muchos dolores de cabeza. Resuelto elegantemente el asunto en la Constitución, el funcionamiento del complejo aparato oficial ha dado lugar a no pocas disquisiciones y polémicas y hasta, quizás, a arrepentimientos. Una distinguida personalidad me dijo que la Academia tendría que resolver una cuestión semántica: lo que debe entenderse por “nacionalidades” y “regiones”. A amigos míos muy estimados me he atrevido a invocarles el refranero popular muy nuestro, según el cual es necedad matar al tigre y después tenerle miedo al cuero. La norma constitucional acertó: discutir es ocioso; lo procedente es encauzarla positivamente.

Es cierto que quizás no se esperaba el que después de Euzkadi, Cataluña, Galicia y el Archipiélago Canario, la profusión de las autonomías se hiciera extender tan de prisa. Es cierto que la multiplicidad de competencias en el aparato burocrático (Estado, Regiones, Provincias, Municipios) ha producido una fronda costosa, hipertrofia del mismo. Es cierto que en cada comunidad autónoma ha habido sentimientos independentistas más o menos vigorosos que no están satisfechos y demandan una solución más radical. Es cierto que en algunos casos, los grupos extremistas han abrazado el camino de la violencia terrorista, lo que provoca reacciones diametralmente opuestas en algunos y motiva posiciones incómodas en otros, porque se les pretende

imputar su condenación a la violencia como infidelidad al sentimiento del pueblo respectivo, y en Madrid se les acusa de debilidad frente al crimen político.

Pero, en general, las mayorías han mostrado claramente su percepción de que el sentimiento nacional de la respectiva comunidad autónoma no envuelve desconocimiento del común denominador español, que pudiera muy bien arroparse —como lo expresé antes— con una versión renovada y auténtica de una verdadera hispanidad.

Cuando tuve el inmenso honor de recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Deusto, en Bilbao, recordé mis maestros jesuitas que en el Colegio San Ignacio del tiempo de mi infancia y de mi adolescencia supieron inculcar en mi espíritu un gran afecto admirativo por el pueblo vasco, por sus convicciones, por sus ejecutorias y por su innegable contribución a la historia. Pero rememoré también que entre ellos un vasco, orgulloso de serlo, el Padre José de Errasti, puso el mayor empeño en hacerme penetrar los secretos de la lengua española; y otro vasco de aquellos, el Padre Luis María Arrizabalaga, me llevó de la mano a través de la historia de España, para hacérmela conocer y amar. Podría haber añadido que, en los días de la República Española, convulsionada y predestinada a la tragedia, vascos como Víctor Iriarte en Venezuela y como Joaquín Azpiazu, a través de sus



libros, desde Madrid, me ayudaron a entender la inmensidad y complejidad del drama; y más tarde, otros vascos, entre los cuales no quiero dejar de mencionar a Manuel Aguirre Elorriaga, me aportaron valiosos elementos de juicio para captar la inmensidad del proceso que está viviendo el mundo y que trepida en los países de habla castellana en este portentoso y traumático siglo xx.

Las autonomías no son algo artificial. Responden a una realidad fortalecida por los siglos. Así como la unidad española tampoco fue obra del azar, ni circunstancia fortuita de la alianza matrimonial entre los monarcas de diversos reinos. Fue una imposición de la geografía, un efecto causado por la historia, una demanda de la defensa de ideales comunes.

El régimen de las autonomías, a pesar de todo, funciona. El sentimiento autonómico es de lo más auténtico del modo de ser español. El sistema funciona con sorprendente moderación en Cataluña, sorprendente para quienes esperaban un radicalismo catalán como anuncio de insalvables contiendas. Funciona en Euzkadi, a pesar de los estallidos periódicos de ciegos empeños que arrebatan vidas pero no logran trastornar las mentes. Funciona en Galicia, donde, después de rendirse testimonio de españolidad ante el Sepulcro del Apóstol Santiago, vuela como un susurro en las fiestas de Compostela la dulce len-

gua con que supo labrar sus versos imperecederos la gran poetisa gallega Rosalía de Castro. Funciona en el Archipiélago Canario, con sus siete islas, tan cercanas geográficamente al continente africano, tan unidas espiritualmente a Venezuela y al resto del continente latinoamericano.

Tengo la satisfacción de poseer los cuatro hermosos tomos que recogen los trabajos parlamentarios para elaborar la Carta, y en ellos va el texto definitivo de la Constitución, en castellano, en balear, en catalán, en gallego, en valenciano y en vascuence. No podía haber mejor testimonio de esa "riqueza de las distintas modalidades lingüísticas de España" como un "patrimonio cultural", de que habla el artículo 3 de la misma Carta.

En el momento de promulgarla, el 27 de diciembre de 1978, el Rey Juan Carlos dijo:

"Los pueblos de España tienen planteadas grandes demandas en el orden del reconocimiento de sus propias peculiaridades, del trabajo, de la vida familiar, de la cultura y la igualdad efectiva de las oportunidades en el ejercicio cotidiano de la libertad. A todo ello hemos de consagrar nuestros esfuerzos en el tiempo que se avecina".

Esto es lo que Bolívar quería para su América, para nuestra América. Lógicamente, ya nuestros países no podían conformarse con el ofrecimiento de sus autonomías. La distancia mar-

cada por el Océano Atlántico, la separación definida por la historia, el surgimiento de una nueva raza, dentro del ecumenismo de la raza hispánica, determinaban irreversiblemente la independencia, y nada menos que la independencia, por la cual luchó; como —según su frase— lucharon los catalanes y demás españoles “en la guerra contra Napoleón, defendiendo la independencia nacional”. Pero, por encima de las diferencias locales, esa “nación de repúblicas” que Bolívar señalaba en su luminosa carta a O’Higgins, era y seguirá siendo una parte del mundo español, que no iba a renunciar a lo suyo, sino a enriquecer y fortalecer la presencia hispánica en el mundo.

Estoy convencido de que la España de las autonomías, hoy, entiende a Bolívar como jamás pudo entenderlo la España del centralismo absorbente y del absolutismo negador de la libertad.

España ha sido comparada con un árbol robusto y añoso, nutrido con raíces que abarcan un estupendo conjunto de variadas etnias y culturas. Ese conjunto encontró su definitivo crisol a través de la empresa del Descubrimiento y la Conquista. Sería ignorar el destino de la humanidad intentar desmerecer la hazaña de Colón, a quien Bolívar quiso perpetuar en la toponimia de la libertad, dando su nombre a la más grande y genial de sus creaciones, la República de Colombia, que comprendía a la Nueva Granada y Venezuela y, después, también, al Reino de

Quito, la primera de las cuales conserva con orgullo la denominación. Si Bolívar viviera, el Medio Milenio del Descubrimiento no sería sólo una fiesta de Cristóbal Colón: sería una fiesta suya. En cuanto a la Conquista, fue una empresa de españoles de todos los orígenes y de todas las antiguas nacionalidades. Su sangre la fundieron y le dieron por denominador común el idioma, cuya defensa como factor de integración hizo con mano maestra nuestro compatriota Andrés Bello.

Tuvo razón el Padre de la Patria cuando en la *Carta de Jamaica* dijo: "Nosotros somos un pequeño género humano". Pero ese pequeño género humano, destinado por la misma razón de su ecumenicidad (la "raza cósmica" de Vasconcelos) a servir a la aspiración de una humanidad integrada y solidaria, llevaba como norte de su acción el tesoro de una cultura que dejó mensaje para todos los tiempos en el portento cultural del Siglo de Oro. Francisco de Vitoria, el alavés, desde la Universidad de Salamanca fue el defensor de los derechos de los indios y el precursor del ordenamiento jurídico internacional. A siglos y leguas de distancia. Bolívar, en cuya sangre se mezclaron las nacionalidades españolas que hoy reclaman y defienden sus autonomías, fue el personero de las razas oprimidas y el campeón de su libertad. Aunque no haya tenido en sus ancestros cromosomas amerindios o africanos —que algunos han pretendido imputarle como

culpa y que él habría deseado bien tener para redondear la titularidad de sus hazañas— fue, como me he atrevido a afirmarlo alguna vez, un producto del mestizaje cultural que vino a completar la participación de los pueblos ibéricos en el concierto universal.

En la personalidad de Bolívar se fundieron el vasco y el castellano; sus genealogistas han fijado antepasados suyos en Galicia y en Santander; lo andaluz lo representaron, entre otros, un abuelo, Marín de Narváez, natural de Granada, y una abuela, Juana Villela, de Palos de Moguer; y los Toro de Teror lo vinculan con las Islas Canarias. Era una derivación natural la que le llevó a encarnar, con toda esa sangre cargada de autonomías, el ideal de la Independencia suramericana.

Tengo la honda convicción de que cuando un vocero calificado de las comunidades autónomas de la nueva España democrática se refiere a Bolívar, está hablando por todas. Algo más, está señalando a Bolívar como un adalid a imitar, como un ejemplo a seguir, como un profeta inspirador de la lucha incesante de cada pueblo por formar su propia identidad. Esto lo encuentro cuando leo a mi admirado y lamentado José Antonio Aguirre hablando de Bolívar: Aguirre, el primer Lendakari de Euzkadi, que tanta falta ha hecho en el trajín de encontrar claros rumbos para la España de hoy, afirmó: “Quiero apuntar

únicamente que dentro del alma de todo vasco existe para Bolívar un fondo de profunda admiración, respeto y afecto. Como libertador de pueblos, como fundador de doctrinas magníficas que alumbrarán un día en todo su esplendor, porque todavía la doctrina de Bolívar no ha dado todo su rendimiento. Yo os hablo con esta emoción, como vasco, hacia aquel que, sabiendo libertar pueblos, tuvo pensamientos que están inscritos en siglos de historia nuestra”.

La democracia y las autonomías son elementos característicos de la nueva realidad española. Han zozobrado en algunos momentos, pero han sabido prevalecer. En las autonomías habría que señalar, como lo observa Oliveira Martins, “la espontaneidad de la formación”. Y en cuanto a la democracia, bastaría recordar los mejores textos de las mejores épocas, desde las lecciones magistrales de Cervantes y Quevedo, o las tesis de Vitoria, Suárez y Mariana, hasta las expresiones del teatro clásico español, como “del Rey abajo, ninguno” o “Fuente Ovejuna, todos a una, señor”.

“España fue siempre una democracia —nos enseña el mismo Oliveira Martins en su Historia de la Civilización Ibérica—. Lo fue en su estado de tribu; lo fue bajo el régimen municipal romano. La invasión de las instituciones aristocráticas germanas no pudo destruir la anterior constitución de España ni enraizar en ella el régimen de

herencia y de casta, como lo hizo en el resto de Europa. Este hecho social-histórico, amalgamado con el carácter de la raza, con la nobleza, el orgullo y la independencia personal, hizo de la Península una democracia —ya militar, ya eclesiástica, ora monárquica, ora oligárquicamente gobernada—. El fondo, como las rocas ígneas, permanecía inmutable; lo demás eran accidentes, sujetos, como los terrenos superiores, a las influencias devastadoras de las corrientes, esto es, a las acciones determinadas por la voluntad de los hombres. Por ello lo más sólido es reconstituir la sociedad sobre la base de la democracia”.

Cuando el Rey actual, al asumir su delicado rol —que ha desempeñado hasta ahora con tanto coraje como inteligencia—, dirigió su primer mensaje a su país y al mundo, señaló a su patria como “el núcleo originario de una gran familia de pueblos hermanos”. Con ello, de entrada, aseguró la simpatía de veinte naciones o, mejor dicho, de veinte repúblicas que aspiran, como decía Bolívar, a constituir una sola nación. Fieramente apegados a sus independencias, las une un sentimiento común, que extiende su fraternidad a las nacionalidades que unidas, forman el Estado español en Ultramar. El Rey quizás no podía percibir en ese instante, que al hablar de ese núcleo originario de una gran familia de pueblos hermanos se refería también en cierto modo a otra familia, menor en territorio y población pero de más larga ejecutoria: una familia de

pueblos hermanos que devino en núcleo originario de una más vasta comunidad y cuya propia solidaridad se consumó cuando fueron juntos a organizar y promover los otros pueblos que en feliz mestizaje surgirían de la audaz aventura consumada a través de siglos y de mares.

La llegada de Juan Carlos al Panteón Nacional de Venezuela, donde se veneran las reliquias de Simón Bolívar, no fue sólo el abrazo de la reconciliación; fue el pacto sellado de mantener vigente su mensaje perenne de liberación de nuestros pueblos. Aquella llegada tuvo un sentido histórico, pero más todavía, tuvo un acento bíblico. No fue el regreso del hijo pródigo a la casa paterna, sino el retorno del padre extraviado, al hogar familiar.

Permítaseme citar una vez más a Oliveira Martins, por creer una afirmación suya el corolario indispensable de los conceptos hace poco transcritos: "El héroe vale por la suma de espíritu nacional o colectivo que en sí encarnó; y en un momento dado, los héroes consubstancian la totalidad de ese espíritu". Yo así lo creo. Por ello considero que en la nueva España, en la España que quiere vivir una fraternidad que históricamente la vincula con la gran nación latinoamericana, en la España democrática, en la España de las autonomías, se ha hecho realidad o está en trance de hacerse, la afirmación de un escritor español, allá por los días cuando el General Primo



de Rivera, en nombre del Rey Alfonso XIII, colocó en Madrid la primera piedra de un monumento al Libertador que la marcha de los sucesos no dejó realizar, o cuando se levantaba el de la Puebla de Bolívar: "cada día se extiende más y más en la conciencia de nuestro pueblo esta verdad: que Bolívar es el español más grande del siglo XIX. El más grande y el más español". Esta idea nos alienta para cantar, refundiendo todo lo expresado, con la música sonora de los versos de Rubén Darío:

*Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcóyotl,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco.  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó los astros, que conoció la Atlántida  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que desde los remotos momentos de su vida  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del Inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Cuauhtémoc:  
"Yo no estoy en un lecho de rosas"; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de amor,  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive!  
Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León español.*



## X

### ¿TENIA RAZON BOLIVAR?\*

“Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba donde estaba la estatua de Bolívar.

“Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo”.

Esto escribió hace cien años, con inequívoco sentido autobiográfico, José Martí. Bolívar llevaba entonces medio siglo de muerto. Ante su

---

\*En la solemne sesión protocolar de la Organización de Estados Americanos, en el Sesquicentenario de la muerte del Libertador. Washington, D. C., U.S.A. 17 de diciembre de 1980.

obra inconclusa, el Apóstol cubano sentía que aquel bronce, en el que había esculpido Tadolini la imagen del Libertador y que según José Asunción Silva

*“parece dominar desde la altura  
el horizonte inmenso de la historia”*

era, para él, que ansiaba llevar sus ideales hasta el fin, testigo de su propósito de entregar su vida por la independencia de su patria, y para el propio Héroe, promesa eterna de seguir adelante inspirando la marcha para hacer de América Latina lo que había querido: una nación de Repúblicas, en la que la dignidad del hombre fuera la base irrenunciable, y la libertad, acicate continuo.

“El horizonte inmenso de la historia” se abre ante nuestros ojos hoy, cuando Bolívar nos congrega en esta sala para ratificar el compromiso de todos los países de América de recoger el desafío que nos lanza el destino. En torno a su figura, los países americanos adquirimos plena conciencia de que invocar su nombre es obligarnos solidariamente a una tarea en la que tenemos mucho que alcanzar y no poco que rectificar.

Aquí estamos todos congregados. Falta, es cierto, ¡ay!, la presencia formal de una patria hermana que podría llamarse nieta de Bolívar —su nieta predilecta— porque reconoce como

Padre a quien se proclamó su hijo espiritual; pero está representado por aquellas esperanzas y esas lágrimas martinianas, las lágrimas que vertió aquella noche el Apóstol entre los árboles altos y olorosos, y que siguen conmoviendo el alma de los pueblos de América. Porque como dijera Carlos Pellicer:

*“De una enorme nube  
brotó una estrella enorme. Negra y rota,  
la testa de un volcán varió perfiles  
al paso de una nube. Y entre toda  
aquella arquitectura desplomada,  
sigue el cortejo atlante —relieve en vivas sombras—  
por las playas de América, malditas y apagadas”.*

Hace siglo y medio terminó en Santa Marta el ciclo vital de Simón Bolívar. Había cumplido apenas cuarenta y siete años, pero en ellos había hecho tanto, había pensado tanto, había sufrido tanto, que no parecía un joven que no había llegado a los diez lustros, sino un padre, un maestro, un bíblico profeta cuyo legado serviría para alimentar meditaciones de los más lúcidos pensadores de América y para inspirar generosas acciones en los más audaces luchadores y realizadores de nuestro Continente.

Si hubo entonces alguien que se atreviera a pensar que con aquellos despojos mortales —los restos de un organismo frágil— se habían ido también a la tumba sus ideas, no pudo cometer equivocación más garrafal. Es cierto que aun an-

tes de morir en su hospitalaria residencia, un caballero español anticipó con su gesto el juicio de Unamuno, que al hablar de Bolívar afirmó: "Su alma creó patrias y enriqueció el alma española, el alma eterna de la España inmortal, y de la Humanidad con ella". Pero, al morir, el Libertador había visto fracasar el ideal integracionista que proclamó con la convocatoria del Congreso de Panamá, se había hecho pedazos la Gran Colombia que había mantenido por diez años y a cuyo restablecimiento dedicó el último anhelo de su vida; murió sin ver lograda la estabilización institucional de los nuevos países, a cuya organización política había dedicado sus más hondas preocupaciones de estadista; pero ya, desde el mismo momento de su muerte, sobre el pedestal grandioso de la Independencia suramericana que ya nadie se atrevería a conmovér, quedó el mensaje de su pensamiento, penetrante y genial, que a un escritor tan comedido como Cecilio Acosta le hiciera concebir el ditirambo en el cual concentró su definición de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas".

Aquí, como en todo el Hemisferio y en otros continentes, no estamos rindiendo homenaje apenas al guerrero brillante que tuvo la fortuna de asegurar la independencia de los pueblos de la América española. No es sólo por el combatiente militar por quien está ofreciendo sufragios en la capital del mundo, en este mismo día, el Pon-

tífice de la Cristiandad. “General de un ejército de ideas, más que de hombres”, lo llamó un distinguido escritor argentino: en Bolívar se confunde el Héroe de las increíbles hazañas guerreras con el patriota de visión preclara, con el estadista de penetrante análisis, con el pensador que logró condensar en sus escritos los rasgos esenciales que todavía hoy —debo decir más bien, hoy más que nunca— señalan rumbos necesarios y firmes a las naciones latinoamericanas.

El Héroe que nos reúne esta mañana, como expresara Ricardo J. Alfaro “se despoja de sus arreos militares y vestido con la toga del magistrado, se ofrece a la veneración de la posteridad con los títulos de padre del panamericanismo, precursor de la organización mundial, paladín de la paz, evangelista de la conciliación, arquitecto de la justicia internacional, profeta de un nuevo derecho de gentes, propulsor de la solidaridad humana, gigante que se adelanta a su tiempo y sale al encuentro del porvenir con esas trancadas descomunales que sólo el genio puede dar en la marcha de la humanidad hacia la realización de sus destinos”.

No es tampoco el hijo esclarecido de un determinado país el que recibe este homenaje. No es, siquiera, el Libertador de cinco naciones que lo reconocen como tal y creador de otra que siente orgullo al distinguirse con su nombre. Su proyección rebasa las demarcaciones geográficas que

fueron teatro de sus luchas. Como dijera en 1877 en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires un miembro de la misma, al discutirse el Proyecto de Ley que creaba en plena Pampa una nueva entidad, Bolívar “es una gloria americana”. Y es precisamente en este sitio, en esta Organización de Estados Americanos que lo reconoce como su precursor por su visión profética expresada en la *Carta de Jamaica* y por su convocatoria iluminada del Congreso de Panamá, donde esa condición americana, esa vigencia americana, esa pasión americana debe proclamarse con más énfasis, porque del pensamiento americano de Bolívar, de la percepción americana de Bolívar, del mensaje americano de Bolívar se desprende para todos los hombres y mujeres de América, y sobre todo para las generaciones jóvenes de América, la obligación inaplazable de llevar adelante su empresa de unificar y engrandecer a la América Latina como un robusto concierto de pueblos. Para forjar con la otra América, en cuyo suelo tiene su sede esta Organización, una amistad sincera y decorosa, a base de igualdad y de respeto mutuo, fortalecida por el compromiso recíproco de garantizar la libertad, de respetar los derechos humanos y de servir coordinadamente, acatando a la justicia social interna e internacional, los mejores intereses de la humanidad y de la paz. Como Bolívar la deseara.

Fue característica general de los mayores próceres de la Independencia suramericana, la clara



percepción de que la independencia y la libertad no podían asegurarse en compartimientos estancos, sino en amplia dimensión continental. Lucas Alamán y Cecilio del Valle, Sánchez Carrión y Unanue, Santander y Mosquera, son apenas algunos nombres, en la pléyade de los patriotas que auspiciaron la idea de un congreso confederal. De Andrada Silva proclamó “que una liga ofensiva y defensiva de cuantos Estados ocupan este vastísimo continente, es necesario para que todos y cada uno de ellos puedan conservar intactas su libertad e independencia”. Pero lo que destacó, en esa constelación de libertadores, a San Martín y a Bolívar, fue precisamente el que les tocó llevar a los hechos, a través de sus campañas memorables, esa concepción de indivisibilidad de la causa de la Independencia, premisa de la integración latinoamericana.

El Libertador San Martín salió de Buenos Aires hacia el Norte, convencido de que sin la liberación continental no podría garantizar la independencia de su país nativo; el Libertador Simón Bolívar comprendió, desde los propios días del fracaso de la Primera República, la necesidad de la unión, y ya el 15 de diciembre de 1812, en el *Manifiesto de Cartagena* proclamaba “como una medida indispensable para la seguridad de la Nueva Granada, la reconquista de Caracas. El magisterio americano del Precursor Miranda lo concretó Bolívar en las acciones que le llevaron por las aguas del Caribe y del Orinoco

hasta el Altiplano boliviano; que le hicieron recorrer de triunfo en triunfo las cumbres de los Andes; que le inspiraron convocar el Congreso de Panamá y enviar a Gual a prestigiarlo, en los mismos días en que Sucre, hijo de su espíritu y de su ejemplo, que se ufanó en tratarlo “más como padre y amigo que como jefe”, consumaba bajo sus instrucciones la histórica tarea de la liberación en la batalla de Ayacucho.

“La patria es América”, dijo Bolívar y el eco de esta afirmación resuena en nuestros oídos y atormenta nuestras conciencias. Y cuando va tocando a su fin la lucha militar, escribe a otro gran americano, el Libertador O’Higgins y le expresa: “Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de repúblicas”. Así, reconociendo a cada república su derecho al pleno goce de su soberanía, define claramente el objetivo de lograr una hermosa unidad, para que la gran nación latinoamericana realice el destino que la Providencia le asignó y que describía con encendido optimismo en el propio angustioso momento en que producía la *Carta de Jamaica*.

Tiene Bolívar sólo 32 años cuando escribe esa *Carta*, que ha inspirado múltiples y extensos comentarios como uno de los documentos princi-

pales para la interpretación de nuestros pueblos. Ya, de 29 años, había realizado la Campaña Admirable, saliendo desde la Nueva Granada hasta Caracas de victoria en victoria; había recibido oficialmente el título de Libertador, que le otorgaron los pueblos, y ejercido sus primeras actividades como brillante estadista. Y 35 años contaba apenas cuando pronunciaba el *Discurso de Angostura*, una de las piezas fundamentales en la concepción de los nuevos Estados, animado por el deseo de lograr “el sistema de gobierno más perfecto”, que según sus palabras “es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política”.

En un atormentado libro (“Dos años y medio de inquietud”) uno de los escritores que más logró penetrar el pensamiento de Bolívar, Rufino Blanco Fombona, con muchas de cuyas ideas podemos disentir, tiene párrafos que captan de manera impecable la significación de Bolívar. “Bolívar fue, no un hombre de acción infecunda y contradictoria, sino un genio de acción previosa. Sabía adonde iba, sabía lo que quería y lo dejó dicho para la posteridad en páginas de mármol antes de escribirlo con acciones en páginas de bronce. . . Las advertencias y previsiones de Bolívar han quedado como tablas de mármol, intactas, pulidas, bajo el caño de agua turbia que durante más de un siglo ha corrido sobre ellas”. “Vence a la naturaleza, antes de vencer a los

hombres, atraviesa en un torbellino de metralla, el Continente de Norte a Sur y del Atlántico al Pacífico; atraviesa las llanuras más extensas y cálidas, las cordilleras más altas y gélidas, los ríos mayores del planeta, con pueblos enteros a la zaga; libra batallas, cosecha derrotas, obtiene victorias, derroca virreinos, funda repúblicas y consagra a la igualdad sociedades fundadas en la división de castas y a la República provincias educadas en el Absolutismo. Y cuando inaugura los Congresos con el Discurso de Guayana o les presenta Constituciones como la de Bolivia, el que no quedó vencido por su espada en los campos, queda convencido por su genio político en el bufete y por su elocuencia en la tribuna. Para realizar esas maravillas carece de medios: él los crea; no hay espíritu público, él lo levanta; no hay soldados: él los crea; él los forma en las derrotas, comenzando él mismo por aprender la guerra, que ignora; no hay estadistas ni diplomáticos: él los improvisa. Las poblaciones abyectas, ignoras y guerreras, se oponen con las armas en la mano, a su libertad: él las vence, las instruye, las emancipa por las armas y las seduce o convence políticamente primero, y espiritualmente después. Y todo se realiza con una bravura, con una elocuencia, con una elegancia romántica y clásica a un tiempo —romántica por el arrebató y clásica por la ejecución— y disimulando el esfuerzo como los buenos artistas y convirtiendo en oro y labrando hasta las más viles

escorias. ¿Por qué con tantos datos y tantos documentos, al escribir de Bolívar, no salimos en América del asombro y de la leyenda? Es decir, de lo que parece fantaseado. Fantaseado por un poeta, de imaginación heroica y encendida, como Tasso o como Byron. Quizás la deficiencia de interpretación esté en nosotros. ¿O será que nos ofusca la simple realidad de aquel ilimitado Libertador? Tal vez. Porque ese poema de Byron es la vida de Bolívar”.

Lo cierto es que no hay figura humana de América Latina que haya suscitado mayores y más encendidos testimonios de admiración, a todo lo largo y ancho del continente. Rafael Vásquez lo sintetiza así:

*“Jamás reencarnó un prócer de más virtud la raza!”*

Choquehuanca, el peruano de la insuperada elocuencia, anunció que con el tiempo crecería la gloria de Bolívar “como crece la sombra cuando el sol declina”. El insigne uruguayo José Enrique Rodó anunció que “cuando diez siglos hayan pasado, cuando la pátina de una legendaria antigüedad se extienda desde el Anáhuac hasta el Plata, allí donde hoy campea la naturaleza o cría sus raíces la civilización; cuando cien generaciones humanas hayan mezclado, en la masa de la tierra, el polvo de sus huesos con el polvo de los bosques mil veces deshojados y de las ciudades veinte veces reconstruidas, y hagan rever-

berar en la memoria de hombres que nos espantarían por extraños, si los alcanzáramos a prefigurar, miríadas de nombres gloriosos en virtud de empresas, hazañas y victorias de que no podemos formar imagen, todavía entonces, si el sentimiento colectivo de la América libre y una no ha perdido esencialmente su virtualidad, esos hombres, que verán como nosotros en la nevada cumbre del Sorata la más excelsa altura de los Andes, verán, como nosotros también, que en la extensión de sus recuerdos de gloria nada hay más grande que Bolívar". Hipérbole atrevida, la del peruano; hipérbole gigantesca, la del uruguayo: otras también podrían citarse, provenientes de diferentes puntos cardinales. Sería interminable su enumeración; bástenos recordar la del gran poeta cubano José María Heredia:

*"Tu nombre diamantino  
rechazará las olas con que el tiempo  
sepulta de los reyes la memoria;  
y de tu siglo al recorrer la historia,  
las razas venideras,  
con estupor profundo,  
tu genio admirarán,  
tu ardor triunfante  
viéndote sostener, sublime Atlante,  
la independencia y libertad de un mundo".*

No hay para qué recordar que no existe capital o metrópolis que se estime en América que no albergue un bronce heroico de Bolívar. Aquí mismo, en los Estados Unidos de Norteaméri-

ca, Nueva York y Washington, y como ellas otras poblaciones, honran su estatua, colocada en un lugar de honor. Muchos pueblos e importantes ciudades llevan su nombre. Las instituciones que se denominan bolivarianas son legión, y el hermano pueblo, valiente y sufrido, de Bolivia enarbola su gentilicio como un compromiso perenne de lucha por la libertad y como un estímulo inagotable de superación.

Pero no es sólo la gloria de Bolívar, sino lo que ella significa, y lo que significa para América, lo que hoy nos toca destacar. Es asombroso ver cómo, por encima de distancias ideológicas, se desparrama un caudaloso consenso en torno a su liderazgo perenne. Las más diversas corrientes lo proclaman y buscan en él inspiración para sus luchas y esperanza para sus anhelos de victoria. Vicente Huidobro, por ejemplo, invoca así:

*“Simón Bolívar. Tu nombre ha atravesado toda América en un áspero galope.*

*“Los tejidos de mil pueblos ven pasar tu caballo como una sombra por la noche. Y ven allá lejos tu mano descorrer el alba.*

*“Aliento de millones de gargantas de grandes pueblos apretados como racimos cósmicos que te saludan y te aplauden” . . .*

*“Simón, hay tinieblas sobre el mundo. Aún reina la noche en tus Américas”.*

Y el gran poeta continental Pablo Neruda le canta en parecidos términos:

*"Tus ojos que vigilan más allá de los mares,  
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,  
más allá de las negras ciudades incendiadas.  
Tu voz nace de nuevo; tu voz otra vez nace;  
tu ejército defiende las banderas sagradas;  
la Libertad sacude las campanas sangrientas  
y un sonido terrible de sonidos precede  
la aurora enrojecida por la sangre del hombre"*.

El momento que ahora vivimos le da especial sentido a esta conmemoración bolivariana. En círculos internacionales se discute sobre la posición de América Latina dentro del concierto hemisférico y ante la situación universal. En el mayor de los países del Nuevo Mundo se replantea la posición que ha de tener frente al continente latinoamericano. El desasosiego que caracteriza las grandes mutaciones históricas se agudiza en la América Central y en el Caribe, y frente a la presión de una bien orquestada estrategia hay voces que manifiestan pesimismo —sincero en unos, interesados en otros— acerca de la posibilidad de lograr lo que nuestros pueblos anhelan: el desarrollo y la justicia dentro de un régimen de libertad. En otras partes se quiere hacer sentir como si la sola mención de esta palabra y la consecuencial proclamación de los derechos fundamentales del hombre —que son anteriores y previos a cualquier interés político—



fueran contrarias a las posibilidades de un orden institucional legítimo, progresista y estable. Se llegan a formular preanuncios lesivos a la soberanía irrenunciable de cada una de nuestras repúblicas, que hacen pensar en la respuesta de Bolívar en 1818: "parece que el intento de V. S. es forzarme a que reciproque los insultos: no lo haré; pero sí protesto a V. S. que no permitiré que se ultraje ni desprecie el gobierno ni los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero si todo el mundo la ofende".

Es oportuno reafirmar serenamente, sin desplantes inoficiosos pero con inconvencible firmeza, que nuestras naciones están deseosas de contribuir a la solidaridad hemisférica y a la paz mundial, pero sobre la base siempre de su independencia, de su libertad y de su unidad. Es necesario hacer respetar nuestro derecho a reclamar nuevas formas, inspiradas y guiadas por la justicia social, en las relaciones internacionales, hemisféricas y universales. Es menester tener presente que, como lo dijera Bolívar en el *Manifiesto de Carúpano*, en momentos para él muy oscuros, "Dios concede la victoria a la constancia".

La América Latina tiene ante sí una nueva etapa de definición, como en los días gloriosos

de la Gesta Magna. Este Sesquicentenario de la muerte de Simón Bolívar abre un ciclo propicio para que la recordación se convierta en ocasión de análisis actual, de revisión en la estrategia para conquistar el futuro. Dentro de dos años y medio, el 24 de julio de 1983, se cumplirán doscientos años del nacimiento de Bolívar. Antes, el 29 de noviembre del próximo año de 1981, se cumplirá el bicentenario del nacimiento de Andrés Bello, cuya conmemoración obliga a hacer evaluación de lo que hemos hecho los latinoamericanos en este tiempo en los campos de la cultura, del lenguaje, de la filosofía, de la educación y del Derecho, que Bello cultivó. Serán 32 meses que obligan a meditar y actuar. Tenemos como lo aconsejaba el genial y excéntrico maestro de Bolívar, don Simón Rodríguez, que ser auténticos. Como él decía: "La América no ha de imitar **SERVILMENTE** sino ser... **ORIGINAL**"... "CUIDADO! no sea que... por la manía de *imitar servilmente*, a las naciones **CULTAS**, venga la América a hacer el **PAPEL** de **VIEJA**, en su *infancia*. En **TODO!** han de gobernar los *Principios Sociales*... en **TODO!**".

Esa originalidad ha de sustentarse sobre los principios a cuya sombra tuvieron la luz nuestras repúblicas; pues como dijo el Libertador en el Congreso de Angostura: "Sus bases deben ser la Soberanía del Pueblo: la división de los Poderes, la Libertad civil, la proscripción de la Esclavitud, la abolición de la monarquía, y de los pri-

vilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas, y las costumbres públicas". Esa originalidad ha de ser —por otra parte— conforme a la realidad de nuestra naturaleza geográfica y humana. En la *Carta de Jamaica*, Bolívar había escrito: "Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". Mas partiendo de ese ajustado análisis, debemos compartir su entusiasmo, cuando en el *Discurso de Angostura* adopta entonaciones mayestáticas: "Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos, que la naturaleza había separado, y que nuestra patria reúne con prolongados, y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana; ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y de oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo; ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios

que ignoran cuan superior es la suma de las luces, a la suma de las riquezas, que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el Trono de la Libertad empuñando el cetro de la Justicia; coronada por la Gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno”.

¿Tenía razón Bolívar? Ciento cincuenta años no han sido suficientes para que su visión de grandeza se realice de manera cabal. Hemos perdido muchos años y desperdiciado muchas oportunidades, cegados por el pleito banal, por la disensión infecunda, por la apreciación errada, por la obsesión de la cosa pequeña, por la actitud mezquina, que han abierto campo a la ambición, a la usurpación y a la barbarie. Como observaba en su *Vida Ejemplar de Simón Bolívar*, Santiago Key-Ayala: “Produjimos hombres incompletos, o mal equilibrados, o disociados, o constituidos en proporciones inarmónicas. No han estado, no podían estar, como estuvo Bolívar, a la altura de las más variadas circunstancias. Les faltaba la comunión entre el ideal y la realidad. Tuvieron exceso de lirismo o exceso de practicismo, no la íntima conexión que hace los grandes civilizadores, los grandes estadistas, los grandes reformadores”. Ahora, no tiene justificación la espera. Nos conmina la historia, nos precisa el futuro. Los libertadores no tendrán paz en sus sepulcros mientras su obra no esté consolidada. A la aparición circunstancial de figuras señeras

hay que sustituir con la decisión irrevocable de sucesivas generaciones compactas.

Conmemoraciones como la presente resultarían inútiles si no sintonizáramos en nuestros corazones y en nuestras voluntades la onda que emana del pensamiento y de la obra de los héroes. Bolívar está en pie. Frente a nosotros mismos. Y como cantara el gran poeta de la montaña venezolana Manuel Felipe Rugeles:

*"Su extraña voz profética se escucha todavía,  
más alta que los Andes, más sonora que el mar.  
Cada vez que renace la conciencia del mundo,  
su mensaje recobra fulgor de eternidad".*

## XI

### VISION DE GRANDEZA\*

En más de cincuenta países, un número de escultores que pasa del millar perpetúan en bronce o en mármol la figura de Simón Bolívar, el héroe portentoso cuyo bicentenario está conmemorando el mundo entero. Más de mil libros y otros títulos comprende su bibliografía, sin contar las innumerables publicaciones en las cuales aparece su nombre, como uno de los grandes servidores de la humanidad. Vivió apenas 47 años, pero ellos le bastaron para escribir las páginas de gloria más brillantes de la historia de la parte Sur de este Hemisferio. De Caracas a Sucre (la antigua Chuquisaca), hay una distancia mucho

---

\*Ante la Organización de las Naciones Unidas, con motivo del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, en Nueva York, el día 22 de julio de 1983.

mayor de la de París a Moscú. Sus proezas resultan increíbles, si se observa lo escaso de los recursos de que pudo en cualquier momento disponer y la inmensidad de los obstáculos que se opusieron a su tenacidad invencible.

De todos los apodos con que pudiera señalarlo la historia, ha prevalecido el de Libertador. El título de Libertador —dijo él cuando le tentaban para que asumiera el poder por los viejos caminos del despotismo— “es superior a cuantos ha concebido el orgullo humano”. Y es verdad.

Sus hazañas militares lo han hecho considerar genial; genial es también por la originalidad y penetración de sus ideas, el alcance de sus predicciones, la amplitud de los campos que dominó su espíritu. “La inteligencia de Bolívar —dijo uno de sus más agudos intérpretes, el gran escritor Rufino Blanco Fombona— no pertenece al género femíneo de los cerebros que necesitan para concebir la excitación y procreación ajenas: su talento es espontáneo, original, masculino, virgíneo, creador. En suma, genial”.

Su versatilidad es propia del ser latinoamericano. Actuó como guerrillero improvisado frente a fuerzas superiores a las suyas, se enfrentó a montoneras fanatizadas por un caudillo reaccionario de terrible arrastre entre los campesinos; pero supo combatir después a ejércitos regulares, conducidos por militares de tradición y de carrera, aureolados por haber participado en la

lucha victoriosa contra Napoleón en Europa y apoyados por una organización cuidadosamente planeada para la recuperación de las posesiones de Ultramar.

Tenía que ser Bolívar, para enfrentarse primero a Boves y después a Morillo. Tenía que ser Bolívar, para comprender que la guerra necesitaba de un periódico y para dedicarle a su vocero "El Correo del Orinoco", horas de trabajo robadas a la acción guerrera. Tenía que ser Bolívar, para comprender que la libertad de cada uno de nuestros países no estaría garantizada sin asegurar la libertad de todo el Continente. Tenía que ser Bolívar, para abordar en medio del torbellino de la guerra la organización institucional de los nuevos Estados.

Sus documentos fundamentales contienen piezas del más alto valor en el pensamiento político de América. La *Carta de Jamaica* es el análisis sociológico de mayor profundidad hecho en los albores del siglo XIX sobre la realidad y el destino futuro de nuestros países. El *Discurso de Angostura*, pronunciado el 15 de febrero de 1819 ante un grupo de patriotas, convocados para legalizar, a través de un Parlamento improvisado en medio de los azares y combates, la estructuración de la República, cada día ofrece nuevos atisbos y nuevas orientaciones para la doctrina política de nuestros países. Es allí donde destaca la felicidad general como el primer



objeto del gobierno, por encima de la riqueza y del poder y anuncia la Seguridad Social como meta, lo que es de una modernidad impresionante.

Supo mirar por encima de las delimitaciones comarcales que separaron en más de veinte parcialidades a las antiguas colonias españolas, unidas por el lenguaje, por la cultura y por la historia: no había concluido aún la epopeya militar, y Sucre se preparaba para librar, según sus instrucciones, la batalla decisiva de Ayacucho, cuando estaba convocando un Congreso Anfictiónico en Panamá, para echar las bases de una unificación democrática de los países iberoamericanos, en pos de aquella "Nación de Repúblicas" que había propuesto en carta a O'Higgins. ¿No hay allí un mensaje de trascendencia ilimitada, no sólo para que los países de nuestro Continente logren su integración a base de un sentimiento de unidad, pero realizado en cada uno de nuestros pueblos por propia y soberana voluntad, sino también para que se piense en la unidad del mundo, estrechando cada vez los lazos de solidaridad pero afirmando cada vez más el principio de la autodeterminación y la norma de la plena soberanía de las naciones?

Tuvo siempre una visión de grandeza; su pensamiento se elevó a los más altos niveles del espíritu humano; pero esto también pudo ser porque fue grande su determinación y porque fueron grandes sus hechos. Supo sobresalir lo

mismo en la energía que en la generosidad. Aproximándose la celebración del medio milenio del Descubrimiento de América, es oportuno recordar que Bolívar le hizo a Cristóbal Colón el desagravio más significativo de que haya sido objeto a través de estos quinientos años; porque si las circunstancias produjeron la injusticia de que el Nuevo Mundo llevara el nombre de América y no el suyo, Bolívar se empeñó en reparar, en parte al menos, aquel error histórico y le dio el nombre de Colombia a la mayor creación de su genio y sus hazañas, a saber, la gran República formada por Venezuela, la Nueva Granada, el Virreinato de Quito, y dentro de la Nueva Granada, que tomó después el nombre de Colombia, la hoy República de Panamá.

Su figura histórica no tiene paralelo, y es uno de esos héroes que no necesita quitar mérito a nadie para que resplandezca toda la magnitud de su personalidad. Su visión se extiende por sobre los océanos que rodean nuestro Hemisferio y cuando está ya previendo la instalación, en el Istmo de Panamá, de un Congreso que unifique a las naciones americanas, sus sueños lo llevan más allá y formula la noble esperanza de reunir a la representación de todas las naciones: "Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las Repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras

tres partes del mundo”. No fue en Panamá donde se instaló, más de un siglo después, la Organización de las Naciones Unidas, pero es imposible negar a Bolívar el haber sido precursor de la idea. Su visión del mundo estuvo orientada hacia el diálogo, hacia la discusión sincera de los problemas, para buscar la armonía entre todos los Continentes.

Yo confieso que para los venezolanos, Bolívar ha venido a convertirse en un verdadero símbolo de la patria, en un elemento esencial de nuestra unidad y de nuestra identidad; que la gloria de Bolívar constituye el más alto patrimonio moral que enriquece nuestra existencia nacional. Admito que para los latinoamericanos, Bolívar es prototipo de unidad. Pues como dijo Luis Correa: “Fuera de Bolívar no hay salud para la América. Su ejemplo es lección perdurable, lámpara encendida que iluminará siempre los caminos del porvenir”. Por ello Juana de América —la gran poetisa uruguaya Juana de Ibarbouru— escribió en un poema intitulado “Himno a Bolívar”, lo siguiente:

*“Venezuela: para hacer la alabanza de tu héroe  
todos los ríos de América mezclarán  
su voz, por sobre llanuras y montañas.  
Así han de cantar a Bolívar  
el agua y los ecos, la cordillera y el huracán”.*

Pero Bolívar ha dejado de ser cosa exclusivamente nuestra. Es su proyección universal la que

nos hace sentirnos más orgullosos de tenerlo como compatriota. Si nos estremece de alegría escuchar en su honor los himnos de naciones hermanas que lo reconocen como a padre y presenciar los reconocimientos que se le prestan en las más variadas latitudes, a través de las más diversas manifestaciones, nos hace sentir la dimensión planetaria de nuestro destino el homenaje que le presta esta organización mundial. Bolívar es epónimo de una nación fraterna llamada su hija predilecta, la República de Bolivia; su nombre exorna universidades y liceos, institutos de ciencia, de tecnología y de humanismo, designa ciudades y entidades de variadas naciones. En los Estados Unidos, doce ciudades llevan el nombre de Bolívar, y cuando en la República Argentina se decidió darle su nombre a un nuevo partido fundado en el corazón de la Pampa, no sólo se afirmó que Bolívar "es una gloria americana" sino que se dijo: "Bolívar responde a la patria". Es cierto, a la patria continental, pero también a la patria universal.

Numerosos artistas se han inspirado, para sus obras plásticas, para sus encendidos poemas, para sus concepciones escultóricas, en la figura impresionante de Bolívar; son variados los himnos y las obras musicales que se le han dedicado, y fue en el teatro de la Opera de París donde se estrenó la Opera de Darius Milhaud intitulada "Bolívar". Unamuno dijo que sin Bolívar "la historia de la humanidad no estaría completa"

y Emil Ludwig lo llamó "caballero de la gloria y de la libertad". ¿Qué haría ese caballero si estuviera vivo, en este mundo de contradicción y de angustias? Estaría, sin duda, quebrando lanzas por los pueblos débiles, librando campañas por la unidad del mundo, extremando su esfuerzo en favor de los débiles y de los perseguidos, poniendo todo el peso de su autoridad por la paz en la América Central. Pero la pregunta es ociosa. Bolívar está vivo, como cantó Miguel Angel Asturias:

*"peregrino de sueño con reflejo de piedra  
que se copia en el agua  
mientras su voz terrestre  
su perfil en sonido,  
lo guarda entre los filos de los dientes nevados  
la boca de Bolívar".*

Bolívar está vivo. Están vivos sus ideales. Está vivo su mensaje. Está viva la creciente proyección de su gloria, que como lo dijera el peruano Choquehuanca, crece con los siglos "como crece la sombra cuando el sol declina".

Bolívar está vivo, a través de su obra. Bolívar está vivo, a través de la unión de los pueblos latinoamericanos, imperfecta sin duda, pero real y actuante en momentos difíciles como el de las Malvinas, expresión de una solidaridad pluralista. Bolívar está vivo, en el acercamiento de todas las razas, de todas las culturas, de todos los Continentes. En este año, por primera vez, la

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) está otorgando un premio que lleva el nombre de Simón Bolívar, creado por iniciativa de Venezuela. Cobra una significación excepcional el hecho de que lo reciba el Rey de España, otorgado por primera vez, con lo que se sella para siempre una reconciliación definitiva entre pueblos hermanos que se combatieron recientemente. La Casa de Borbón obtiene con el premio, el reconocimiento de que ha tomado un puesto de avanzada, a través de la identificación del Rey Juan Carlos con los anhelos de su pueblo; a través de su permanente, de su esforzada defensa de la libertad y de la democracia, a través de su respeto ejemplar a las normas constitucionales que el mismo pueblo español se ha dado en ejercicio de su soberanía. La atribución del premio Simón Bolívar a un chozno del Rey Fernando VII es uno de esos acontecimientos que en la historia quedan grabados indisolublemente. Y la circunstancia de que comparta con el Rey ese premio Nelson Mandela, un luchador por la igualdad humana de la que Bolívar fue adalid, viene a constituir la reiteración de que el espíritu Bolivariano está irrumpiendo por entre los cuadros endurecidos y viene anunciando un destino mejor para todos los pueblos del mundo.

La humanidad atraviesa en el momento actual una hora decisiva. Hemos desarrollado las posibilidades humanas hasta límites inimaginables.

Sin embargo, la capacidad de comprensión, la disposición a la unidad, el reconocimiento de que el hombre es en definitiva el objeto final de toda acción legítima, están lejos todavía de alcanzarse y a veces parece como si se alejara, en un horizonte lleno de amenazas y de riesgo.

Es positivo, fuera de toda duda, el que se reúnan todos los años los pueblos del mundo en esta Organización, como Bolívar lo previó en la *Carta de Jamaica* en 1815. Pero ¡cuánta falta están haciendo en el momento actual hombres y mujeres dispuestos a seguir el ejemplo y cumplir el mandato que les dieron los grandes valores que han sido capaces de transformar los hechos y de tornar realidades amargas en fuentes de esperanzas!

Este homenaje hoy, en este recinto donde se congregan los representantes de todas las naciones del universo y ventilan agudos problemas, tiene una inmensa trascendencia para la afirmación y universalización de la gloria de Simón Bolívar. El mensaje del Secretario General Pérez de Cuéllar, la palabra calificada de los voceros de los distintos grupos regionales, la significativa solidaridad por parte de los representantes de los Estados Unidos y de España, el reconocimiento filial de los Embajadores de los países que aseguraron su libertad por el esfuerzo de Bolívar y de otras naciones latinoamericanas, todo ello reviste una trascendencia incalculable.

A todos ellos expreso la más profunda gratitud. Para los compatriotas de Bolívar, este reconocimiento universal es una cantera inagotable, en el afán de elevar en las nuevas generaciones el deseo de lo grande, la vocación al esfuerzo, el propósito de servir que fue característico en la vida del Libertador. Para todos los pueblos latinoamericanos es la ratificación de que su integración no es un objetivo para ellos solos, sino una aspiración de la humanidad, que anhela que los distintos países, integrándose regionalmente, puedan a su vez contribuir a la integración del Universo. Pero sobre todo, la glorificación de Bolívar es en sí misma una convocatoria a todos los hombres de buena voluntad. A través de su azarosa existencia, Bolívar se esforzó en transmitir un mensaje de constancia en el ideal y en la lucha. Hoy más que nunca la constancia es indispensable en quienes tienen la obligación de trabajar por la redención de los humildes, por la incorporación de los marginados, por el equilibrio en la distribución de los bienes que la Providencia ha puesto al alcance de los seres humanos, por la afirmación de la condición universal del hombre, por encima de una rica y variada multiplicidad que rompe la monotonía y permite la afirmación de la identidad de cada pueblo.

Bolívar nos conmina. Mañana se reunirán en Caracas, donde tuvo su cuna y donde por su voluntad se encuentra su sepulcro, el Rey de España y los Jefes de Estado de las naciones que estu-



vieron más ligadas a su ciclo vital, el Secretario General de la ONU y Directores de Organismos internacionales. Esa concertación de Jefes de Estado, a mi entender, es representativa de algo más amplio aún: es representativa de la amistad que surge por encima de los alinderamientos, es representativa del compromiso que nos vincula a todos en esta hora grave, de luchar por la defensa de los débiles y de los oprimidos, no solo dentro de las circunstancias internas de cada uno de nuestros Estados, sino dentro del ámbito de la comunidad internacional.

Tenemos que luchar para que el peso de la deuda no estrangule las posibilidades de desarrollo de los países del Tercer Mundo; tenemos que luchar para que los más fuertes, poderosos y ricos reconozcan su mayor obligación y deber para permitir que los débiles puedan lograr suficiente oxígeno dentro de la esfera terrestre para llevar adelante sus programas de desarrollo. Tenemos que luchar para evitar la intervención foránea en el Area Centroamericana. Tenemos que luchar para erradicar los vestigios de colonialismo que contra el pensamiento de Bolívar existen todavía en éste y en otros continentes. Tenemos que luchar para que los hombres no olviden que la libertad es don fundamental, resorte primordial para adquirir los otros bienes. Tenemos que luchar para que todos los pueblos puedan afirmar su auto-determinación y para que en uso de su soberanía decidan libremente el modo y

forma de regirse que consideren más apropiado y cónsono para sus necesidades y deseos. Tenemos que luchar para que el mensaje de Bolívar, el mismo que otros grandes conductores de la humanidad lanzaron en su hora y que está resonando en nuestras conciencias, se traduzca sin dilaciones en una plena y vigorosa realidad. Podemos, por ello, en este instante en que nos sentimos arrastrados por la gloria del Libertador, decir con Villaespesa:

*“Es un sol sin ocaso el que amanece  
para alumbrar con luces inmortales  
el heroísmo épico y la gloria  
de esta fecha ejemplar en los anales  
inmarcesibles de la patria historia”.*



## INDICE GENERAL

BOLÍVAR SIEMPRE .....	9
I	
<i>El hombre</i> .....	19
II	
<i>El pensamiento sociológico del Libertador</i> .....	47
III	
<i>Estadista de la libertad</i> .....	69
IV	
<i>El pensamiento de Bolívar, guía permanente y expresión actual del nacionalismo latinoamericano</i>	115

V

*Las estatuas de Bolívar en el mundo* ..... 143

VI

*Bolívar en la Gran Bretaña* ..... 159

VII

*Símbolo de una nueva hispanidad* ..... 165

VIII

*Bolívar y Europa* ..... 179

IX

*Bolívar en la España de las autonomías* ..... 195

X

*¿Tenía razón Bolívar?* ..... 221

XI

*Visión de grandeza* ..... 241

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA  
Serie EL LIBRO MENOR

*Distribución:* Avda. Libertador, Edif. Las Vegas.  
Esquina Avda. Las Acacias,  
Primer piso - Oficina 1-F.  
Telf. 781.43.43 - 782.69.56

De venta en la Academia Nacional de la Historia. Dirección de Publicaciones, Palacio de las Academias, Bolsa a San Francisco, Teléfono 483 39 02, y en las librerías.

Vol. 1: *El Municipio, raíz de la República.* Joaquín Gabaldón Márquez. Agotado

Vol. 2: *Rebeliones, motines y movimientos de masas en el siglo XVIII venezolano (1730-1781).* Carlos Felice Cardot. Agotado

Vol. 3: *El proceso de integración de Venezuela (1776-1793).* Guillermo Morón. Agotado

Vol. 4: *Modernismo y modernistas.* Luis Beltrán Guerrero. Bs. 14 - \$ 3

Vol. 5: *Historia de los estudios bibliográficos humanísticos latinoamericanos.* Lubio Cardozo. Bs. 12 - \$ 2,50

Vol. 6: *Para la historia de la comunicación social (ensayo).* Manuel Pérez Vila. Bs. 12 - \$ 2,50

Vol. 7: *El Quijotismo de Bolívar.* Armando Rojas. Agotado

Vol. 8: *Memorias y fantasías de algunas casas de Caracas.* Manuel Rafael Rivero. Bs. 14 - \$ 13

Vol. 9: *Bolivariana.* Arturo Uslar Pietri. Bs. 14 - \$ 3

Vol. 10: *Familias, Cabildos y Vecinos de la antigua Barinas.* Virgilio Tosta. Bs. 12 - \$ 2,50

Vol. 11: *El nombre de O'Higgins en la historia de Venezuela.* Nicolás Perazzo. Bs. 12 - \$ 2,50

- Vol. 12: *La respuesta de Gallegos (ensayos sobre nuestra situación cultural)*. Rafael Tomás Caldera. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 13: *La República del Ecuador y el General Juan José Flores*. Jorge Salvador Lara. Bs. 14 - \$ 3
- Vol. 14: *Estudio bibliográfico de la poesía larense*. Juandemaro Querales. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 15: *Breve historia de Bulgaria*. Vasil A. Vasilev. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 16: *Historia de la Universidad de San Marcos (1551-1980)*. Carlos Daniel Valcárcel. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 17: *Perfil de Bolívar*. Pedro Pablo Paredes. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 18: *De Caracas hispana y América insurgente*. Manuel Alfredo Rodríguez. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 19: *Simón Rodríguez. Pensador para América*. Juan David García Bacca. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 20: *La poética de Andrés Bello y sus seguidores*. Lubio Cardozo. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 21: *El magisterio americano de Bolívar*. Luis Beltrán Prieto Figueroa. Bs. 31,50 - \$ 7
- Vol. 22: *La historia fea de Caracas y otras historias criminológicas*. Elio Gómez Grillo. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 23: *Breve historia de Rumania*. Mihnea Gheorghiu, N. S. Tanasoca, Dan Brindei, Florin Constantiniu y Gheorghe Buzatu. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 24: *Ensayos a contrarreloj*. René de Sola. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 25: *Andrés Bello Americano —y otras luces sobre la Independencia*. J. L. Salcedo Bastardo. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 26: *Viaje al interior de un cofre de cuentos (Julio Garmendia entre líneas)*. Julio Barroeta Lara. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 27: *Julio Garmendia y José Rafael Pocaterra. Dos modalidades del cuento en Venezuela*. Italo Tedesco. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 28: *Luchas e insurrecciones en la Venezuela Colonial*. Manuel Vicente Magallanes. Bs. 22,50 - \$ 5

- Vol. 29: *Panorámica de un período crucial en la Historia Venezolana. Estudio de los años 1840-1847.* Antonio García Ponce.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 30: *El jardín de las delicias y otras prosas.* Jean Nouel.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 31: *Músicos y compositores del Estado Falcón.* Luis Arnau Domínguez.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 32: *Breve historia de la cartografía en Venezuela.* Iván Drenikoff.  
Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 33: *La identidad por el idioma.* Augusto Germán Orihuela.  
Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 34: *Un pentágono de luz.* Tomás Polanco Alcántara.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 35: *La Academia Errante y Tres Retratos.* Mario Briceño Perozo.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 36: *Tiempo de hablar.* Miguel Otero Silva. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 37: *Transición (Política y realidad en Venezuela).* Ramón Díaz Sánchez.  
Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 38: *Eponomía Larense.* Francisco Cañizález Verde.  
Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 39: *Reescrituras.* Juan Carlos Santaella. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 40: *La memoria perdida.* Raúl Agudo Freites.  
Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 41: *Cariel Número cinco (Un homenaje al costumbrismo).* Elisa Lerner.  
Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 42: *Espacio Disperso.* Rafael Fauquie Bescós.  
Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 43: *Lo bello/Lo feo.* Antonieta Madrid. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 44: *Cronicario.* Oscar Guaramato. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 45: *Ensayos temporales. Poesía y Teoría Social.* Ludovico Silva.  
Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 46: *Costumbre de leer.* José Santos Urriola. Bs. 27 - \$ 6



- Vol. 47: *Cecilio Acosta, un signo en el tiempo*. Manuel Bermúdez. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 48: *Leoncio Martínez, crítico de arte (1912-1918)*. Juan Carlos Palenzuela. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 49: *La maldición del Fraile y otras evocaciones históricas*. Luis Oropeza Vásquez. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 50: *Explicación y elogio de la ciudad creadora*. Pedro Francisco Lizardo. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 51: *Crónicas sobre Guayana, (1946-1968)*. Luz Machado. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 52: *"Rómulo Gallegos"*. Paul Alexandru Georgescu. Bs. 12 - \$ 2,50
- Vol. 53: *Diálogos con la página*. Gabriel Jiménez Emán. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 54: *El poeta del fuego y otras escrituras*. Mario Torrealba Lossi. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 55: *Innovaciones (notas Literarias)*. Antonio Crespo Meléndez. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 56: *Desierto para un "Oasis"*. Ana Cecilia Guerrero. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 57: *Borradores*. Enrique Castellanos. Bs. 22,50 - \$ 5
- Vol. 58: *Como a nuestro parecer*. Héctor Mujica. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 59: *La lengua nuestra de cada día*. Iraset Páez Urdaneta. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 60: *Homenaje a Rómulo Gallegos*. Guillermo Morón. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 61: *Ramón Díaz Sánchez. Elipse de una ambición de saber*. Asdrúbal González. Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 62: *La ciudad contigo*. Pedro Pablo Paredes. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 63: *Incidencia de la colonización en el subdesarrollo de América Latina*. Raúl Grien. Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 64: *Lector de Poesía*. José Antonio Escalona-Escalona. Bs. 27 - \$ 6

- Vol. 65: *Ante el Bicentenario de Bolívar. El General José Antonio Páez y la memoria del Libertador.* Nicolás Perazzo.  
Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 66: *Diccionario General de la Bibliografía Caroreña.* Alfredo Herrera Alvarez.  
Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 67: *Breve Historia de Bolivia.* Valentín Abecia Baldivieso.  
Bs. 31 - \$ 7
- Vol. 68: *Breve Historia de Canadá.* J. C. M. Ogelsby. Traductor: Roberto Gabaldón.  
Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 69: *La lengua de Francisco de Miranda en su Diario.* Francisco Belda.  
Bs. 18 - \$ 4
- Vol. 70: - *Breve Historia del Perú.* Carlos Daniel Valcárcel.  
Bs. 27 - \$ 6
- Vol. 71: *Viaje inverso: Sacralización de la sal.* María Luisa Lazzaro.  
Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 72: *Nombres en el tiempo.* José Cañizález Márquez.  
Bs. 48 - \$ 6
- Vol. 73: *Alegato contra el automóvil.* Armando José Sequera.  
Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 74: *Caballero de la libertad y otras imágenes.* Carlos Sánchez Espejo.  
Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 75: *Reflexiones ante la esfinge.* Pedro Díaz Seijas.  
Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 76: *Muro de confesiones.* José Pulido.  
Bs. 32 - \$ 4  
Bs. 56 - \$ 7
- Vol. 77: *El irreprochable optimismo de Augusto Mijares.* Tomás Polanco Alcántara.  
Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 78: *La mujer de "El Diablo" y otros discursos.* Ermila Veracoechea.  
Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 79: *Lecturas de poetas y poesía.* Juan Liscano.  
Bs. 56 - \$ 7
- Vol. 80: *De letras venezolanas.* Carlos Murciano.  
Bs. 48 - \$ 6
- Vol. 81: *Cuaderno de prueba y error.* Ramón Escovar Salom.  
Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 82: *Ensayos.* Oscar Beaujon.  
Bs. 32 - \$ 4

- Vol. 83: *Acción y pasión en los personajes de Miguel Otero Silva y otros ensayos*. Alexis Márquez Rodríguez. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 84: *Revolución y crisis de la estética*. Manuel Trujillo. Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 85: *Lugar de Crónicas*. Denzil Romero. Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 86: *Mérida: La ventura de San Buena Aventura. Primogénita de la Fe Bolivariana*. Lucas Guillermo Castillo Lara. Bs. 24 - \$ 3
- Vol. 87: *Frases que han hecho historia en Venezuela*. Mario Briceño Perozo. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 88: *Científicos del mundo*. Aristides Bastidas. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 89: *El jardín de Bermudo (Derecho, Historia, Letras)*. Luis Beltrán Guerrero. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 90: *Seis escritores larenses*. Oscar Sambrano Urdaneta. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 91: *Campanas de palo*. Luis Amengual H. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 92: *Caracas, crisol. Crónicas*. Salvador Prasel. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 93: *La memoria y el olvido*, por Stefania Mosca. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 94: *Cuando el henchido viento*, por Juan Angel Mogollón. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 95: *Ideario pedagógico de Juan Francisco Reyes Baena*, por Pedro Rosales Medrano. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 96: *La conspiración del Cable Francés. Y otros temas de historia del periodismo*, por Eleazar Díaz Rangel. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 97: *El escritor y la sociedad. Y otras meditaciones*, por Armando Rojas. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 98: *De propios y de extraños (Crónicas, artículos y ensayos) 1978-1984*, por Carmen Mannarino. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 99: *Agua, silencio, memoria y Filisberto Hernández*, por Carol Prunhuber. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 100: *Los más antiguos*, por Guillermo Morón. Bs. 40 - \$ 5

- Vol. 101: *Reportajes y crónicas de Carora*, por José Numa Rojas. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 102: *Jardines en el mundo*, por Teódulo López Meléndez. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 103: *Crónicas y testimonios*, por Elio Mujica. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 104: *La memoria de los días*, por Yolanda Osuna. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 105: *Tradiciones y leyendas de Zaraza*, por Rafael López Castro. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 106: *Tirios, troyanos y contemporáneos*, por J. J. Armas Marcelo. Bs. 48 - \$ 6
- Vol. 107: *Guzmán Blanco y el arte venezolano*, por Roldán Esteva Grillet. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 108: *Breve historia de lo cotidiano*. Con ciertos comentarios de Guillermo Morón, por Pedro León Zapata. Bs. 48 - \$ 6
- Vol. 109: *Lectura de un cuento. Teoría y práctica del análisis del relato*, por Alba Lía Barrios. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 110: *Fermín Toro y las doctrinas económicas del siglo XIX*, por José Angel Ciliberto. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 111: *Recuerdos de un viejo médico*, por Pablo Álvarez Yépez. Bs. 40. - \$ 5
- Vol. 112: *La ciudad de los lagos verdes*, por Roberto Montesinos. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 113: *Once maneras de ser venezolano*, por Tomás Polanco Alcántara. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 114: *Debajo de un considero me puse a considerar...*, por Lubio Cardozo. Bs. 32 - \$ 4
- Vol. 115: *Variaciones / I*, por Arturo Croce. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 116: *Variaciones / II*, por Arturo Croce. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 117: *Crónicas de la Ciudad Madre*, por Carlos Bujanda Yépez. Bs. 40 - \$ 5
- Vol. 118: *Tu Caracas, Machu*, por Alfredo Armas Alfonso. Bs. 48 - \$ 6
- Vol. 119: *Bolívar siempre*, por Rafael Caldera. Bs. 40 - \$ 5

**SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,  
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.  
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES  
DE NOVIEMBRE DE 1987**

RAFAEL CALDERA ha publicado muchos libros. Su vocación de escritor está plenamente representada en su primera obra, **Andrés Bello** (Caracas, 1935), con varias ediciones. Muy temprano salió a luz su **Derecho del Trabajo** (1939). Ambos son pioneros en sus respectivas disciplinas, la humanística y la jurídica, en materias nuevas para la Venezuela de aquellos días. Cuando se publique **Moldes para la fragua** (Buenos Aires, El Ateneo, 1962) el Maestro Augusto Mijares expresará en voz alta: "Es la integración feliz en un mismo personaje, del intelectual y del hombre de acción, del pensador político y del político activo; es la realización cabal del hombre público, sin la cual la conciencia nacional no puede llegar a ser constructiva. Es una culminación".

La tarea intelectual de Don Rafael Caldera —cuya presencia dirigente es cotidiana para todos los venezolanos— está también en **Idea de una Sociología Venezolana** (1953), **Temas de Sociología Venezolana** (1973), **Ideario, La Democracia Cristiana en América Latina** (1970), **Reflexiones de La Rábida** (1976) y **Especificidad de la democracia cristiana** (1972).

En este libro, que ahora publicamos con satisfacción, el humanista, el pensador y el dirigente expresa con lucidez y maestría su palabra sobre el más grande de los venezolanos.